

CAPÍTULOS GRATUITOS

Dolor

Francisco Panera

LIBRO DEL VIAJERO

1990

1. Julen y el maquinista

El joven sabe que la decisión que acaba de tomar esa mañana, marcará su vida. Pero desconoce si lo hace hartos de navegar por mares de dudas o empujado por la esperanza.

Sentado sobre el respaldo de un banco al lado de la estación, con los pies en el asiento, apura un cigarrillo protegiéndolo del viento con sus manos. Se escucha el ruido de la locomotora que acaba de poner su motor en marcha, pero aún quedan unos minutos para que el tren emprenda el viaje hacia Bilbao. Cuando se cansa de la posición, salta del banco y camina hacia la cercana barandilla del puerto. Dedicar su atención unos instantes a un par de trabajadores que en la grada reparan el casco de un pesquero. Después, deambula paralelo al muelle sin perder de vista otro barco que enfila la bocana. Ahora que ha terminado el bachiller y no tiene muy claro su futuro, podría haberse embarcado a bordo de un atunero y navegar los próximos meses por los trópicos, por las costas de África. Es una manera rápida de hacer pasta, pero en su cabeza los proyectos de futuro se arremolinan igual que ahora lo hacen bajo él los muebles. Apura la última calada del cigarrillo y lo arroja al agua, a la masa desagradable de peces que se agita frenética, plena de gozo se diría, en la salida de un colector de aguas residuales. La colilla, apenas un segundo después de quedar suspendida la superficie, desaparece engullida por la masa viscosa de peces. Mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros, se gira dando la espalda al templado viento de junio y cruza la carretera que circunda el puerto de Bermeo buscando la estación, subiendo al tren segundos antes de que se ponga en marcha.

Ocupa un asiento en el primer vagón, junto a la ventanilla, para recrearse con la vista de la marisma en los primeros kilómetros del trayecto.

Al viajar en sentido contrario a la marcha, descubre una nueva perspectiva. Al fondo del vagón, un tipo lee el periódico y por entre ellos discurre un pasillo pendulante, que salta de vagón a vagón oscilando al dictado de las curvas. Al dedicar su atención al paisaje desde esa posición, lo ve alejarse. La sensación es diferente a cuando viaja sentado en el sentido de la marcha y ve el mismo paisaje acercarse, pudiendo asegurar que ahora el tiempo transcurre más lento. Además, ver el mundo alejarse es una perfecta metáfora del presente.

Bermeo queda atrás y el mar está embravecido esa mañana de verano, sus embates se estrellan contra el acantilado sobre el que discurre la estrecha vía, y el viento recoge las miles de gotas de espuma que al quedar suspendidas en el aire tras la rompiente de las olas, son arrebatadas al océano para estrellarlas contra las ventanas del convoy de vagones azules, que con su ruidoso traqueteo y su absurda estampa, rompe la serenidad cromática del paisaje marino y de campiña.

Cuando el tren frena para detenerse en el siguiente apeadero, en Mundaka, Julen imagina que todo el peso del vagón se aplasta contra su espalda, al percibir la presión entre él y el respaldo de su asiento. Lentamente esa fuerza se vaporiza, y desaparece la sensación agradable de sentirse parte, del ingenio viajero.

Hace poco que ha dejado de llover, y eran en días muy parecidos a este cuando, siendo niño, su tía Kattalin se lo llevaba hacia las afueras del pueblo. Caminaban por entre huertas, por las campos mojadas buscando caracoles después de la lluvia, llevando en una mano el bocadillo de la merienda y en la otra una bolsa de red. Antes de meterlos, solía quedarse examinado las diversas formas y colores de sus cáscaras.

—Se trata de su casa y así, llevándola a cuestas se pueden refugiar en ella si otros animales se los quieren comer —le decía Kattalin.

Desde el primer caracol que cogiese y fuese a parar a la bolsa de red, tuvo claro que guarecerse dentro de sus cáscaras no les iba evitar ser cocinados por su abuela Begoña en una exquisita salsa vizcaína. Tal recuerdo le conduce de nuevo a castigarse, consciente de que pronto deberá encarar el destino de los caracoles, pero ocultarse enroscado en una cáscara no le libraría de una vida clandestina y tampoco de la cárcel.

Rememora el breve encuentro que dos años atrás mantuvo con Ángel, un amigo de infancia de su desconocido padre, cuando se acercó a Bermeo con un mensaje de un progenitor que nunca, hasta aquel día, quiso saber nada del hijo.

Julen mantiene claros la mayoría de recuerdos de su infancia. Muy especialmente los de las trágicas muertes de su madre y tío, a pesar de que solo tenía seis años. Y paralelos a estos hechos, los horribles comentarios que oía en casa, a su tía y abuela cuando estas pensaban que él no les escuchaba, acerca de un padre del que no tenía más dato de que era un auténtico monstruo.

Pero aquel hombre había terminado siendo carne de manicomio. Un pozo en el que caería, así se lo escuchó a su abuela, incapaz de soportar su conciencia el peso de los terribles actos que, sin duda, habría cometido.

Sería, por tanto, en mitad de una tregua que le concediese su demencia cuando Juanito, pues con tal diminutivo era como conocían a su padre, se puso en contacto desde el psiquiátrico con Ángel, solicitándole que se acercase a visitar a su hijo al que no conocía y por el que repentinamente, se le había despertado el instinto paternal.

Ángel y Juanito son oriundos de una aldea perdida en el corazón de la cordillera Cantábrica, en el norte de León que, al igual que otros hijos de aquella tierra, buscaron un futuro más próspero alejados de una tierra indiferente con sus paisanos. Ángel consiguió hacerlo como ferroviario, quedándose a vivir en Bilbao. Juanito se hizo policía.

Ángel, que no tenía noticia de que Juanito fuese padre, meditó qué hacer durante varios días, pero finalmente concedió en acudir a Bermeo. Sabía que su amigo de niñez había sido un policía conflictivo, pero en los últimos diez años apenas se habrían visto más que tres o cuatro veces y siempre fruto de la casualidad.

En tales ocasiones, el tema de conversación siempre giraba en torno al pasado, al pueblo y a sus recuerdos. A Ángel no le parecía oportuno preguntarle por sus asuntos en la Policía, especialmente por el clima de violencia política, por los atentados de ETA, por las detenciones o investigaciones en las que Juanito participase quien, por su parte, se mostraba hermético a la hora de tratar cualquier asunto relacionado con su profesión.

Lo más lejos que llegó Ángel en su propósito de llevar aquel mensaje a la dirección que Juanito le facilitó fue alcanzar el rellano de la escalera del segundo piso de un inmueble frente al puerto de Bermeo, puesto que ni siquiera se atrevió a pisar el felpudo de la entrada a la vivienda. Tras el quicio de la puerta, Begoña y Kattalin asistían atónitas a las explicaciones de aquel desconocido que, a medida que se expresaba, más parecía dudar de sus propias palabras.

—Y dice que ese hombre es su amigo de infancia y que le escribió una carta...

—Sí. —Ángel rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, hasta extraer un sobre ligeramente arrugado—. De alguna manera, dio con mi dirección, porque en muchos años apenas hemos mantenido contacto. Tomen, léanla si quieren.

Al entregarla, respiró aliviado. Quizá, al leerla, entenderían mejor el motivo de su visita.

—Si yo entiendo todo el dolor que este hombre les habrá producido al no hacerse responsable de un hijo —se excusó poco convincente.

—No lo parece cuando se presenta aquí como su mensajero.

—¿Y cómo demonios sabe ese dónde vivimos? —interviene Kattalin.

—Lo sabría por Leire. Además, es policía, hija lo suyo es controlar a la gente. Mire, señor, váyase, por favor, no queremos saber nada de esa persona —ordenó Begoña a la visita devolviéndole el sobre, que ni siquiera valoró abrir.

—Lo cierto es que dudé en venir y ya veo que no ha sido una buena decisión. Soy un torpe. Perdónenme, por favor.

De vuelta en la estación de tren, apurando un cigarrillo, una voz le sobresaltó.

—¡Eh, tú! ¿por qué has venido a mi casa?

Julen, que estaba en la cocina, había escuchado las voces que intentaban ser discretas, pero portaban en su mensaje un inequívoco tono de rencor y tristeza. Ante la negativa de la abuela, una vez que hubieron cerrado la puerta a dar ninguna explicación sobre quién había acudido preguntando por él, Julen salió airado a la calle en busca del desconocido, siguiéndole hasta la estación.

El tren estaba a punto de partir, pero Ángel tuvo el tiempo suficiente para contarle al hijo de Juanito que había acudido a instancias de su padre, quien permanecía internado en un centro

psiquiátrico. Vista la reacción de sus familiares, supuso que Juanito no había sido sincero al ocultar el mal que habría infligido a su familia.

—Quiero saber cosas de ese hombre y no me habla nadie de él.

—Lo siento, ha sido una equivocación venir. No tengo nada que decir.

—No es justo. Viene usted aquí y...

El tren estaba a punto de partir.

Ángel dudó unos segundos y, después, extrajo un bolígrafo de algún bolsillo de su chaqueta y le apuntó su número teléfono en el dorso del billete de tren que había usado para llegar desde Bilbao.

—Guarda esto y cuando seas mayor de edad, si un día quieres hablar, me llamas. No lo hagas antes, porque no pienso atenderte.

El tren estaba a punto de cerrar las puertas para arrancar.

—Mi tío murió en una comisaría.

—No tenía ni idea...

—Y mi madre pocos días después, herida en una manifestación por la muerte de mi tío.

—¿Cómo? ¡Joder! Lo siento.

—En mi casa dicen cosas horribles de ese hombre, pero así, sin más explicaciones, las cosas no me cuadran.

Ángel estaba desolado.

—No sé qué decir... En cualquier caso, ahora solo es un despojo.

Las puertas cerraron y Julen se quedó mirando el tren alejarse, alimentando la duda de en qué medida sería conveniente conocer a su padre.

Han pasado dos años desde aquel día y, tras poco más de una hora de viaje, el tren finaliza su recorrido en la vieja estación del barrio de Atxuri, en Bilbao.

Julen cruza por el vestíbulo buscando un teléfono. Descuelga, espera la señal y mete tres duros por la ranura, marcando el número apuntado por Ángel en el cartón de un billete de tren que hasta esa misma mañana ha guardado entre las páginas de un libro.

Tras varios tonos de llamada, una voz ronca responde.

—Diga.

—¿Ángel?

—¿Quién es?

—Soy Julen...

Unos segundos de silencio, de desconcierto.

—Julen, de Bermeo, el hijo de tu amigo.

—De Juanito.

Y Juanito parece un nombre raro, le puede sonar a muchas cosas, pero en ningún caso a policía.

—Dijiste que podía llamarte cuando fuese mayor de edad. Bueno de eso hace ya un año. Tengo diecinueve.

Ángel asiente sin responder.

—¿Sigue en el psiquiátrico?

—No. Salió hace cosa de un año, pero no te recomiendo que te veas con él.

—Pero me dijiste...

—Te dije que podríamos hablarlo algún día, con tiempo.

—Por eso he venido a Bilbao. De lo poco que te escuché con claridad el día que viniste a mi casa, era que venías desde Bilbao.

—Vaya.

—Pensé que podríamos vernos y, quizá, aclararme algunas dudas.

Ángel pareció meditar su respuesta.

—Deberías haber llamado con antelación, pero de acuerdo. Apunta la dirección.

Una hora después, Julen apretaba un timbre de un portero automático de una recóndita calle del barrio de Rekalde.

Es sábado, mediodía y, al entrar en la casa del ferroviario, el olor de un guiso despierta su apetito. Una mujer sonriente abre la puerta invitándole a pasar hasta la cocina, donde un chico un poco mayor que él está poniendo la mesa. Ángel le presenta a su esposa, Karmele, y a su hijo, Aitor. Los tres se muestran distendidos ante un desconocido como él, pero algo le dice que quizá no lo sea tanto y que estén al corriente de su situación.

—Comes con nosotros, después bajamos a tomar un café y hablamos, ¿de acuerdo?

Julen se muestra conforme, no le apetece mantener aquella conversación delante de más personas.

Durante la comida, hablan de vaguedades, buscando pasar el rato de manera cómoda y, media hora después, Ángel y Julen entran en un bar frente al portal de su casa.

—Cortado y coñac, ¿tú?

—No sé, ahora después de comer... Da igual, una cerveza.

Sentados al fondo de la barra, permanecen en una posición discreta ahora que un grupo de parroquianos recogen del camarero sus copas y el tapete de fieltro para iniciar una partida de mus.

—Vamos a ver, a Juanito le dieron el alta hace un año. Algo que no me explico porque está como una puta cabra.

—¿Ha engañado a los médicos?

—Debió dejar de mostrarse violento y depresivo después de que le dije que no irías a verle. Supongo que, en cuanto vieron una mínima posibilidad, se han deshecho de él.

—No entiendo nada.

—Ni tú ni nadie. Juanito no está para andar por ahí, es un peligro.

—¡Joder! Pero con esas no venías cuando te presentaste en mi casa.

—¡Y bien que me arrepiento! Después de ir a visitaros fui al psiquiátrico, a pedirle explicaciones. No me sentó nada bien verme utilizado. ¡Joder! Que no tenía ni puta idea de esas muertes. Pero lo único que le saqué fue que había tenido un hijo del que nunca se quiso hacer cargo y que ahora se arrepentía.

—¿Y le creíste?

—Sinceramente, no. Cuando le dije que me aclarara lo de la muerte de tu tío en la comisaría, lo de tu madre después... se mostró esquivo. De repente, parecía otro y me dijo que no le fuese con monsergas, que su destino «ellos» se lo habían buscado.

—Menudo cabrón.

—La cabeza de Juanito es una puta bomba ¡quién sabe lo que habrá ahí escondido!

—Entonces, ¿qué hace ahora? ¿Ha vuelto a trabajar?

—¿A la Policía? ¡Ni soñar! Ya le habían expulsado años antes de que contactase conmigo para conocerte. Estando aún en el cuerpo, fue ingresado por primera vez en un psiquiátrico, pues ya le debía estar patinando la cabeza. Cuando le dieron el alta y se reincorporó a su trabajo, se presentó ante un superior y le descerrajó un par de tiros. Por suerte para su jefe, Juanito iba borracho y erró en sus disparos. Esquivó la cárcel y volvió al psiquiátrico. Dijeron que sufría un síndrome paranoico provocado por el terrorismo, por la ETA, ya sabes, pero, además de tener el cerebro derretido de tanta cocaína, debía tener alguna cuenta pendiente con su jefe. Ahora vive aquí, en Bilbao, en una pensión de la Palanca¹.

—Eso es por donde los puticlubs, ¿no?

—Sí, en la calle Cortes. Lo que he averiguado es que se dedica al trapicheo y no ha parado de meterse en líos con traficantes, chulos y yonquis. Se está buscando que le peguen un tiro o que cualquier día le cosan a navajazos. Ni se te ocurra acercarte a él. Entiendo que en su día pude despertarte cierto interés por saber más de tu padre, pero eso no es un padre. Tenlo bien claro, por favor. ¿A qué tanto interés? Olvídale, como él hizo contigo.

Julen tarda un rato en contestar

—Ya, pero es que últimamente tengo muchas preocupaciones y no sé cómo se me ha metido en la cabeza el conocerle. Además, voy a acabar en la cárcel.

—¿Pero qué has hecho?

—Nada, soy insumiso² y terminaré en el trullo porque no voy a hacer la mili. Tu hijo está haciéndola, ¿no? He visto antes su petate en el pasillo de tu casa.

—Sí, ya lleva la mitad hecha. Hoy ha venido de permiso.

¹ La Palanca, así se conoce en Bilbao al barrio alrededor de la calle Cortes, donde se concentran numerosos prostíbulos y, en la época del relato, abundantes delitos relacionados con el narcotráfico, proxenetismo y hurtos.

² La insumisión, fue un movimiento social antimilitarista, dirigido a negar la obligatoriedad de la realización de tanto el servicio militar, como de la prestación social sustitutoria instaurada por el Gobierno español, como respuesta a las reivindicaciones de los movimientos de objeción de conciencia.

—Pues yo debería incorporarme en pocos días y no pienso ir a esa puta mierda.

Ángel percibe un cierto reproche, como si Julen estuviese a la defensiva.

—De acuerdo, supongo que hay un movimiento organizado para todo eso, con asociaciones, abogados...

—Lo hay, pero si eres insumiso solo tienes dos posibilidades: huir o la cárcel.

—¿Y no se te habrá ocurrido que Juanito podría tener mano para evitar eso?

—¡Qué se yo! será una bobada, pero pensé que al ser policía sabría decirme cómo ingeniármelas para evitar que me cacen.

—Perdóname, pero tienes muchos pájaros en la cabeza. ¿En serio has pensado lo que dices?

Julen baja la cabeza mordiéndose el labio. Se siente ridículo.

—¡Qué se yo!, todo esto me desborda y estoy muy nervioso.

—Mira, Juanito no te sería de ayuda más que para complicarte la vida.

—Mi abuela no me lo dice, pero sé que está convencida de que por su culpa mataron a mi tío. Pero ahí hay algo oscuro y, aunque hago preguntas, no le saco nada ni a mi tía ni a mi abuela. La verdad es que sufrieron mucho y yo pues... pues no insisto.

—Si no te han contado más será que no hay más y, también, por no sembrar en ti el rencor.

—¿Cómo sabes eso? Mi abuela siempre dice que ella no sembrará el odio en mí. Que la vida puede hacer borrón y cuenta nueva en otra generación que, a veces, es preciso obrar así para no cargar con los pecados de otros.

Ángel permanece pensativo mirando los posos del café en el fondo de la taza antes de responder.

—Si miro hacia atrás, hacia la familia de tu padre y la mía, solo puedo mostrarme de acuerdo con esa idea.

Ángel apura su copa de coñac y pide una segunda al camarero.

—Julen, ¿quieres otro?

El chico examina el botellín de cerveza, aún queda la mitad de su contenido.

—Sí, pero a ver si está más fría. Esta parece sopa.

El camarero asume el reproche sin decir nada, rebuscando en el fondo de la cámara hasta dar con una cerveza bien fría. La abre enérgico, dejando que la espuma se derrama por ella. Julen toma la botella constatando que, efectivamente, debe de estar a una temperatura adecuada y sigue tras los pasos de Ángel hacia una mesa que ha quedado libre en un rincón del bar, después de que otros clientes dieran por concluida su partida de naipes. Poco a poco la nube de los Farias que han dejado tras la timba se va disipando.

—Así todo, quisiera conocerlo. Sabes en que pensión está, ¿verdad?

—Lo sé, porque, aunque no se ha atrevido a llamarme por teléfono, me escribió al instalarse allí. En cualquier caso, nunca le he contestado.

Ángel apura un pequeño trago de coñac y del bolsillo de la camisa extrae un paquete de Ducados llevándose un cigarrillo a la boca. Le ofrece tabaco a Julen, pero este rehúsa amable.

Prefiere el tabaco rubio, así que saca un arrugado Lucky Strike del paquete que lleva en el bolsillo trasero de su pantalón. Acepta la lumbrera del mechero de Ángel y ambos exhalan sendas bocanadas, que comienzan a dar forma a una nueva nube de humo sobre sus cabezas.

—Si hay un lugar perdido de la mano de Dios en el mundo, Juanito y yo nacimos en él.

—Entonces, sois amigos desde pequeños.

—No había otra opción, pues no quedaron más críos donde vivíamos tras la guerra.

—¿Cómo se llama ese pueblo?

—Villanueva de la Cueva, pero somos originarios de otro cercano, muy, muy pequeño. Se llama... Dolor.

—¡Vaya nombre para un pueblo! Nunca lo había oído nombrar.

—Ni tú ni muchos que tampoco viven lejos de él. Era una pequeña aldea en lo alto de las montañas. No hay carretera que suba hasta allí, tan solo un estrecho camino.

De nuevo, quedan en silencio, como si el ascenso de los jirones de humo de los cigarrillos hubiesen atrapado su atención. Pasado un rato, Ángel rompe el silencio.

—¿Cómo murió tu madre?

—Del disparo de una pelota de goma en la manifestación en protesta por la muerte de su hermano. Le dieron en la cabeza.

—¡Manda cojones qué puta casualidad! ¿Y todo eso podría tener relación con Juanito?

—Eso parece y ahí residen parte de mis dudas. Mi abuela enterró a su hijo a comienzos de aquella semana y, a finales, a una de sus dos hijas. Por eso evitamos el tema en casa. Es una mujer muy fuerte y, aunque delante de mí siempre se muestra serena, sé que sufre muchísimo.

—Normal. Hay que tener mucha fuerza para tragar todo lo que ha tenido que soportar esa mujer. ¿Cuándo ocurrió todo eso?

—En 1977. Vivíamos todos juntos. Yo dormía en una habitación con mi tío Andoni y mi madre con su hermana. Mi abuela es viuda desde antes de que yo naciese. En menos de una semana la casa se quedó sin vida. Mi tío y mi madre ya no estaban. Dime una cosa, ¿aún lo consideras tu amigo?

Ángel soltó un bufido apurando las últimas caladas de su *ducados*.

—No. Lo fuimos de niños, después, la vida nos separó y, curiosamente para cuando nos vuelve a juntar, Juanito ya era otro.

—¿Y su familia? ¿No tiene padres o hermanos?

—Nada, la guerra devastó con todo.

—Entonces, igual se tuvo que criar en hospicios o algo así...

—No exactamente —responde Ángel escueto, que quiere pasar de puntillas por el tema.

—¿Tú tienes familia?

—Tengo a mi padre y mira tú, él fue guardia en aquella época, de los duros, ¿me entiendes? Durante muchos años tuvo atemorizada a mucha gente.

—¿De vuestro pueblo?

—Y de otros de la comarca también. Pero eso lo supe siendo ya mayor. Porque yo lo recuerdo callado, solitario y siempre a cargo de un estanco. Eso sí, me apoyó de pleno cuando le dije que quería ser maquinista.

—¡Y eres maquinista!, del Tren de La Robla, además. A lo mejor ese tren pasa por allí, por vuestro pueblo.

—No pasa lejos. Ese tren ha unido de una manera muy estrecha todos los lugares por los que cruza con Bilbao. Primero transportaba el carbón de León para los Altos Hornos de Vizcaya, después mano de obra para las fábricas vascas y, durante todo este tiempo, ha sido con su trájín el que traía y llevaba a tanta de gente a cambiar de vida.

—Dejar el campo por las fábricas... No sé, igual tú tuviste más suerte.

—Puede ser, pero estar continuamente yendo y viniendo... me hace no saber cuál es realmente mi sitio. Supongo que mi autentica tierra, mi hogar, son las vías de ese tren y el paisaje por el que cruzan.

—¡Suena poético!

Ángel sonríe al escuchar la broma de Julen, aunque asiente conforme.

—Un día que pillé a mi padre de buen humor, me dijo que cuando él era pequeño, también quería haber sido maquinista, pero que su padre le quitó la idea de la cabeza. Su padre era el guarda de la mina que había en el pueblo y quería que su hijo siguiese sus pasos. La cosa es que el empeño de hacer otra generación de guardias no lo puso mi padre en mí.

—Qué raro todo. Y sobre los que serían mis abuelos, ¿puedes contarme algo?

—Tu abuelo se llamaba Julio y la abuela... no lo sé. Tanto él como su hermano Ramiro eran amigos inseparables de Fernando, mi padre. Así debió ser hasta que la guerra los convirtió en enemigos.

—Vaya lío.

—No es tanto. Del amor al odio solo hay un paso y todo esto es consecuencia de lo que se ha ido sembrando en la vida. Por eso entiendo muy bien lo que le ocurre a tu abuela. Ella no quiere que tomes la responsabilidad ni de vengar las faltas de otros, ni de cambiar las consecuencias del pasado. De aquellos tres amigos quedan vivos tu tío abuelo Ramiro y mi padre.

De nuevo, encienden otros dos cigarrillos, mientras Ángel pierde la mirada pensativo por encima de los hombros de Julen.

—Mira detrás de ti.

Julen obedece, pero al ver que solo hay unos barriles de cerveza apilados y el estrecho pasillo que abre camino hacia los servicios se vuelve intrigado.

—¿Qué tengo que mirar?

—Eso que hay colgado.

Julen vuelve a girarse, reparando ahora en una lámina enmarcada del *Gernika*, de Picasso en la pared posterior del bar.

—Ese cuadro lo habrás visto muchas veces.

—Claro. Está en mogollón de sitios. En el salón de mi casa hay uno igual que ese.

—A eso voy. Ese cuadro está en la mitad de las casas de los vascos, en los bares, en los *txokos*, en cualquier lugar...

—Tiene un significado especial para nosotros por lo que representa. Si quisieras, te podría explicar qué simboliza cada figura del cuadro, lo estudiamos en el instituto.

—Parece interesante, pero a lo que voy es a lo que nos cuenta esa pintura. Habla del dolor, de la muerte, de la guerra...

—Para algunos también nos habla del odio de los fascistas contra nuestra tierra.

—Puede ser, ¿y quién podría decir lo contrario si hubieses sido víctima directa de esas bombas? Una masacre como ese bombardeo condiciona y cambia el destino no solo de quienes sobreviven, sino también de sus descendientes.

—Yo creo que el germen de la violencia que sufrimos en nuestra tierra tiene origen en esa guerra.

—Seguramente, pero... si ahora te dices la vuelta y vieses ese niño muerto en brazos de su madre, me dirás que puede ser cualquiera de los críos que muriese en el bombardeo.

—Ya sé a qué figuras del cuadro te refieres —dijo Julen sin volverse.

—Bien, pues yo, cuando veo ese cuadro en tantos sitios, siempre tengo la misma idea.

—¿Y cuál es?

—Que ese crío también podría ser mi hermana Ana, que con dos años murió en la guerra, que la mujer podría ser mi madre, que también perdió la vida entonces. Podría ser cualquiera de los que murieron por culpa de las bombas de esos mismos aviones. Es un cuadro que me entristece.

—Supongo que cualquiera que haya sufrido algo similar puede hacer suyo el mensaje del cuadro.

—No me has entendido. He dicho esas mismas bombas, esos mismos aviones.

—Pues no te entiendo. Tú eres de un pueblo de León.

—¿Y crees que la Legión Cóndor solo bombardeó Gernika?

—Bueno, supongo que a lo largo de la guerra lo haría en más sitios.

—Esos mismos aviones arrasaron Dolor, de hecho, mi pueblo aún sigue en ruinas.

LIBRO DE DOLOR

1901

1. Juan y Juanón

La primera nevada del invierno llegó a capricho de la naturaleza, que marca los tiempos a su antojo. Con aquella nieve de un atardecer de mediados de noviembre llegó el invierno al pueblo y a algunos corazones. Primero se descolgó en forma de bruma desde las crestas del monte Bodón, extendiéndose por las vegas cuando alcanzó el fondo del valle en forma de aguanieve. Para cuando el padre y el hijo se refugiaron en la casina, como cariñosamente llamaban a su pequeña vivienda, el aguanieve dio paso a pesados copos, que cubrieron de denso y esponjoso blanco, campos, las copas de los árboles, que aún conservaban hoja, tapias y tejados.

Resignados a encarar un invierno adelantado, dejaron de recrearse en el silencioso e inesperado cambio de estación para preparar algo de cena. Ya en la sobremesa, volvieron a la conversación que habían pospuesto ante la temprana nevada.

—Debajo de nuestros pies, hijo, hay un mundo inexplorado y grandioso. Un domingo pediré permiso al capataz y bajarás conmigo al pozo. Así entenderás de lo que te hablo.

—Yo no quiero ser minero, padre, sino marino, navegar por los mares y descubrir tierras inexploradas.

Juan apuró el vasito de aguardiente de un trago, aspiró profundamente de la pipa exhalando lento una tupida nube de humo, abstrayéndose tanto él como su hijo al verla flotar sobre los fogones de la cocina de leña. Observando cómo evolucionaba en formas imposibles de dibujar y se disipaba lentamente en el ambiente caldeado de la pequeña cocina.

—No serás marino, Juanón, quizá si hubieses nacido más al norte, en la costa de Asturias sería algo lógico, pero Dios quiso que te parieran en esta montaña de León y aquí, o eres pastor y te condenas a una vida pobre, o eres minero y te la juegas a cada jornada.

—Padre, usted es minero y también es pobre.

—Pero menos que los pastores.

—Pues yo creo que podré elegir qué seré de mayor.

—Quién sabe, pero aunque no pudieses elegir qué ser, si podrás elegir cómo ser.

—No le entiendo.

—Aquí hay dos clases de personas. Las que sufren y las que no.

—Prefiero estar entre las que no.

—Espera, que aún no he terminado, porque también están las que hacen sufrir a los demás... y las que no.

—Eso no son dos, son ya cuatro clases de personas y, mire, también elijo estar entre las que no.

—Te he dicho que hay dos y solo dos clases. La combinación que has elegido para cómo ser es imposible.

—Que no le entiendo.

—Ya lo irás haciendo con los años, aún eres muy joven.

—Tengo once años, no soy un niño.

—Ya lo sé. Tengo compañeros en la mina que solo tienen un año más que tú y nadie les niega su hombría. Allí debajo no hay ningún niño, te lo aseguro.

—¿Por eso quiere llevarme a conocer la mina padre? ¿Para que me haga minero?

—No, no quiero que te hagas minero, pero lo serás. Esperaremos, no te vendrá nada mal seguir un par de años más en la escuela, aprender las cuatro reglas, a leer bien...

—No esté tan seguro de mi destino, lucharé por él.

—Y eso te hará mucho bien, luchar siempre recompensa, aunque se pierda. A veces, pienso que solo estamos en el mundo para pelear. Mira, también te podía haber dicho que están los que luchan toda la vida y los que no.

—Usted no es como los otros, padre.

—¿Cómo qué otros? ¿Como los que sufren, los que hacen sufrir, como los que luchan o... todo lo contrario? ¿A cuáles te refieres?

Juan rellenó nuevamente con aguardiente su pequeño vidrio y repitió el gesto anterior con la pipa y el humo, disimulando una sonrisa.

—No me gaste bromas ni me enrede. Quiero decir que habla distinto al resto de mineros. Usted tiene ideas.

—Todos tenemos ideas, aunque no todos hacen por entenderlas o escucharlas. ¿De verdad piensas eso de mí, Juanón?

—Usted es más listo que ellos y más que el maestro también.

—¡Hombre! más que el maestro... ¡mira tú que es el maestro!

—Sabrá mucho de libros, de cuentas y de las vidas de los santos, pero mucho de lo que habla sé que no lo entiende porque, cuando le pregunto algo que no se espera, me pone cara de asco y me suelta un coscorrón.

Juan rio entre dientes.

—Eso es porque le tocas los cojones. Con sus capones te explica que no tienes que hacerlo. Está en tu mano que te pegue o no.

—¡Pero qué dice! Entonces, ¿qué hago? Me quedo callado, ¿no? —cuestionó visiblemente irritado.

—Solo he dicho que está en tu mano. Lo hemos hablado antes, ¿te acuerdas? Elegir, no elegir... luchar, o no...

—Ya veo. Igual estoy equivocado y no es usted tan listo como le creía, porque hoy no le entiendo nada.

Juanón abandonó el taburete en el que estaba sentado frente a la cocina junto a su padre y se encaminó a la carbonera que había bajo la pila de fregar. Llenó todo lo que pudo la paleta metálica de carbón y regresó con tiento hacia la cocina de nuevo, cuya portezuela acababa de abrir su padre y que ahora disimulaba su sonrisa, divertido por la respuesta de su hijo, concediéndole toda razón.

Juanón, después de atizar el fuego, regresó al asiento junto a su padre, que aspiraba los últimos rescoldos del tabaco de la pipa.

—¿Y qué es eso que decía antes de un mundo inexplorado y grandioso bajo tierra? No me lo irá a comparar con lo grandioso del mar.

—¡Pero si tú nunca has visto el mar!

—Y usted tampoco, eso lo sé.

—Es verdad. Tu madre decía que era un memo por no haber ido nunca a verlo, que alguna vez tendría que hacer el esfuerzo. Aprovechar un verano, bajar por los puertos a Asturias, irnos los tres al mar...

—Pues madre tenía razón.

A Juanón se le instaló un nudo en la garganta y, al pronunciar la última frase, su voz se mostró lastimera. Pronto se cumpliría un año de la muerte de la madre. Desde entonces, padre e hijo se sostenían los ánimos el uno al otro hablándose a todas horas. Daba igual el tema, todo valía con la intención de tener el pensamiento ocupado y sobrellevar la carga de vivir un día más sin ella. Así hasta que llegaba la noche, y ya en la soledad de sus jergones, cada uno lloraba a su manera la ausencia de la mujer más importante de sus vidas.

—Pues le haremos caso.

—¿En serio? ¿Y cuándo sería eso?

—En el verano. Ahora la nieve nos bloqueará unos meses, pero en verano nos acercaremos a una playa y ver cómo es eso que cuentan de las olas. No lo tengo muy claro.

—¿No lo dirá en broma?

—Vamos a ver, ¿cuándo me has visto cachondearme de ti?

—¡A todas horas! —Los dos rieron.

—Bueno, pues pierde cuidado. Para finales de junio, allá por San Juan acumularé dos o tres días de descanso y nos iremos a descubrir... ¡el mar!

—¡El mar! El inmenso mundo de los exploradores, de las mayores aventuras y gestas que el hombre ¡jamás haya alcanzado!

—Madre mía y eso, ¿a quién se lo has escuchado?

—Al maestro.

—Vaya, pues igual no es tan tonto como decías.

Juanón se encogió de hombros divertido. A partir de ese momento no se podría quitar de la cabeza el fantástico viaje que acababa de proyectar con su padre.

—Pero antes te enseñaré la mina.

—¡Y dale con la mina! ¿Pero qué tiene esta mina que la haga distinta de otras?

—Colores, todos los colores del mundo, que nunca has visto ni en los campos, ni con el paso de las estaciones.

—¿Es eso verdad? Yo creía que todas las minas eran negras, que allí solo se encuentra carbón.

—Así ha sido en las que he trabajado hasta ahora, pero esta es distinta y no, no es de carbón.

—Bueno, solo lleva un mes trabajando en ella. No me había dicho nada.

—Lo estoy haciendo ahora. Ha sido un gran acierto hacer caso a la oferta que me hicieron y cambiar el carbón por esto. Además, ya me ves, ya no vengo negro.

—Bueno, es verdad, ahora que lo miro, el polvo de su pelo es de otro color... ¿de cuál es?

—De cualquiera que se te pueda ocurrir.

Juanón frunció el ceño. Si su padre se creía que le iba a marear con acertijos para niños estaba muy equivocado.

—El Pozo de la Virgen Dolorosa, lo abrió un industrial que tiene un par de pozos más de carbón cerca de La Robla.

—Eso no era una mina, era una cueva, dicen que todo el mundo lo sabía aquí, en Villanueva, además, por eso nuestro pueblo se llama así: Villanueva de la Cueva.

—Claro, aunque la cueva esté a media legua monte arriba.

—Eso usted sabrá, que sube y baja todos los días.

—Ya cuando era un crío la llamaban la cueva de los colores, pero la verdad es que nunca vimos más que algunas tonalidades de rojos u ocres por las paredes húmedas. El secreto estaba más adentro.

—¿Más adentro?

—Sí, pero vamos a ver ¿tú sabes quiénes fueron los romanos?

—¡Pero qué, dice padre! ¿Y a qué viene ahora con los romanos? Claro que sé quiénes fueron. Los que ayudaron a los judíos a crucificar a Jesús, los que vinieron a invadir España, pero entonces Viriato...

—Vale, vale, ya veo que pones atención en la escuela. Pues resulta que hace muchísimos siglos, en la antigüedad, cuando estuvieron aquí ya conocían y trabajaban esa cueva o, mejor dicho, esa mina.

—¿Y qué buscaban?

—Pues oro, plata y hierro, principalmente, y algo encontraron, pero está muy disperso.

—¿Eso qué es?

—Que está tan esparcido por entre los minerales que es muy difícil de aprovechar. Pero no había solo esas materias, sino otras menos comunes. Supongo que en aquellos tiempos, como no les sería muy rentable, abandonarían esta explotación y así quedó, como una cueva por el resto de los tiempos. Pero ya hay maneras, al menos eso dicen, de poder separar esos minerales para aprovecharlos. He oído que el dueño de la mina se ha asociado con una empresa inglesa que tiene minas por el sur, por Huelva, y que van a exportar el mineral que extraigamos a Londres.

—Londres, capital de Inglaterra.

—Eso es. Si consigo permiso para que bajas conmigo, vas a ver piedras amarillas, verdes, azules que llaman cuarzos, otras de aspectos muy raros que tienen en su interior puntitos diminutos, casi como polvo que brillan como demonios a la luz de los faroles. No nos lo dicen, pero yo creo que es oro, otras tienen cobre. Imagínate, Juanón, entrar en un corredor oscuro y que, a medida que vas avanzando, las luces de los faroles te revelen unas paredes de multitud de colores y, cuando estás en otra galería, estos tonos cambian porque ya estás frente a otra veta de minerales distintos. Dicen que esta mina es una rareza, que no existe otra igual en España y debe de haber muy pocas en el mundo.

—Sí, padre, pero no deja de ser una mina.

—Eso es verdad y el trabajo es tan duro como en cualquier otra.

—Bueno, pero igual es bonito de ver, puede que tenga razón. Creo que sí, que me gustaría verla.

—¡Claro que sí!, ahora vamos a dormir.

—Sí, a dormir.

Muchos años después, el día que Juanón, ya convertido en hombre, tuviese en brazos a Julio, su primer hijo, recordaría aquella conversación sucedida en víspera de la muerte de su padre.

Faltaban aún tres horas para amanecer y Juan, antes de salir de casa, se acercó al camastro de Juanón para besar con delicadeza la mejilla de su hijo. Los pelos erizados de su descuidada barba incomodaron al pequeño. A pesar de ello, agradecido por el gesto, fingió seguir dormido. Luego, lo último que escuchó Juanón de su padre fue la tos seca que se le despertaba todas las mañanas. Una tos que se fue haciendo cada vez más débil a medida que se alejaba de casa tras cerrar la puerta. Juanón, imaginando el sonido de las botas de su padre al hundirse en la nieve, paso a paso hasta encontrar la empinadísima senda que le conduciría hasta la boca de la mina, se quedó dormido.

Varias horas después, cuando iba de camino a la escuela, escuchó voces alteradas que venían de junto la fuente del lavadero de Villanueva. Al pasar por delante, vio a un vecino que llenaba un cubo de agua y que lo soltaba derramándose el líquido al llevarse las manos a la cabeza mientras atendía a las explicaciones nerviosas de un minero, a tenor del atuendo que llevaba, idéntico al de su padre. Después los dos hombres se encaminaron a distintas casas a recabar la atención de los vecinos. Juanón se sumó al grupo preocupado por saber qué estaba ocurriendo y en pocos minutos, ya estaba en compañía de una docena de hombres y mozos del pueblo, ascendiendo por el camino hacia la mina. Por lo visto, poco tiempo después de empezar el trabajo de la jornada, se había producido un derrumbe y tres mineros habían quedado atrapados.

A pesar de la insistencia de los vecinos hacia el minero que encabezaba al grupo que se dirigía a colaborar en el rescate este, o no sabía, o no quiso darles aún la identidad de los accidentados.

Así fue como, por vez primera, los pies de Juanón pisaron la aldea que se había levantado justo frente a la boca de la mina. Una docena de construcciones que acompañaban a un edificio de barracones, una oficina para la gerencia y otros ya de uso industrial para el lavado y selección del mineral, un pequeño poblado, el más alto que hubiese en toda la cordillera del cantábrico, a más de 1500 metros de altura y que todos allí conocían por el nombre de Dolor.

El nombre de aquel remoto lugar, uno que nunca llegaría a figurar en ningún mapa, quizá tan solo como referencia a la mina, pero, si acaso, solamente en la documentación de alguna empresa minera, como tantos otros topónimos, tenía un origen difuso, a pesar de llevar la mina en funcionamiento unos veinte años.

El empresario que se hizo con la titularidad de aquella vaguada donde se encontraba la boca de la mina, a refugio del Bodón, una montaña tan alta y escarpada que solo en días despejados ofrecían la vista de sus cumbres, bautizó a aquella explotación como Pozo de la Virgen Dolorosa y él mismo labró sobre un tablón de roble, aquel nombre que colocó a modo de cartel justo donde el camino de subida desde Villanueva de la Cueva, abandona la pendiente y se torna llano hacia una planicie de unos quinientos metros de largo por algo menos de ancho. Un lugar en el que, primero, levantaría las construcciones necesarias para dar servicio a la mina, como un barracón para los trabajadores, pues la propia climatología, dura como pocas, impedía a sus trabajadores el ir y venir a sus domicilios a diario. También construyó una carpintería, una fragua, un taller, los descargaderos de material, el castillete sobre el pozo y, a lo largo de todo el camino de subida, una serie de torres que, por medio de cables, harían descender en pequeñas vagonetas suspendidas el mineral extraído hacia un descargadero construido a las afueras de Villanueva.

Como había espacio suficiente y el barracón se quedó pequeño, consintió en arrendar parcelas a algunos mineros y que estos se levantasen allí sus pequeñas casuchas. Es así que, con los años, llegaron a morar en los alrededores de la mina más de una docena de familias.

El propietario se enorgullecía de su logro. En pocos años, un pequeño pueblo se había levantado en aquellas alturas y todos sus moradores, de una u otra manera, trabajaban para él o dependían de él y su empresa.

Pero un lustro atrás abandonó aquel proyecto vendiendo toda la explotación a un joven empresario madrileño. Descendiente de una acaudalada estirpe emprendedora y ávido por abrir nuevos horizontes al margen de los negocios de su padre, se inició a sus veintiséis años, con aquella adquisición, en el lucrativo negocio de la minería. Un proyecto al que se irían sumando, después, otras pequeñas explotaciones, así como con talleres mecánicos para el mantenimiento de su maquinaria. Un personaje al que todos llamaban don Gil.

Pero la venta con la que don Gil se hizo con el pozo de la Virgen Dolorosa se produjo a cuenta de una desgracia que sumió en semejante abatimiento al antiguo propietario, que se descubrió incapaz de seguir con la mina adelante.

Cuentan que se estaba excavando la tercera galería, la más profunda, a unos cien metros bajo la entrada de la mina. La explotación se sumergía en la montaña a través de un túnel de unos ochenta metros, hasta que moría en un profunda y ancha sima. Esta era una cavidad natural y por sus paredes se fueron estableciendo escaleras y aparatosos montacargas para, descendiendo, irse abriendo en otras galerías a distintos niveles.

En el nivel más bajo, solían los veranos acercarse media docena de estudiosos de los minerales, muy bien pagados por el dueño, que durante unos días hacían descensos por la sima para calibrar y evaluar la posibilidad de abrir otras galerías a tenor de la variedad de minerales que encontraban. Poco después de iniciar la excavación de aquella nueva galería, hubo un derrumbe atrapando a media docena de hombres.

Los trabajos de rescate se alargaron por dos jornadas, horas sin descanso y que, ante la falta de efectivos, hicieron necesaria la participación del propio dueño de la mina y de su hijo, un joven de apenas quince años que, tras un segundo temblor de las galerías, quedó sepultado ahora sí por una cantidad tan grande de escombros que hicieron imposible el rescate de ningún cuerpo.

Fueron los mineros los que tuvieron que sacar casi a arrastras al dueño de la explotación, un hombre desesperado y que no dejaba de llorar pronunciando el nombre de su hijo. Ahora sus lamentos por no haber atendido a los ruegos que los capataces y otros mineros le hicieron llegar, solicitándole que retrasase el inicio de la explotación de aquella galería, con abundantes filtraciones de agua y que no presentaba garantías serias de seguridad, eran baldíos. El premio del valioso mineral que atesoraba aquellas galerías no le hizo reparar en tales asuntos. Tras pasar un par de días hecho un ovillo sobre uno de los catres del barracón, se levantó y abandonó aquel lugar para no volver a pisarlo nunca más. Pocas semanas después lo vendería. Así que cuentan algunos haberle visto a él colocando el cartel al marcharse.

Aquel tablón de roble que labrase unos años antes con el nombre de la mina había sido partido por un rayo en una tormenta el mismo día del derrumbe. Toda una señal de los cielos dijeron algunos y, en cierta medida, ¿quién se lo podría rebatir? Tan solo una de las estacas sostenía una porción del letrero original. En él, chamuscado y astillado por ambos lados, solo mostraba un fragmento del nombre de Pozo de la Virgen Dolorosa.

Cuando ya hubo desaparecido monte abajo, algunos se acercaron interesados en el cartel que acababa de clavar un poco más al suelo con ayuda de un pedrusco. Quienes lo leyeron, aceptaron que aquel sería el nombre que ya para siempre había designado el destino para aquella aldea: Dolor.

Cuando Juanón llegó a lo alto, sudoroso a pesar del frío y fatigado en extremo, pues la nieve dificultaba mucho más la ascensión, leyó aquel cartel y tuvo la ocurrencia de que aquel lugar le estaba advirtiendo de su destino.

—¡Dolor! —exclamó intentando que su voz fuese solo un susurro, aunque sin conseguirlo.

—Dolor —respondieron algunos más de los que le acompañaban.

Pocos minutos después, frente a la boca de la mina, los peores presagios se hicieron realidad, al enterarse de que su padre, junto con dos compañeros, había sido sepultado. Un derrumbe que se produjo precisamente en la galería más productiva de todas, la misma en la que sucediese el fatídico accidente que hizo al primer dueño de la mina abandonar la explotación. Al caer la noche, las labores de rescate consiguieron dar con los mineros aplastados por toneladas de material, por rocas de tantos y diversos colores, como decía su padre, que nunca se habían encontrado en tal variedad en el mundo exterior. En eso pensaba Juanón. Sacaron a Juan en una camilla y, detrás de él, a sus dos compañeros en la muerte.

«Allí abajo —le dijo al hijo la noche anterior—, allí abajo no hay niños, todo el que entra a la mina es un hombre». Y aquellas palabras se le quedaron grabadas cuando vio en el suelo dos camillas que flanqueaban a la de su padre mientras los mineros reunidos alrededor rezaban un padrenuestro. Efectivamente, allí había con Juan dos «hombres» más, uno de trece años y otro de dieciséis.

En los corazones de los congregados, el dolor era tan inmenso como la altura de aquellas montañas que ahora, iluminadas en sus blancos mantos de nieve por la luna, se mostraban insolentemente bellas, orgullosas e indiferentes ante quienes las contemplan y quisieran comprender su naturaleza.

Y puede que algo de ellas germine en el carácter de esas gentes, pues al igual que el paisaje, son silenciosas. Muchas veces parece que no están y, cuando están, se funden y confunden con el entorno, tan cotidianos como los chopos que bordean los arroyos o los piornos que ascienden por las laderas de los montes.

Pero si hoy día, un viajero curioso cruzase por aquellos valles y preguntase a cualquier lugareño por el camino a Dolor, responderá mirando con ojos tristes a lo alto de una montaña y, quizá, si el forastero le despierta confianza, le responda que allí ya no hay nada que ver, que el monte se tragó la mina y luego el camino y que, aunque más despacio, lo hace también con los recuerdos. O también puede que simplemente chasquee los dientes y siga con sus cosas, ignorando el interés del extraño, confundiéndose de nuevo con el paisaje. Así nació Dolor, y aunque quizá nunca fuese un pueblo, pudo ser un estado del alma.

Esta es su leyenda.

1895-1905

2. Elisa y Andrés

Años después de haberse casado con un hombre quince años mayor que ella, Elisa se preguntaba por qué lo había hecho si nunca le había amado, ni él le mostró gesto alguno de afabilidad. Durante mucho tiempo esquivó cuestionárselo, pues no le agradaba reconocer que fue exclusivamente por salir de la miseria. Ahora aquel «porqué» le arrojaba dudas si fue suficiente motivo sacrificar el corazón por el estómago.

Huérfana de madre cuando era muy pequeña, Elisa era hija única y llevaba los últimos años al cuidado de un padre en un permanente estado de ahogo, atorados sus pulmones de un polvo negro que, entremezclado en los esputos sanguinolentos, la amedrentaban cada vez que aparecían en pañuelos hechos un ovillo con la ropa sucia para lavar. Pañuelos con mocos y escupitajos resecos, acartonados en una especie de bola de papel y que parecían resquebrajarse al despegarlos antes de sumergirlos en el lavadero.

No hacía mucho que había cumplido los quince años y no pensó su padre en una mejor perspectiva de futuro para su hija, consciente de que estaba a punto de perder la batalla contra su enfermedad, que buscarle un marido y lo hizo en Andrés, un antiguo compañero de galería que trabajó poco tiempo en los pozos para después dedicarse al pastoreo y cultivar una pequeña huerta con la que lograba sobrevivir sin apreturas.

Una mañana que amaneció amable y soleada, se acercó hasta Villanueva de la Cueva para, en la misma jornada, proponer y cerrar el trato.

Ni siquiera preguntó Andrés por el aspecto o la edad de quien sería su esposa. Nunca se le habían conocido tratos con las mozas como a cualquier otro, pero tal cuestión nunca despertó entre sus vecinos la duda de si no sería porque le gustase más la compañía masculina. Andrés era un hombre que simplemente no trataba con nadie, que nunca mostraba sus sentimientos u opiniones. Nadie le escuchó jamás queja alguna o le contempló regocijarse. Andrés, simplemente, era un elemento más del paisaje.

El padre de Elisa sabía que un hombre como aquel, con el mismo entusiasmo que un cesto de patatas, no podría hacer feliz a nadie, pero le bastó con que su hija tuviese un hogar en el que poder vivir. Ella, por su parte, recibió la propuesta de boda muy apesadumbrada, pasando varios días sin dirigir la palabra al padre, pero frente a los incesantes argumentos de este, que le pronosticaban una segura miseria tras su próximo e inevitable fallecimiento, se rindió a su destino pactado. Habiendo pasado dos semanas desde que cerrasen el trato de la boda, Andrés aún no se había acercado a conocer a la que sería su esposa. El padre de Elisa, temeroso de que el compromiso se rompiera, invitó a Andrés nuevamente a comer un domingo, proponiendo una fecha definitiva para el casamiento. Andrés respondió a la carta confirmando la fecha para dentro de cuatro semanas, pero excusándose de visitarles en base a una supuesta incapacidad de abandonar sus tareas. Al tiempo, les comunicaba que, ya que se iban a quedar

a vivir en Villanueva, allí debería ser la boda. No hubo más comunicación. Dos semanas después, Elisa quedaba huérfana. Con los pocos cuartos que le quedaban al padre, pudo dejar al día la renta de la casa en que vivían, comprar un burro y, haciendo un par de hatillos y llenando una maleta, reunió sus pertenencias encaminándose a Villanueva de la cueva el día antes de la boda. Quien iba a convertirse en su marido, a pesar de verla llegar por la carretera tirando del animal cargado con los bultos, se dispersó al igual que lo hacían sus cabras por la ladera del monte, no propiciando su encuentro hasta el atardecer.

La quinceañera acertó a encontrar su futura casa, pero como no había nadie en ella, se sentó a esperar en la puerta. Poco rato después, un crío que se le presentó como Juanón le dijo que esa era la casa de su tío y salió corriendo para entrar a en una vivienda más pequeña y humilde, que se levantaba en medio de un huerto, lo que parecía también propiedad de la vivienda de su futuro marido. De allí llegó el niño, tirando de la mano de un hombre de aspecto agradable y de una sonrisa encantadora.

—Hola, me llamo Juan y me parece que vamos a ser cuñados.

Pronto descubriría Elisa que el trato de Andrés para con su hermano Juan no distaba un ápice del que mantenía con cualquier otro, lo mismo se tratase de ganado o de ella misma.

Alguna vez abordando tal cuestión, Juan solo acertaba a decir que Andrés siempre había sido así.

Los veinticinco años de Juan y los treinta de Andrés parecían una barrera infranqueable para que aquella adolescente se adaptase a su mundo, especialmente al de su esposo, aunque pronto entendería que la edad no tenía nada que ver. Elisa adivinó que Juan lamentaba su suerte como esposa de su hermano y, aunque ella puso algo de interés al comienzo de aquella vida en relacionarse con su cuñado, su esposa y el pequeño Juanón, no fue capaz de persistir en el empeño. El carácter inanimado y oscuro de su esposo terminó por anularla y contagiársele también.

Las noches eran otra cosa. Casi todas era tomada para satisfacción de Andrés, que más que hacer el amor, parecía reproducir con aquel acto una monta entre cualquier pareja de animales.

Ella se dejaba hacer intentando alcanzar pequeñas cotas de placer que dibujasen con cierto entusiasmo su anodina existencia, junto a un compañero que podía pasar días enteros sin pronunciar una palabra y, si lo hacía era por pura necesidad o para impartir las labores propias de la casa, de la huerta o de los animales.

Andrés la tomaba sin pasión. Apenas dedicaba atención a su esbelto cuerpo, solo se centraba en despojarse de la ropa, quitársela a ella y situarse entre sus piernas para, tras unos rítmicos vaivenes de cópula y que siempre eran iguales, derramarse dentro de su vagina. Incapaces nunca de engendrar un hijo, pocas noches cesaron en aquel acto desprovisto siempre de toda pasión.

El paso del tiempo le hizo a Elisa ganar un espacio propio en aquella casa, cuestión que Andrés nunca rebatió. Aquellas cópulas, en las que él alcanzaba un frugal éxtasis, fueron variando por deseo de Elisa. Frustrada por nunca alcanzar el clímax con él, con el paso del tiempo y empujada por la necesidad de encontrar siquiera un desahogo para su ánimo, comenzó a masturbarse previamente a que su esposo la penetrara. En tal situación, ella se abandonaba a sus fantasías y, cuando estaba a punto de culminar en gozo, hacía un gesto a su marido, que aguardaba con su miembro erecto y en ese momento sus cuerpos se fundían, pero no sus mentes, pues cada una se dirigía por derroteros muy distintos para alcanzar el placer.

A tales infortunios se le empezaba a añadir el miedo que algunas actitudes de Andrés le infundían. Como no tenía cosas más entretenidas qué hacer, comenzó a espiarle. A veces le

seguía cuando se iba al monte con las cabras. Lo mismo comenzaba a hablar o gritar en solitario, manteniendo supuestos altercados con personajes que solo él vería o se imaginaba, que la tomaba con cualquier animal, propio o salvaje, y lo maltrataba con sadismo hasta matarlo. Cuando regresaba el hombre a casa, ella buscaba en sus miradas rasgos que revelasen que aquel tipo que llegaba exhausto era el mismo que había visto antes.

Tiempo después, Andrés comenzó a alternar su labor de pastoreo con trabajos temporales de mantenimiento en la línea ferroviaria del Hullero, el tren que llevaba el carbón de las cuencas mineras del norte de León y Palencia a los Altos Hornos de Vizcaya. Las semanas que Andrés se ausentaba para ir a trabajar a las vías, Elisa se sentía casi feliz, esperanzada en que quizá, con suerte, una locomotora lo atropellaría o se enzarzase en una pelea a cuenta de alguna disputa de naipes y alguien parecido a él le diese un navajazo en el corazón. Pero siempre regresaba y, sin ella darse cuenta, terminó convertida en una mujer sin esperanzas, contagiada por el carácter hosco y taciturno de Andrés.

Cuando llegó la muerte de su cuñada, aquella fue desgracia que pasó sin pena ni gloria por su casa, pero cuando fue Juan quien falleció en la mina, sí que hubo un cambio notable en sus vidas.

Su sobrino Juanón, sin más familia que ellos, quedó a vivir bajo su techo. Un asunto que a la pareja no le entusiasmaba, pero con el que consintieron porque era lo que todos en el pueblo habrían esperado que hiciesen. La casa de Juan, la casina, por hallarse en mitad del extenso huerto que ambos hermanos heredasen de sus padres, fue transformándose en cuadra, pues Juanón estaba instalado con sus tíos y, visto que ellos no tenían descendencia, todo aquello quedaría para el sobrino cuando les llegase la muerte.

Juanón aguantó hasta los quince años bajo la tutela de sus tíos. Con esa edad, Andrés lo subió un día a Dolor para que comenzase a trabajar en el pozo minero. El muchacho, visto que su tío amenazaba con echarle de casa si no accedía a convertirse en minero, asumió su nueva situación bajo la premisa de que viviría en los barracones de Dolor con otros mineros, que lo poco que le quedó de su padre, como la casina, seguiría siendo suyo, aunque sus tíos hiciesen uso y que todo lo que ganase, sería para él.

A Andrés aquello o le pareció correcto o, simplemente, le dio igual. Conforme con la postura de su sobrino, dio media vuelta y se olvidó de él.

LIBRO DEL VIAJERO

2. Kattalin

Anochece cuando el tren se detiene en el apeadero de Gernika. Aún quedan unos minutos y unas pocas paradas más para que finalice su viaje desde Bilbao en Bermeo y Julen, acomodado en un asiento, mantiene la cabeza apoyada en el cristal. Rememora la conversación con Ángel y el aspecto que ofrecen las casas de Gernika, nada tiene que ver con la destrucción de la que advierte el cuadro de Picasso. Evidentemente, los mismos que la arrasaron no permitieron ni un espacio para el recuerdo en su reconstrucción.

—Borra la historia de un pueblo y borrarás a ese pueblo. Por eso debemos tener memoria.

La frase se la escuchó no hace mucho a su tía Kattalin y piensa que tiene razón. El tren arranca tras desprenderse de algunos pasajeros y su mente sigue en órbita alrededor de la incómoda figura de su padre.

Al llegar a Bermeo ya se ha echado la noche y se acerca hasta el Txoriburu, una antigua taberna junto al puerto que ahora es frecuentada por jóvenes, desde que hace un año Piru la alquilase y trasformase en bar musical.

—Aúpa, Piru, ¿ha estado alguno de mis colegas por aquí?

—Nadie, pero aún es un poco pronto, ¿no?

Julen consulta su reloj, son las diez y media y es, precisamente, sobre la que se suelen juntar los sábados.

—Subo un momento a casa, si los ves...

—Les digo que te esperen, descuida. Ya de paso, dile a Kattalin que ya tengo relevo para esta noche, que baje cuando quiera.

Piru, de un gesto con la cabeza, le hace mirar a Julen al fondo de la barra, donde su hermano, que le sustituye esa noche, está pinchando música. El texto de la canción de Barricada que suena le empuja a no borrar de la mente su más inminente destino:

«Es el juego del gato y el ratón
tus mejores años, clandestinidad.

No es muy difícil claudicar

esto empieza ser un laberinto...».

Entra en casa saludando en voz alta y, antes de dar explicaciones de dónde ha estado todo el día, se encierra en el baño para darse una ducha. Pocos minutos después, suenan varios golpes en la puerta.

—Ya salgo, que me estoy secando.

—Podías avisar de que estás en casa —le censura su tía.

—No me habréis oído, estabais en la cocina. Por cierto, Piru te está esperando.

—Ese Piru y tú...

Le comenta Begoña a su hija, que está unos pasos por detrás de ella en el pasillo. Las dos se habían acercado sospechando que Julen estaba ya en casa al darse cuenta de que el calentador de butano llevaba un rato encendido.

—Solo es un amigo.

—¿Y cómo de amigo? —le cuestiona a la hija con una sonrisa que le desaparecerá en cuanto escuche su respuesta.

—Lo justo para follarlo de vez en cuando y quitarme el estrés.

—¡Joder! ¡Pero qué basta eres, tía!

Julen sale del baño con una toalla enrollada a su cintura y la ropa hecha un ovillo mientras Begoña regresa a la cocina negando con la cabeza, prestando atención a las patatas que está friendo para hacer una tortilla.

Kattalin aguarda un poco a que su sobrino comience a vestirse y asoma la cabeza por la puerta de su cuarto.

—Entonces, ¿vienes del Txoriburu?

—Sí, dice Piru que su hermano se encarga hoy de la barra.

—Le sustituye alguna vez para que libre.

—Por cierto, vaya corte que le has dado a *amama*³.

—Anda, calla, a ver si crees que por eso se escandaliza, que tenemos confianza, a pesar de que a mis treinta y dos años aún me ve cómo una chiquilla.

Julen, tras abroncarse unos vaqueros y ponerse una camiseta, se agacha debajo de la cama a buscar sus deportivas.

—¿Y qué plan tienes para hoy?

—Pues estar con la cuadrilla por aquí, ¿y tú?

—Vamos a Bilbao y nos quedaremos en una pensión del casco viejo. Por cierto, ¿dónde has estado todo el día?

—En Bilbao también.

³ *Amama*, abuela en euskera.

—¿Y haciendo qué?

Visto que su tía le confía sus planes, él hace igual. Tras el relato, Kattalin se sienta en la cama claramente contrariada, revelando un poso de amargor en la expresión de su rostro.

—¿De veras quieres conocer al cabrón de tu padre?

Julen se acerca hasta la puerta del cuarto y la cierra. Sabe el rencor que albergan las dos únicas mujeres que conforman su familia y no quiere que su abuela escuche la conversación.

—¿Qué hay de malo en conocer la verdad?

—¿Pero qué verdad? ¿La suya? Vamos, ¡no me jodas!

—Ni suya ni no suya. Nunca me decís nada más allá de lo de siempre y creo que ya tengo edad para entender todo.

—En eso estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Pasa que mi *ama* me hizo jurar que nunca te diría nada. Sabe que no estoy de acuerdo, pero ella es de otra época y ya sabes. Créeme cuando te digo que, de vez en cuando, me pregunta si he roto mi promesa.

—Joder, es para mandaros a la mierda.

—¡A ver qué dices! Por favor.

La voz hostil de Kattalin muda a un tono más suave, triste. Él permanece en silencio, mirándola, pero su tía no dice nada. Se acerca a la ventana, la abre, y tras encenderse un Lucky, apoya los codos en el alféizar perdiendo la mirada en el rielar de la luz de las farolas, en las aguas del puerto. El aroma del tabaco despierta la ansiedad en Kattalin, que se hace un sitio a su lado en la ventana, tomando el cigarrillo de entre los dedos de su sobrino y propinándole un par de caladas antes de devolvérselo. Exhala el humo y pierde ella también la vista por la estela lechosa de un pesquero que acaba de entrar en puerto.

—¡Que le den por culo a la promesa! Ese hombre engaño a tu *ama*, nos engañó a todos. Leire no sabía que era Policía secreta ¡nada menos! Le dijo que era perito o no se qué y que trabajaba en no se cuál fábrica por Barakaldo. Normalmente, quedaban los domingos en Bilbao.

—¿Como se conocieron?

—Leire dijo que lo conoció en las fiestas de un barrio de Bilbao. Yo era una cría entonces, piensa que tu *ama* me llevaba a mí diez años.

—Entonces, ella tendría unos veinte.

—Veintiuno. Quería ser independiente y logró trabajo en una fábrica de Bilbao. La cosa es que, tras un tiempo de relación, comenzaron a ir a su casa y, bueno... se quedó embarazada. Todo esto me lo contó ella años después, claro. Su «novio» que, por cierto, le sacaba bastantes años, en cuanto supo que estaba embarazada, le dijo que se olvidará de él. Así, como lo oyes, sin rodeos. Tu *ama* lo estaba pasando muy mal, se lo contó a Andoni y lo único que se le ocurría a nuestro hermano era buscar a alguien que le hiciera abortar.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque ella, inocente y embobada como estaba, aún suspiraba porque el hijo de puta recapacitase y se casase con ella. Leire lo quería como una loca, pero, claro, es que aún no sabía que todo alrededor de Juan eran mentiras. Encima le excusaba ante Andoni. Decía tu ama que su novio se había quedado impresionado cuando le contó lo del embarazo, pero que era muy cariñoso y que aquello se podría solucionar... Siempre fue una soñadora, como tú. También le echó hacia atrás el miedo. Abortar era ilegal y muy peligroso en aquella época. Ponerse en manos de una persona que no iba a tener medios para atenderte si las cosas se ponían mal le aterraba.

La voz de Begoña, alertándoles de que la cena ya está en la mesa, pone fin a la conversación hasta que, media hora después, los dos bajan juntos a la calle. La abuela se ha quedado en la salita traspuesta viendo la película del programa *Sábado cine*. Un musical del que le habían oído protestar, diciendo que ya lo habían pasado un montón de veces por la televisión.

Llegan hasta el Txoriburu, que a esas horas ya está muy animado. Su dueño recibe sonriente a su chica desde detrás de la barra con un beso y le solicita que aguarde un poco mientras despacha a un par de grupos de clientes que, impacientes, reclaman sus cañas.

—Pues ya que estás, saca un par de birras. Mi sobrino y yo tenemos que hablar.

Al momento, aparecen en el mostrador un par de botellines de cerveza que desparraman su espuma al ser liberados de la chapa. Dan un largo trago y Kattalin retoma la conversación en el punto que se había quedado en la ventana del cuarto de Julen. Lo tumultuoso del ambiente y la música elevada les confiere, a pesar de estar rodeados de gente, cierto grado de intimidad, conscientes de que nadie atiende a lo que ellos hablan.

—Andoni le guardó el secreto a Leire unos días, pero al ver que no reaccionaba, tomó la iniciativa.

—¿Mi *ama* no se atrevía a contarle en casa?

—Pues no, la verdad. Un año antes había muerto nuestro *aita*⁴ y Leire le decía a Andoni que aquel disgusto llevaría a la tumba a nuestra *ama*. Él le quitaba hierro al asunto convencido de que exageraba, y que buscarían juntos la manera de contárselo en el momento adecuado. A todo esto, yo con mis doce años, todavía no me enteraba de nada.

—Claro.

—Tras mucho insistirle Andoni y a Leire, al final le facilitó la dirección de Juan y nuestro hermano se presentó allí un domingo temprano, pero no había nadie en la casa. Estuvo, según luego contó, deambulando por el barrio de Cruces de Barakaldo, hasta bien entrada la tarde.

»Así hasta que, en un momento dado, un par de coches se le cruzaron subiéndose a la acera, apeándose dos tipos de cada vehículo, a los que no conocía de nada y que tras propinarle dos tortas le metieron a empujones en uno de los coches.

—¡Joder! Policías, ¿no?

—Pues claro, y Juan sí que estaba en su casa, pero le tuvo que inquietar aquel tipo que primero había llamado al portero automático y que después, viendo que no contestaba, se busca la vida para entrar al portal y subir a su piso para llamar directamente a su puerta. Luego, seguiría viéndolo desde las ventanas, merodeando por la calle. Así que llamaría a los suyos. El caso es que se lo llevaron a comisaría. Nuestro hermano no quería decirles que había ido hasta

4 *Aita*, padre en euskera. *Ama*, madre.

aquel portal buscando al tipo que había embrazado a su hermana, pero comenzaron a golpearle. Sospecharían que iba a por el policía o que le estaba vigilando. Andoni se descubrió y les dijo que buscaba al novio de su hermana, un tal Juan que era perito, vamos, los datos que Leire le facilitó. Por lo visto, los polis que le sacudían en el interrogatorio conocían esa coartada. Ahí es cuando le apretaron más hasta que confesó que había ido a buscarlo porque había dejado a su hermana embarazada y no quería asumir su paternidad. Entonces dejaron de pegarle para burlarse de él y de su compañero, pues salieron de la sala que estaba Andoni hacia otra contigua desde donde Juan habría seguido el interrogatorio, sin mostrarse ante nuestro hermano. Cuando se cansaron de bromear, volvieron con Andoni, lo encapucharon y montaron de nuevo en el coche en el que lo habían llevado, abandonándolo a medianoche en el alto de Miraflores, una de las entradas a Bilbao.

»Antes de arrojarlo fuera del coche, un tipo que iba a su lado y al que, claro, no pudo ver la cara, pero Andoni estaba seguro de que sería Juan, le amenazó poniéndole la pistola en la cabeza, diciéndole que si volvía a saber de él, de su hermana o de cualquiera de su familia, él mismo se encargaría de meter una bala en la cabeza de cada uno. Que no quería saber nada de ellos en la puta vida. Después, pararon el coche y lo empujaron, dejándole allí desorientado. Nadie más sabe esa historia. Cuando ya fue evidente el embarazo de Leire, se desataron chismorreos que, lógicamente, nunca lograrían atinar con la identidad del padre. Alguna amiga algo sabía de que había sido medio novia de un tipo de Bilbao y desde ahí es fácil crear un relato. Un tipo que la dejaría embarazada, la abandona y ahí queda todo. De toda esta historia que te he contado, me fui enterando años más tarde por lo que me contarían Leire y Andoni.

Julen hace rato que ha terminado el botellín de cerveza. Kattalin le hace un gesto a Piru para por fin irse juntos.

—Menuda historia, ¿eh? Si quieres, lo dejamos para otro rato. Ahora quiero desconectar, divertirme y te recomiendo que hagas lo mismo, sobrinito.

Kattalin besa la mejilla de Julen y sale del bar agarrándose al talle de Piru, cruzando la calle y subiendo a su Ford Fiesta negro aparcado enfrente. Pocos minutos después, irán llegando los amigos de Julen. Será otra noche de cervezas y de risas, otra noche de *rock and roll*, como ahora sugiere, desde otro de los cortes de un disco de Barricada, el Boni, uno de sus dos vocalistas.

En algún momento de la noche, saldrá el asunto del servicio militar y aunque, a veces, en la cuadrilla, alguno proclama el dicho de «la mili con los milis» sustituyendo de manera sarcástica, o quizá no, la obligatoriedad de realizar el servicio de armas en el ejército español, por una supuesta militancia en ETA militar, él no contempla tal opción y tampoco huir a Iparralde⁵ para eludir la justicia militar española. Así todo, tiene decidido seguir con su propósito, aún a costa de mancillar el ánimo de su pequeña familia. Convencido de que eso es parte del precio que pagar por hacer valer su libertad.

Kattalin regresa a casa la noche del domingo. Pasa por el cuarto de su madre a darle las buenas noches y hace lo mismo al acercarse al de Julen, encontrando a su sobrino consultando un par de mapas que tiene desplegados sobre la cama. Está sentado en mitad del colchón con las piernas cruzadas y apaga un cigarrillo en un cenicero que tiene en la mesita al ver entrar a su tía.

Ella se sienta a su lado, reconociendo en su rostro a un tipo cada día más extraño que va dejando de encajar en sus vidas.

—Qué, ¿planeando una excursión?

⁵ **Iparralde**, traducido del euskera significa zona norte, en referencia a los territorios vascos integrados en la República Francesa, también conocidos como País Vasco francés.

Julen recoge torpemente los mapas hasta que, tras varios intentos fallidos, consigue doblarlos por los pliegues correctos para guardarlos.

—Qué va, pasando el rato —miente.

—Ya.

—¿Y qué tal vosotros por Bilbao? No tienes buena cara, pareces enfadada.

—¿En serio? Pues solo estoy cansada. Apenas he dormido un par de horas.

Estira la mano hasta el paquete de Lucky de su sobrino. Enciende un cigarrillo y exhala una profunda bocanada de humo hacia el techo de la habitación.

—Bueno, puede que sí esté un poco cabreada.

—Te has mosqueado con Piru.

—Puede. He visto en las noticias del mediodía las imágenes del entierro del policía que ametrallaron el viernes.

Julen asiente sin extrañarse de los repentinos bandazos que podía dar su tía en cualquier conversación, cambiando el sentido de la misma. Aspira una nueva calada y prosigue hablando.

—La tele mostraba la cara de una chica joven. Tenía lágrimas e intentaba disimular su congoja delante de tanta gente. Quizá fuese la mujer del muerto, su novia, su hermana... y yo sé perfectamente cómo se siente. La tele busca siempre cosas así cuando ven que les conviene, es un espectáculo, pero el dolor de ella es real. Me pregunto qué habría pensado ella de nosotros, de mis hermanos muertos antes de que la muerte se sentase a su lado. ¿Y sabes qué creo? Que el dolor nos ha hecho iguales. Ahora llegará el odio, y en eso también nos pareceremos. La cosa es que detesto vivir con rencor, pero forma de tal manera parte de mí, que pienso que nunca podré librarme de él.

Julen agacha la mirada incómodo y se levanta dejando los mapas entre los vinilos que descasan sobre una repisa. Abre la ventana para ventilar un poco la habitación y se apoya en ella, dando la espalda al exterior.

—Aunque joda, hay que mirar al futuro, tía, no es bueno estar siempre reviviendo el pasado.

—Ni sabes de lo que hablas, ni creo que pienses lo que dices.

—Pues explícamelo, además, tenemos pendiente concluir la conversación de ayer, pero claro, igual has reulado y me dices que no puedes, como se lo has jurado a *amama*...

—No te pongas irónico conmigo, chico.

—Y tú no me llames chico.

—Vaya, parece que no tengo el día. Mejor me marchó a dormir.

—Pues igual sí.

Kattalin se levanta de la cama con cierto aire de decepción, un gesto que Julen conoce bien.

—Espera, tía. He sido un poco borde.

—Dice mi *ama* que debemos conseguir que la rabia no anide en ti, que puedes despegarte de la peste que arrastramos, porque es una peste, te lo aseguro. Está convencida

de que, por tu manera de venir al mundo, estás condenado a caminar por el borde de un precipicio.

—¡Joder! ¿eso dice *amama*?

—Sabe apartar el dolor o la alegría, ¡lo que sea! En su manera de racionalizar, aunque parece, a veces, que tarda en reaccionar, toma sus decisiones siempre bajo el influjo de la lógica.

—Me cuesta seguirte. Me quieres contar algo, pero al tiempo haces todo lo posible por despistarme.

—¡Ay, pero qué listo que eres! —le contesta burlona, recuperando su sonrisa.

—A lo mejor madre e hija no sois tan diferentes.

—¿Eso crees?

—Puede. ¿Por qué no pruebas a hacerte caso y me cuentas todo? Yo creo que quieres hacerlo.

—Buen intento, pero no cuela.

—Yo no tendría secretos así contigo.

Kattalin, le sostiene la mirada retadora.

—Ah, no, ¿eh? ¿Y qué hacías mirando esos mapas?

Julen se muerde el labio, sopesando la conveniencia de una excusa o una mentira, para convencerse finalmente de la inutilidad de ambas opciones.

—Buscaba el pueblo de Juanito. Solo por curiosidad.

—¡Ya! Venga, prueba de nuevo.

—En serio, ¿sabes que tiene un nombre rarísimo? Se llama Dolor.

—Joder, pues vaya nombres que ponen a algunos pueblos. Entonces qué, ¿planeando unas vacaciones con papi?

Julen responde con la mirada herida, lo que hace a Kattalin arrepentirse al momento de sus palabras.

—Lo de ese pueblo lo miraba por mirar. En realidad, estaba planeando perderme por Picos de Europa o por esa zona quizá un par de semanas, antes de que pasen a buscarme.

—¿A detenerte?

—Han empezado a apresar a algunos insumisos y no sé si dejarme cazar. No tengo necesidad de convertirme en preso para visibilizar esta lucha. Al no presentarme en el cuartel, vendrán a buscarme al cabo de pocos días. Lo harán una o dos veces, después me darán por fugado. Durante el periodo que esté fuera, tendré tiempo también para pensar qué hacer. Iré con la mochila bien equipada, la tienda de campaña, todo listo para una travesía de montaña. Además, toda esa zona seguro que me va a encantar.

—Ya lo creo.

Kattalin asiente convencida, tanto ella como su sobrino son grandes aficionados a la montaña, una pasión que ella misma se encargó de inculcarle en vena desde niño.

—Es verano, hará buen tiempo y necesito hacer algo así. También había pensado, para evitar que me detuviesen, esconderme unos días en casa de algún amigo, pero eso es encerrarse voluntariamente y yo quiero sentirme libre.

—Creo, y no te enfades, que tienes bastantes pájaros en la cabeza. Así todo, adelante, aunque, si quieres huir, podría hablar con alguien para que...

Julen le interrumpe.

—Espera. Si lo que me sugieres es cruzar la muga y esconderme en Iparralde, paso. No estoy en esa situación.

—Parece que censurases la actitud de los refugiados.

—¡Pero qué dices! ¿ves? Confundís las cosas.

—¿Como que confundís? Aquí solo estamos tú y yo.

—Ya me entiendes. Si digo que paso de armas y de ejércitos, es que paso. También de quienes emplean las armas como un ejército.

—Te estás confundiendo. Nadie dice que hagas otra cosa.

—Vale, pero si quien yo me imagino me ayuda a pasar al otro lado, me da refugio... tendré que dar algo a cambio, ¿no? Algo se esperará de mí, ¡digo yo!

—No tiene por qué.

—Tía, no nos hagamos trampas. Creo que tienes un concepto idealizado de todo esto.

—¿Como que idealizado? ¿Me tomas por una chiquilla? Mira que ya tengo 32 años.

—Vale, y yo 19, ¿me consideras un crío o qué?

—Julen, se te está yendo la pinza. En Iparralde hay refugiados por distintas razones, no solo por participar en la lucha armada: los hay por persecución política, o por ser solo insumisos... Estás muy nervioso.

Julen se toma unos segundos para responder.

—Vale, vale... igual sí que estoy nervioso.

—¡Hostia! y ya vale con decir todo el rato vale.

—Vale, vale, no te rayes.

—Venga, cuéntame tu plan.

—Vale. Tengo ahorrado algo de lo que gané el verano pasado ayudando a Piru cuando montó el bar y algo más que he logrado juntar.

—¿De cuánto hablas?

—Cien mil pelas.

—Joder, mucho me parece.

—Bueno, me he buscado la vida un poco.

—¿A qué te refieres?

—He meneado un poco de costo con los amigos y conocidos. Además de salirme los porros por la cara, algo he podido ahorrar. No es mucho, pero...

—¿Que vas trapicheando con costo? Si se entera *amama* te cruje.

—¿A mí? Igual a ti.

—¿Como que a mí?

—A ver, que el poco costo que he movido se lo pillaba a Piru. Que ya sé que, de vez en cuando, se curra encargos mucho más serios. Por ejemplo, como el de ayer, cuando os largasteis a Bilbao.

Súbitamente, el rostro de Kattalin la muestra azorada, como si la acabasen de descubrir guardando el secreto más grande nunca imaginado.

—Ya sé que una parte de lo que entra por el puerto, y que no son precisamente anchoas, lo menea él de manera discreta. Te juego lo que quieras a que sé lo que llevaba ayer en el maletero y que llegó hace dos días con un atunero que regresaba de África.

—Déjalo.

—Por lo menos serían tres kilos de...

—Que lo dejes, ¡hostia!

—Vale, tranquila, pero Piru gana, gasta mucho y se está empezando a notar. Él me lo ha negado, pero no sé si estará medio enganchado al caballo.

Kattalin se vuelve clavándole los ojos. Está encendida en cólera.

—Y no te enfades conmigo por saber eso, que tampoco me he enterado hace tanto. Piru es un tío de puta madre, pero esa mierda de heroína ha destruido a mucha gente aquí.

—Tú no sabes nada.

—Vale, solo sabré un poco, pero mejor que tu novio deje esas movidas.

—Está todo hablado, este verano se va a ir a pasar el mono al caserío de su hermano. Se va a limpiar, ¿está claro? Y si no lo hiciese, lo mando a tomar por culo. También va a traspasar el bar y luego a buscarse la vida en lo que sea. Está dispuesto a volver al barco.

Kattalin baja la mirada y derrama un par de lágrimas. Julen, al verla, se sintió terriblemente mal por haberle espetado a la cara todo aquello de manera tan brusca.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada, si lo que has dicho de que ayer llevamos «algo» en el coche es verdad. Me enteré al llegar a Bilbao. Por eso nos enfadamos y... bueno, ya vale.

—Igual hasta ahora no ha movido mucho, pero alguien no piensa así en el pueblo.

Kattalin asiente. Lo que Julen no sabía es que, después de la bronca que mantuvieron Piru y Kattalin en Bilbao tras entregar el «paquete», para convencer Piru a su novia de que aquel había sido definitivamente el último trapicheo que realizaba, era que ETA le había amenazado formalmente, pero que, como ya tenía la mercancía, era inexcusable entregarla a su destinatario. Quizá ni Julen ni ella sospechaban lo que, en realidad, Piru podría estar moviendo, pero, por lo visto, otros sí que lo sabían.

—La pintada que hicieron frente al bar, de «*trafikanteak kanpora*»⁶ podría ser por él...

—Es por él.

—No es para tomarlo a broma.

—Por eso está todo hablado con quien se tenía que hablar. Piru cierra el bar, se limpia y deja esas historias. Por eso he llegado hoy tan... tan jodida.

—Que dices que lo has hablado con...

—Hemos hablado, es Piru quien ha tenido que comprometerse.

—Pero eso lo habéis hablado, ¿con quién?

—Ninguna pregunta más sobre este asunto, ¿entendido?

⁶ En euskera, «traficantes fuera». En los años 80 y principios de los 90, ETA extendió sus atentados contra algunas personas vinculadas al narcotráfico.

LIBRO DE DOLOR

1909-1920

3. Los niños de Dolor

Nunca había visto a un minero tan guapo, porque seguro que eran mineros aquel grupo de mozos, que lo mismo acababan con una botella de vino para después pedir otras de sidra, sentados en unas sillas de tijera alrededor de una minúscula mesa en la que no cabía ni una botella más.

—Ese, el del pelo moreno peinado hacia atrás va a sacarme a bailar. —Eso le dijo Isabel a sus amigas cuando ya se alejaban juntas en dirección al prado de la romería después de haber acudido a buscarla, pues bien las había advertido.

—Pasaos poco después de la hora de comer, que si mis padres no ven que venís a buscarme, tampoco verán la hora de permitirme marchar.

Las tres amigas acudieron puntuales a la cita a la cantina que situada enfrente del apeadero de la vía del tren, estaba arrendada por los padres de Isabel. Aquel día, como era previsible al ser la fiesta del Corpus, había acudido bastante gente de los alrededores de La Vecilla. En el establecimiento, además de haberse despachado ya unas cuantas cántaras de vino, también se habían ofrecido varias comidas e Isabel había estado ayudando a su madre en la cocina primero y, después, al padre sirviendo las mesas.

A mediados de junio, se intuye ya el verano por los cielos azules despejados, pero en la montaña de León, la primavera ha estallado no hace mucho y al festival de colores y de olores se le sumaba aquella tarde el estridente sonido de las dulzainas y tamboriles, de risas y carreras de los críos por el prado de la romería. Y acertó de pleno Isabel con sus amigas, aquel mozo moreno la sacó a bailar y no se separarían ya en toda la tarde. Tampoco en las de los domingos siguientes, en las que Juanón se acercaba hasta La Vecilla para visitar a la chica que, unas semanas después, se comprometería con él.

Con ciertas reservas al principio, pero mas confiados después, los padres de Isabel consintieron la relación que los jóvenes iniciaban. En realidad, no era un mal partido para su hija. Mejor casarla con un minero que con un bracero que no tendría donde caerse muerto. A fin de cuentas, no viviría muy lejos de ellos. Por otro lado, el tren que discurría ante la cantina y que, poco a poco, iba siendo un medio de progreso, lo era también de separación para quienes no lograban abrirse camino en su tierra y aquellos padres, no querían ni pensar en que un día ese mismo se tren se la llevase lejos, quién sabe si hasta Bilbao, como ya marcharan otras antes, a servir en las casas de la pudiente y emergente burguesía vizcaína, o hacerlo con cualquier novio

que le saliese y emprendiesen juntos el rumbo a labrarse un destino más seguro en las fábricas que queman en Vizcaya el carbón de sus montañas.

Mediado el otoño, acordaron que la boda sería la próxima primavera, pero antes, Isabel quería conocer aquel lugar de nombre tan inquietante en el que iba vivir. Juanón bajo de Dolor hasta Villanueva de la Cueva donde, desde La Vecilla, llegaron Isabel y sus padres tras un par de horas de viaje en carreta por el sobrecogedor y sinuoso desfiladero paralelo al río Curueño. Un angosto camino que allí todos conocían como Las Hoces. Ante el indisimulado gesto de decepción de los padres por tener que caminar otra hora por una empinada senda para alcanzar el poblado edificado ante la mina, su futuro yerno propuso que solo subiría con Isabel para que, así, conociese el que sería su hogar. Mientras, sus futuros suegros podrían esperarles allí.

—Mantengo la propiedad de la casa en la que me crie hasta que, con once años, murió mi padre en la mina. Es vecina de la de mis tíos, con los que viví hasta cumplir los quince, que es desde cuando trabajo en la mina y, ante la cual, varios mineros hemos levantado humildes hogares.

Elisa se acercó curiosa al ver a su sobrino en compañía de aquellos extraños. Puesta al corriente de la futura boda de Juanón y visto que los padres de la novia desistían de subir a Dolor, les invitó a permanecer aguardando en su casa. El matrimonio aceptó la oferta, pero con la condición de que compartiesen las viandas que habían llevado para sobrellevar la jornada. Tortilla, empanada, cecina y un par de botellas de vino.

Ese mismo día pudieron descubrir el desconcertante trato que mantenían los tíos de Juanón. Andrés, un hombre hosco y silencioso que apenas pronunció palabra durante la comida para, después, desaparecer sin ningún tipo de atención ni despedida y Elisa, una mujer que actuaba con ellos como si su esposo no estuviese delante, como si fuese invisible.

Después de aquella visita, suspiraron aliviados al ser conocedores de que Juanón y sus tíos apenas mantenían más que un correcto trato y que la casa de Juanón en Villanueva, a pesar de en apariencia estar en mitad de las posesiones de la extraña pareja, era conservada y respetada por esta, pues tanto él como sus tíos eran copropietarios de aquella finca a partes iguales.

Para Isabel, descubrir Dolor fue todo un hallazgo. Tras salvar el empinado ascenso, se alzaba ante su mirada una planicie entre dos riscos calizos en la que, ciertamente, había una instalación minera y por donde discurría el trasiego de mulas cargadas y mineros, pero no había rastro alguno del habitual carbón de las minas. Al no invadir el rastro negro el paisaje como una enfermedad, Isabel podía mantener una visión selectiva y aquel paraje era el más hermoso que nunca hubiese visto. Las laderas que lo circundaban se arrojaban hacia el fondo de los valles limítrofes, salpicadas de hayedos en las caras que se rendían hacia el norte o de praderas y piornos en las que lo hacían hacia el sur. Alzando la vista, formidables montañas, vedadas a la vista de quienes como ella transitan habitualmente por las vegas, se descubrían alzándose imponentes unas tras otras. Revelando la insolencia de sus cumbres algunas de las cuales ya coronadas con los primeros mantos de nieve, presagiando el futuro invierno. Pero aquella jornada era soleada, y el otoño estallaba rotundo en ocres, dorados y verdes.

—Este lugar es maravilloso, a pesar de que haya una mina, Juanón, es tal cual me lo habías descrito.

—Pues tanto lo es por fuera, como por dentro.

—¿Por dentro?

Juanón le señaló al suelo y, mientras seguían caminando, lo hizo después hacia la boca de la mina.

Un año después de casarse, Isabel alumbró un varón. Ese mismo día, cuando Juanón sostuvo por vez primera a su hijo en brazos, le hizo una curiosa promesa.

—Crece, Julio, crece feliz y te prometo que iremos a ver el mar.

Isabel, postrada y agotada tras el parto, pero contenta como nunca había estado, escuchaba complacida las indicaciones que su esposo ya comenzaba a impartirle a Julio.

—Puede ser que tengas el sueño de ser marino, de embarcarte en busca de una vida de aventuras. Ese fue una vez el mío y aún sigue vivo en los libros que leo. Crece e iremos juntos a pisar las playas de Asturias, a las que no pude ir con padre.

Hay casas en las que entra la alegría y con su energía cubre los pesares de una vida dura. Así fue durante un tiempo en la casa de la joven pareja. Cuando la criatura rondaba el año y medio, cuando ya hacía tiempo que se había soltado a caminar y era la viva imagen de la dicha, llegó una tarde al mundo su hermana, pero para esa misma noche ya había muerto. Un parto complicado le impidió a la pequeña alargar su vida poco más de unas horas. Se habría llamado Isabel, como su madre, Isabelina fue como se dirigió a ella Juanón cuando la sostuvo entre sus brazos, pero qué sentido había en seguir recordándola por su nombre, a pesar de habérselo puesto para efectuar e entierro. Isabelina en el recuerdo de sus padres, sería para siempre la niña muerta.

De repente, ya no había en casa respuesta para la algarabía y la alegría de Julio, pero fue precisamente ese tesón del pequeño y la exigencia de atención continua lo que hizo rehacerse a su padres de aquella pérdida. Parecía que la vida ya no les iba a conceder más descendencia, pero esta llegó cuatro años mas tarde de que lo hiciese Julio. Con el nacimiento de Ramiro comenzaron los días más felices que viviese la aldea de Dolor, pues otras criaturas habían nacido también en casas de otros mineros. Cuando don Gil visitaba la mina con la que comenzó su andadura en el mundo empresarial, sonreía al percibir la algarabía de los chiquillos, esperanzado de que en ellos residiese el futuro de su explotación. A sus cincuenta años aún fantaseaba con un microcosmos perfecto, un mundo a su medida en el que él y sus obreros eran felices, asumiendo cada cual su papel que interpretar en su ordenado mundo. El movimiento obrero que pugnaba por sus derechos en las cercanas minas de carbón, en grandes empresas como la Hullera vasco-leonesa no conseguía arraigar en su explotación de cobre y cobalto, principalmente. Para mantener tal situación, se limitaba a ofrecer a sus asalariados un jornal similar al que ganarían en cualquier otra mina, pero con el añadido de poder instalarse allí si ellos se construían un hogar. A fin de cuentas, aquellos parajes en las alturas nunca habrían tenido otro destino que servir de pasto al ganado, por eso muy pocos de sus empleados abandonaron por otro aquel trabajo. Casi todos los mineros asumían que sus hijos serían su relevo a futuro en la mina y las buenas palabras de don Gil, asegurando que todos podrían convivir como una familia, aunque no les convencía por lo ventajista de tal aseveración, tampoco les despertaba la necesidad de abandonar la seguridad de un humilde techo y un menguado pero regular jornal.

Así que los críos de Dolor tuvieron una infancia feliz. Aunque se levantó una escuela en la aldea, esta hubo de cerrar al año porque ningún maestro estaba dispuesto a subir a diario hasta aquellos parajes y no fueron capaces de convencer a ninguno para que residiese en aquel pequeño espacio. Por tal motivo, todas las mañanas, cuando el invierno suavizaba su crudeza y las nieves deshlaban, el tropel de una docena de críos, entre los seis y doce años, bajaba a la escuela de Villanueva de la Cueva.

Julio llevando siempre de la mano a Ramiro, escoltado por sus amigos los mellizos Fernando y Gabrielín. Estos, que tenían un par de años menos que Julio, eran los hijos de Gabriel, el guarda de la cueva, el único hombre que no doblaba el espinazo en Dolor. Sus funciones eran simples, era la voz y la mano del patrón cuando no estaba. Mantenía el orden y hacía también de capataz, pero sin bajar al pozo.

La diferencia de años de Ramiro con su hermano no supuso inconveniente para mantenerse unidos también a la hora de jugar. Ayudaba mucho que los mellizos hiciesen de puente entre sus edades. Los cuatro conformaban un grupo muy unido, en el que, obviamente por edad, Julio llevaba la voz cantante, pero era curioso como los mellizos pugnaban por ganarse un supuesto segundo puesto de mando, algo que casi nunca sucedía y que, normalmente, terminaba en pelea.

Llegada la primavera y, aprovechando que las tardes se alargaban en horas de luz, solían quedarse a jugar al salir de la escuela, antes de emprender la ascensión hasta Dolor. Una tarde, no muy distinta de otras, los mellizos porfiaban como de costumbre por ver quién ostentaba el segundo puesto de mando. A Julio le daba igual decantarse por cualquiera de los hermanos, al tenerlos enfrentados no discutirían su poder que, al fin y al cabo, solo le servía para algunos juegos, pues cuando el grupo no estaba por la labor de seguir sus directrices, nadie lo hacía. La solución la propuso el más pequeño del grupo, pero que bien daba muestras de ser el más espabilado y sagaz, posiblemente por todo lo que aprendía de aquellos chicos mayores.

—Una semana cada uno.

—¿Que dices, Ramiro? —le cuestionó Fernando.

—Una semana tú eres capitán y otra Gabrielín.

—Eso no funciona así. El mando no se ejerce por turnos —apuntó Fernando.

—Pues a mí no me parece mal. Yo voy a seguir siendo el general y así no perderemos el tiempo siempre con vuestras peleas —apuntó Julio.

—¡Eso!, porque, además, siempre quedáis empate.

—¡Cállate! —ordenaron a Ramiro los mellizos a un tiempo.

—¡Silencio, soldado! No se puede hablar así a tus superiores —ordenó Julio a su hermano, haciendo valer el rango que cada uno de ellos ostentaba.

—¡Este soldado debe ser juzgado! —señaló Gabrielín.

—Eso es. Hay que hacerle un consejo de guerra, señor general —corroboró Fernando.

—¡Vucencia! Así es como debes dirigirte a un general. ¿Cuántas veces más te lo tengo que decir? —censuró Julio.

—¡Uf! Un montón. Fernando no se lo aprenderá nunca, pero Gabrielín sí que se lo sabe. No le hagas capitán, Julio, que no tiene ni idea —comentó divertido Ramiro.

Aquel mocosito con solo seis años sabía muy bien qué teclas tocar para mantener animada cualquier reunión. Fernando le respondió con un gesto amenazante con el puño mientras profería algún exabrupto entre dientes. Antes de que el asunto terminase en una nueva riña, Julio tomó una determinación.

—Uno será comandante y el otro capitán. Si el capitán se lo gana durante la semana, sustituirá al comandante al domingo siguiente.

—¿Y quién empieza de comandante? —preguntó Fernando, aceptando la decisión del mayor del grupo.

—Gabrielín, que sabe cómo tiene que dirigirse a su mando y es mayor que tú.

—Sí, ya, mayor solo por diez minutos —protestó Fernando contrariado.

—Quince —corrigió Gabrielín—. Soy un cuarto de hora mayor que tú, ya lo sabes.

—Bueno, eso dice padre, pero a veces duda, habría que ver qué es lo que diría madre...

Una cuestión que no podría ser resuelta. Huérfanos de madre desde los tres años, mantenían un recuerdo muy vago y difuso de la figura materna que era enriquecido tanto por uno como por otro al arbitrio de su imaginación, conformando entre ambos y en las pocas referencias que el padre hacía a su recuerdo, una personalidad y carácter que variaba según las circunstancias y el paso del tiempo.

—¡Silencio, capitán, y cuádrese ante su comandante! —ordenó Julio a Fernando.

—Eso, eso, que se cuadre. Que se cuadre... ¿y qué es cuadrar, Julio? —preguntó Ramiro.

—Pues ponerse firme —respondió.

—Eso no vale, vosotros os saltáis las reglas. El soldado Ramiro no te puede hablar así —protestó Fernando, que se había cuadrado marcialmente delante de su hermano y ambos se saludaban con gesto militar.

—Por eso le vamos a hacer un consejo de guerra —concedió Julio.

—Vale —asintió conforme Ramiro—. ¿Y yo qué hago?

—Tú estar sentado y callado, ¿no ves que es un juicio? —le indicó Gabrielín.

—A mí, como general, me corresponde ser el juez. El capitán será quien le acuse y el comandante será su abogado.

Gabrielín se acercó hasta una montonera de trastos y desechos que depositaba la gente del pueblo, no muy lejos de donde estaban. Entre aperos rotos e inútiles, alguna olla abollada y cualquier artículo que sus dueños desistiesen de seguir aprovechando y apilasen allí para cuando pasase cualquier trapero o buhonero y se hiciese con parte de aquel material si consideraba que lo podía aprovechar, recordó el mellizo haber visto algo sumamente interesante. Seguidamente, regresó con un casco bastante antiguo de la mina que, seguramente por estar abollado y sin las cinchas de correa, había sido desechado.

Con ayuda de su navaja, rayó la superficie al frente, intentando dibujar algo parecido a una estrella de ocho puntas. Como quiera que el galón que pretendía marcar no le quedó demasiado bien, optó por escribir con la punta de la pequeña navaja, debajo de la estrella, el grado de quien portaría aquel casco: comandante.

—Así cada vez que cambiemos de graduación, el comandante será reconocido por este casco.

A Julio le pareció muy buena idea, así que Gabrielín se puso el casco de comandante y retomaron el juego. Improvisaron una sesión de juicio sumarísimo ante la fuente que no duraría más de cinco minutos, en la que Fernando solicitaba la pena de muerte para el reo y, por el contrario, el comandante pedía clemencia para el soldado a cambio de enviarlo a la guerra de Marruecos.

—A Marruecos no puede ser —corrigió Fernando a su hermano—, porque luego hay que jugar a esa guerra para que lo maten y nadie quiere hacer de moro... ¡Hay que fusilarlo!

Curiosamente, hasta el abogado del desdichado reo, que sentado en la fuente y sin parar de balancear las piernas que aún no le llegaban al suelo, sonreía ante las evoluciones que iba adquiriendo su juicio, asintió dando por bueno aquel argumento. Otro día jugarían a la guerra de Marruecos, un asunto que estaba en boca de todo el mundo, temerosos de que las levas, buscando nuevos reclutas, llegasen hasta aquellos parajes.

—¡Silencio! Este tribunal va a dictar sentencia...

Julio parecía meditar su respuesta.

—¿Me matáis ya?

—¡Silencio! —exclamaron de nuevo al unísono los mellizos, ante el inminente fallo del juez..

—Soldado Ramiro, yo te condeno a muerte.

—¡Justicia, justicia! —proclamaban los mellizos, abogado y fiscal, que ya se preparaban para ejecutar nuevos papeles en el juego.

—¡No, por favor! Tengo ocho hijos... no me maten —suplicaba el reo, entrelazando sus manos y postrándose de rodillas ante el general, adoptando un papel a todas luces creíble a los ojos de sus amigos, algo que agradecieron.

—¡La justicia es la justicia! —proclamó Julio, el general.

Caminaron por la cuesta que lleva al cementerio. En primera posición lo hacía Ramiro, que fingía llevar las manos atadas. Tras él, y solo para la ejecución, caminaba Gabrielín, que solo para esa cuestión sería uno de los soldados que integrase el piquete de fusilamiento. Una vara de avellano en su mano hacía de fusil y a cada pocos pasos le clavaba el cañón en la espalda al prisionero quien, al sentirlo, avanzaba más deprisa. Cerraban la comitiva el general y el capitán.

Colocaron a Ramiro apoyado en uno de los muros laterales donde les daba la sombra y el comandante indicó al capitán que cumpliera con la sentencia.

—Pelotón, ¡firmes!

Gabrielín obedeció la orden de su hermano como único integrante de aquel supuesto piquete de ejecución.

—Apunten...

—Esto está mal... tenéis que vendarme los ojos.

—Tu cállate —ordenó Fernando irritado. Gabrielín, cerrando un ojo para apuntar con el otro mejor a través de un supuesto punto de mira en el cañón, seguía apuntando con su vara de avellano hacia el pecho de Ramiro.

—Capitán, la ejecución debe hacerse como es debido —corrigió Julio.

—A la orden de vuestro general, mi general. Pelotón, descansen armas.

Fernando caminó hasta Ramiro y, extrayendo un pañuelo de su bolsillo, lo estiró para vendarle los ojos. Ramiro presintió que aquel trapo no estaría muy limpio lamentando la

observación hecha, y más al sentir como los dedos de Fernando le producían pequeños tirones de pelo al anudarle el pañuelo en la cabeza.

—¡Y también tiene que venir un cura a confesarme! —volvió a solicitar.

—No, ya te confesaron en los calabozos —corrigió su hermano presintiendo que Ramiro no buscaba más que enredar.

—Pues un último deseo... a eso sí que se tiene derecho, ¿no?

—Vale, venga —consintió Julio.

Fernando volvió a tomar el mando de la ejecución.

—¿Tiene el reo una última voluntad?

—Sí, mi capitán, la tengo. Quiero cantar una canción.

—Adelante.

«Cuando paso por tu puerta
parto pan y voy comiendo
porque no diga tu madre
que con verte me mantengooo...».

—¿Ya? —preguntó Fernando al ver que Ramiro hacía una pausa.

«Toma, que te doy
que te traigo, y que te llevo.
Toma, que te doy
caramelitos de Oviedo.
Caramelitos de Oviedo
y galletas de Gijón
las mantecadas de Astorga
y las peras de Leóóón».

—Esa es muy larga, ¡ya es suficiente! —protestó Fernando.

—¡Es mi última voluntad!

«Me llamaste pobre y fea,
yo en el alma lo sentí.
Si yo fuera rica y guapa
no me peinabas asíí».

—Pelotón... ¡firmes!

«La fuente que cría berros
siempre tiene agua fría.
La niña que tiene amores
siempre está descoloridaaa».

Julio y Gabrielín sonreían divertidos al ver como a Fernando se le iba de las manos la ejecución.

—Pelotón... ¡apunten!

«Tengo penas y alegría,
tengo dos males a un tiempo
cuando la pena me mata
la alegría me da alientooo».

—Pelotón... ¡fuego!

Gabrielín se reía y con su risa el casco, que le quedaba excesivamente grande, bailaba en su cabeza, bajándose cada poco dificultándole la visión, cuestión que exageraba para no poder disparar, además quería probar la paciencia de su hermano. Mientras, Ramiro...

«Allá va la despedida
metida en una cereza.
No canto ni bailo más
que me duele la cabezaaa».

—¡Fuego he dicho! ¡Disparen! ¡Fuego!

Fernando gritaba su orden colérico al ver que nadie se lo tomaba en serio, estaba a punto de arrojarse sobre su hermano al verlo reír cuando este, por fin, cumplió con la orden.

—¡Pum!

Ramiro se echó las manos al pecho, intento balbucear algo, pero dobló las piernas. Los tres le miraban constatando que, efectivamente, estaba representando una buena muerte. Finalmente, se desplomó en el suelo farfullando algo...

—Capitán. El reo aún no ha muerto, dele el tiro de gracia —ordenó Julio.

Entonces, el herido pareció retomar tímidamente las fuerzas al ver por debajo de la venda de sus ojos que se había aflojado, que con paso ceremonioso se acercaba el capitán para rematarle, consiguiendo pronunciar entre dientes:

«Toma, que te doy
que te traigo, y que te llevo.
Caramelitos de Oviedo

y galletas de Gijón
las mantecadas de Astorga
y las peras de Leóóón».

Julio y Gabrielín estallaron en risas, Fernando, por su parte, se situó al lado del herido, fingió extraer de una cartuchera una pistola imaginaria, la martilló, apuntó y disparó.

—¡Pum!

La copla de Ramiro ya había concluido, pero Fernando seguía enfadado.

—¡Pues toma que doy yo también! —y empezó a canturrear también al tiempo que le cosía a patadas en el costado y piernas, mientras Ramiro se revolvía.

«Que te traigo y que te llevo
unas buenas hostias desde Oviedo,
¡y patadas de Gijón!».

—¡Capitán! Un respeto por los muertos. Está pateando un cadáver —observó Julio irónico.

Ramiro se incorporó rápido echando a correr dolorido, mientras su hermano y Gabrielín seguían riendo.

—Con ese mocoso no se puede jugar a nada serio —protestó Fernando dando por suficiente el castigo infligido al reo.

—¿Subimos ya? Si llegamos tarde, padre repartirá unos cuantos garrotazos —observó Gabrielín.

—Hay tiempo todavía. Hoy solo tenemos que limpiar el corral —respondió su hermano.

—Bueno, ¿pues a qué jugamos? —preguntó Julio despreocupado.

—¡Un escondite! —propuso Gabrielín.

—Vale, pero se la queda Ramiro —contestó Fernando buscando la aprobación de Julio.

—De acuerdo. ¡Ramiro, Ramiro! —gritó Julio a su hermano que se mostraba receloso de volver con el grupo, por evitar las patadas de Fernando—. Ven, anda, que no te va a pasar nada. Jugamos al escondite y tú te la quedas.

—Vale —respondió el benjamín corriendo a saltos hacia sus amigos, encantado de que contasen con él para jugar, de la forma que fuese.

—Te apoyas en la fuente y cuentas cien —le ordenó Fernando.

—¿Cien? Eso es mucho, no vale.

—Te callas.

—Además, cuando paso de sesenta me equivoco. ¡Es lo más difícil!

—Bueno —terció Julio—, es verdad que no cuenta aún muy bien y, si lo hace mal, nos fastidia el juego. Que cuente hasta cincuenta, pero despacio.

—Eso, eso, hasta cincuenta y lo hago muy despacio, así: uno... dos... tres... cuatro...

—Vale, cállate ya. Te apoyas en la piedra de la fuente cerrando bien los ojos y vas gritando los números en alto, que te oigamos bien. Venga, ¡empieza!

—Los mellizos echaron a correr con Julio. En cuanto se alejaron de la plaza del lavadero, se dispersaron. La norma habitual era no salir del recinto de casas, pero Fernando se enmendó en no ser descubierto, además sabía que en el cementerio sería el último lugar en el que miraría Ramiro, pues si bien fingía indiferencia al pasar junto él, nunca se había atrevido a entrar, como hacían otros críos del pueblo.

Julio se metió en un portal cercano. También estaba seguro de que su hermano no se acercaría por allí, pues en la penumbra de la puerta dormitaba un enorme mastín y le tenía miedo. Julio, por su parte, mantenía una relación estupenda con todos los perros del pueblo, así que sabía que, cuando el perro lo viese, con unas simples caricias se aseguraría su discreción y los ladridos no le delatarían.

—Trece... catorce... quince...

Estaban ya casi todos escondidos y se les empezaba a hacer demasiado larga la espera del contar de Ramiro.

Gabrielín tomó la dirección contraria a su hermano. Si este se perdió por la cuesta corriendo hacia el cementerio, su mellizo lo hizo hasta la última casa de Villanueva en dirección al arroyo. Allí, una parte de la huerta estaba bastante descuidada, con hierbas altas y era un lugar propicio para, estando tumbado, ver si se acercaba Ramiro sin ser descubierto. Cuando estuviese cerca, solo tenía que sorprenderle saliendo de improviso y corriendo hacia la fuente, seguro de que llegaría antes que él a tocarla y librarse de perder.

—Veintinueve... treinta...

Se le puso el corazón en un puño al escuchar una voz a su espalda, pero al girarse y descubrir quién era se quedó más tranquilo.

—Si estás jugando al escondite, este no es un lugar en condiciones, sígueme y te enseño uno que te serviría para siempre. En él nunca te encontrarán.

—Cuarenta y nueve y... ¡cincuenta! Allá voy.

Ramiro se frotó los ojos para hacerse de nuevo a la luz. Los había mantenido bien cerrados, como le habían ordenado. En la plaza no había nadie, permaneció unos segundos pensativo, suponiendo que sus amigos le estarían mirando. Finalmente, echó a correr por la cuesta hacia las últimas casas, prevenido por si se los encontraba al doblar cualquier esquina, cuando sintió la voz de su hermano que, sin ser visto por él, había salido de su escondrijo y ya se entraba en la fuente.

—¡Por mí!

—Vaya —refunfuñó entre dientes, tampoco le importaba que su hermano se librase el primero, lo importante era por lo menos cazar a uno de los mellizos, y si fuese a Fernando... ¡mejor!

Pasaron los minutos y no había rastro de los otros hermanos. Ramiro se estaba arrepintiendo de jugar a aquello porque se empezaba a aburrir, y Julio no veía ya mucha diversión en

continuar con el juego. Además, ahora sí que era ya hora de emprender el regreso a casa si no querían llegar de noche y ganarse una buena reprimenda.

—En el cementerio —le susurró a Ramiro.

—¡Allí no!, me da miedo.

—Pues allí está Fernando, que he visto como se iba. Además, cada poco asoma la cabeza por encima de la tapia. Camina hasta allí despacio y ya verás como lo ves, no te va a hacer falta entrar.

—Bueno, no sé...

Ramiro siguió las indicaciones de su hermano, pero, además, adoptó la precaución de ir acercándose al cementerio sin dejar de mirar por cualquier recoveco o esquina, para no despertar ninguna sospecha en Fernando si es que lo viese acercarse directamente allí.

Cuando tan solo estaba a unos cinco metros de las tapias del camposanto, tal y como predijo su hermano, vio asomarse una cabeza muy despacio sobre uno de los muros.

A pesar de que sabía quién estaba allí, ver aquella imagen de una cabeza sobresaliendo por encima de las piedras de los muros le sobrecogió y los nervios no le permitieron esperar a que se vislumbrase la faz de su amigo en su totalidad.

—¡Por Fernando! —gritó dando la vuelta y corriendo como alma que lleva el diablo hasta la fuente.

—¡Mierda! —lamentó Fernando al ser descubierto aunque, por otro lado, ya le empezaba a incomodar estar rodeado de tumbas. Que una cosa entrar allí para jugar y demostrar valor, y otra muy distinta quedarse allí quieto, observando los túmulos de tierra bajo los cuales imaginaba horrorizado los cuerpos de los muertos, descomponiéndose en cajas que... ¡mejor no pensarlo!

Un rato después, se reunían los tres alrededor de la fuente.

—Venga, vete con Ramiro a buscar a tu hermano. Que salga de una maldita vez, que ya es hora de volver a casa.

Los dos obedecieron las indicaciones de Julio. Este les oía como desde lejos voceaban llamando a Gabrielín.

—Venga, sal ya, ¡que has ganado!

Insistían pero no había respuesta. Julio optó por sumarse a la búsqueda pero ni así. Las voces alertaron a algunos vecinos y a otros de los niños del pueblo, que se mantenían jugando en otros grupos, pero nadie lo había visto. El sol hacía rato que se había puesto y los tres amigos sintieron un escalofrío, una certeza que no se confesaron de que aquella tarde de juegos traería duras consecuencias.

—Pues tenemos que volver a casa, y deprisa. Si se nos echa la noche por el camino, no veremos ni torta, además, hoy no hay luna —advirtió Julio.

—¿Y mi hermano? No podemos volver sin él.

Julio pareció dudar.

—Seguro que ha subido ya,

—Pero ¿cómo se va a ir solo?

Ramiro no decía nada.

—¿No teníais que limpiar el corral? Habrá visto que se hacía tarde y por eso se habrá ido, además, acuérdate de que antes de empezar a jugar al escondite ya dijo que quería subir.

—No sé... subid vosotros y yo lo espero aquí por si acaso.

—Si te quedas, tu padre se va a cabrear y bajará a buscarte. Como será de noche no lo hará solo, mandará a alguien más con él y tendrán que bajar con faroles. Tú verás, pero la vas a liar buena.

Julio emprendió el camino de regreso seguido de su hermano. Fernando aún dio una vuelta más por entre las casas profiriendo a voces el nombre de su hermano y veladas amenazas contra él por el mal rato que le estaba haciendo pasar. Cuando ya empezaban a desaparecer las siluetas de sus amigos por la estrecha vereda que ascendía hacia Dolor, les gritó que le esperaran.

Gabriel, el capataz de la mina, estaba a la puerta del corral, de brazos cruzados esperando la llegada de sus hijos. En cuanto los viese aparecer, les propinaría una buena paliza con la correa de su pantalón. Bien se la habían ganado, sin duda, por quedarse jugando con los hijos de Juanón, que acababa de preguntarle si había visto a sus hijos.

—¿Que si los he visto? Pues mira por dónde, por ahí llegan ahora.

Se oían las voces de los chiquillos llamando a Gabrielín. La noche ya era cerrada y los chicos llegaban fatigados y asustados, habían subido corriendo.

Ante sus padres, les explicaron lo sucedido. Al corroborar que su hermano no había regresado, Fernando palideció de inmediato.

—¿Cómo has podido volver sin tu hermano? —le reprochó su padre.

—Yo...

Julio se vio obligado a intervenir.

—Pensamos que ya habría subido. Dijo que tenía que limpiar el gallinero, aunque decidimos todos seguir jugando un poco más. Al buscar y no encontrarlo, le dije a Fernando que no se quedase abajo, que seguro que ya habría subido.

Gabriel no sabía qué decir. Por un lado, la inquietud le instaba a reprocharle a su hijo regresar a Dolor sin su hermano, por otro, entendía que habían obrado con lógica.

Juanón, ante la indecisión del capataz, terció en la disputa.

—Vamos a por unos faroles y bajamos a Villanueva a buscar al chico. Seguro que ha llevado el juego al extremo y estará asustado. ¡Cómo va a subir siendo de noche!

Gabriel asintió conforme. Juanón tenía razón, sin duda, eso era lo que habría sucedido. Aun así, alertó a todas las casas de Dolor para que se asegurasen de que Gabrielín no estaba en ninguna de ellas, en ningún rincón escondido temeroso de recibir una buena reprimenda. Después, Gabriel cogió la escopeta, un par de faroles y emprendió el descenso a Villanueva tras Juanón. Este conocía bastante mejor las características del sendero y le iba advirtiendo a su capataz de las irregularidades del terreno para evitar una caída traicionera.

Cuando llegaron a Villanueva, recorrieron las calles del pequeño pueblo profiriendo el nombre del chico a voces. El tumulto desató la ira de los perros, que tras los postigos la emprendieron a ladridos contra aquellos desconocidos que perturbaban la calma de la noche.

Visto que sus voces no obtenían respuesta, Gabriel optó por una decisión más contundente. Cargó los dos cañones de la escopeta con sendos cartuchos y en mitad de la plaza disparó al aire un tiro y tras una breve pausa otro más. Si los roncos ladridos de los mastines no habían ya despertado a todo el pueblo, él sí que lo acababa de hacer.

Poco a poco, se fueron asomando algunos vecinos a las ventanas primero, a las puertas de sus casas después para ir, finalmente, acercándose tímidamente a la plaza. Las voces de Juanón y el capataz ya les advertían de quiénes eran y cuál era el motivo de su presencia allí, pero nadie supo dar razón del muchacho. Incluso los taciturnos Andrés e Isabel, que apenas se relacionaban con el resto del pueblo, se unieron a las partidas de búsqueda.

Nadie halló rastro alguno del desaparecido. Cuando el nuevo día rayaba sobre las agrestes cumbres de la cordillera, la mayoría de vecinos ya sospechaban de que solo una desgracia podría ser el motivo de aquella desaparición.

Con un par de caballos prestados, Gabriel y Juanón emprendieron el camino hacia el cuartelillo de la Guardia Civil en La Vecilla. Cruzando por las hoces, el sinuoso, estrecho y profundo desfiladero que corta de un tajo las blancas y grises moles calizas que atraviesa, el rumor del Curueño, embravecido por el aporte del deshielo, reverberando por entre las paredes de la garganta resultaba ensordecedor. Tras emitirse desde el cuartelillo aviso a varios puestos de la provincia de la desaparición del niño, una pareja de guardias les acompañaron de regreso a Villanueva de la Cueva. Los uniformados organizaron patrullas de búsqueda con los vecinos de Villanueva y Dolor por los alrededores, pero dos días después dieron por concluida la búsqueda sin pista alguna que hiciese vislumbrar algún motivo lógico sobre la desaparición de Gabrielín.

Entonces, los cuchicheos, los rumores que secretamente unos y otros se iban contando, dejaron de serlo y pasaron a ser tema de debate público. No había duda de que un Sacamantecas⁷ tenía que estar detrás de aquel misterio, y lo que les llenaba a todos de pavor, era que algo así nunca había sucedido en aquella comarca. Una terrible conjetura que llevó el miedo a las casas.

Cuando uno de los guardias, posando su mano en el hombro del capataz le ofreció un sincero «le acompaño en el sentimiento» Gabriel se derrumbó y pasó tres días seguidos llorando, hasta que la llegada de don Gil a Dolor le rescató de aquel pozo de desesperación. El dueño de la mina llegó alertado ante la previsible necesidad de reemplazar a Gabriel en su puesto, un hombre derrumbado y aparentemente incapacitado, al menos temporalmente, para desempeñar su cargo. Tras ofrecer el pésame a su subordinado, este le aseguró que no habría impedimento alguno para retomar sus tareas. Desde entonces, el guarda de la mina no volvió a hablar con nadie de nada que no tuviese relación directa con el trabajo. Con nadie excepto con su hijo Fernando, pues no pasaría desde entonces un solo día en sus vidas en el que no le recordase a su retoño la desgracia sobrevenida, en que no le instase a permanecer siempre alerta por descubrir la más insignificante de las pistas que pudiesen aportar algo de luz sobre su desaparición, en que no se lamentase y, a veces, derrumbase ante él al imaginarse los últimos instantes de la vida de Gabrielín ¿Cómo habrían sido? ¿Qué o quién se lo habría llevado de su lado? ¿Murió accidentalmente o lo asesinaron?

—No hay dolor más grande que perder a un hijo, Fernando, no lo hay.

⁷ El **Sacamantecas** es un personaje arraigado en el imaginario popular desde, al menos, la Edad Media, aunque el término volvió a popularizarse de nuevo durante el siglo XIX y comienzos del XX. Se trata de un hombre que mata principalmente, a mujeres y niños para extraerles las mantecas (grasa corporal) y hacer ungüentos curativos, pues para algunas personas existía la creencia de que la grasa corporal de personas jóvenes y sanas tenía propiedades curativas.

Y Fernando abrazaba a su padre, dudando de si podría estar a la altura de lo que ahora esperaba de él. Durante un par de años continuó Gabriel efectuando salidas en solitario por todos los montes de alrededor, por los más recónditos valles y barrancos, registrando palmo a palmo el terreno, asomándose a las simas, penetrando en cuevas y siguiendo el rastro de los lobos, por si, en cualquier lugar, encontrase los restos de su hijo o cualquier pequeño indicio de algo, de... ¡De nada!, nunca encontraría nada. Llegaron también, con los años, rumores de que las autoridades provinciales habían solicitado que un investigador de primer orden, viniese desde Madrid ante el cariz que fue tomando el asunto de los sacamantecas y los niños desaparecidos, pues otros casos similares se sucedieron por la provincia, así como en otras regiones del país. Pero si eso sucedió, nadie por aquella comarca tuvo conocimiento de ello.

Con el tiempo, el bullicio y los juegos de los críos volvieron a aquel rincón de las montañas, aunque para Julio, Ramiro y Fernando nada sería igual. Aceptaron, como el resto, la teoría de que a Gabrielín se lo habría llevado un sacamantecas, y se horrorizaban al pensar a qué horribles tormentos le habría sometido aquel demonio. Por doloroso que fuese, Fernando no esquivaba la cuestión, necesitaba hablar de ello. Después, los tres intentaban jugar a algo, pero el entretenimiento era forzado y no duraba mucho, así que solían terminar sentados en el murete de la fuente, en la parte más baja que se extendía como abrevadero para el ganado y allí, con una vara en la mano, dibujando trazos en la tierra del suelo o arrojando piedras contra el caño de la fuente, dejaban que el tiempo lamiese su herida, que se encargase de cicatrizarla. Pero era tan lento en hacerlo...

1925

4. Julio, el minero

Cumplidos los quince años, Julio entró a trabajar a la mina. Había dejado de estudiar un año antes y durante ese tiempo se dedicó a ayudar a su madre cuidando un pequeño rebaño de cabras y adecentando unos metros de terreno como huerta que resultó ser un notable aporte a la apretada economía familiar, mientras Ramiro seguía en la escuela. El benjamín poseía una gran capacidad para los estudios. En la escuela, los que más duraban lo hacían hasta los catorce años y no eran muchos. A partir de esa edad, si no se seguía estudiando, cada cual según su familia o posibilidades, empezaría a trabajar y a contribuir al sustento de la economía familiar. Don Víctor, el maestro, intuía el potencial de Ramiro. A su juicio, ya tenía el mismo nivel y conocimientos que los chicos mayores y teniendo once años, hacerle pasar otros tres sin progresar, le parecía un desperdicio. Es por ello por lo que aconsejaba insistentemente a sus padres, que valorasen la posibilidad de enviarlo a estudiar con los frailes agustinos en León. Todos tenían muy claro que Ramiro no iría para cura, pero solo de esa manera adquiriría cultura y no estaría condenado a ser minero.

—¡Quién sabe! —le animaba su madre—, quizá podrías ser maestro... o médico.

—O ingeniero de minas —apuntaba Juanón—, nuestra tierra está horadada de ellas y podrías ganar un gran sueldo sin tener que irte lejos.

—Ya, pero... no sé si aguantaré tanto tiempo allí solo —les respondía disimulando la congoja que le daba ausentarse de su hogar.

—No te diré que no sea duro, hijo, porque lo será —aseguraba Juanón—, pero vendrás en Navidad y verano y te prometo que, al menos un par de veces a lo largo del curso, nos acercaremos a verte a León. Además, harás nuevos amigos, piensa que todos estarán en una situación similar a la tuya, al ser un internado. Tenemos que aprovechar la ocasión de que tanto tu maestro como don Gil nos brindan redactando sendas cartas de recomendación en las que aseguran que tu educación es una inversión a futuro.

—Eso no lo he entendido bien, padre.

—Pues que el patrón igual te ve con posibilidades de ser uno de sus ayudantes en la mina y si no fuese en esta, fíjate la de ellas que hay.

—No sé... Yo creo que lo que me gustaría es ser maestro, como don Víctor.

—Calla, calla, maestro no, hombre, ¿no ves que tampoco salen de pobres? Ya de estudiar, es mejor apuntar más alto.

Julio, por su parte, no decía nada, pues, aunque valoraba el interés y sinceridad de don Víctor, sabía que los argumentos de don Gil no eran tan benévolos. Todo se había desatado un par de semanas atrás, justo antes de que él empezase a trabajar en la mina.

Varias veces el patrón, y otras el Mastín, apodo con el que en Dolor se referían a Gabriel, el capataz, siempre, claro está, que no estuviese delante, habían sugerido a Juanón lo conveniente de que Julio, un mozo fuerte y casi con la complexión de un hombre, comenzase ya a trabajar en la mina.

Juanón esquivaba el asunto, sabedor de que solo a regañadientes aceptaría su hijo bajar al pozo, pues en varias ocasiones le había trasladado a su padre el pavor que sentía solo de imaginarse descendiendo a las profundidades de la mina. Julio no ofrecía una simple excusa, pues varios de los mineros sufrían del mismo mal y se pasaban más de la mitad del turno rezando entre dientes. Cada vez que bajaban, que hacían explotar una carga de dinamita; cuando, como gatos, se adentraban en galerías medio derruidas para extraer arrastras el mineral.

La excusa de Juanón ante el capataz para eludir convertir a su primogénito en un minero más, era que ya que se habían hecho con un puñado de cabras y que la huerta empezaba a rendir a cuenta del trabajo que tanto su esposa e hijo le dedicaban, no era necesario que se dedicase, como él, a la minería y que, por el contrario, para su familia era mucho más conveniente que las cosas siguiesen como estaban. Si las cosas no iban mal, Julio podría ir aumentando el rebaño y bajar a Villanueva, a fin de cuentas, allí estaba también su casa, aunque ahora sus tíos Andrés y Elisa, la usasen como establo y cobertizo. Por otro lado, el maestro de Villanueva estaba empeñado en que Ramiro se fuese a estudiar a León. Todo el esfuerzo de los tres en casa iría dedicado a conseguir una educación de gran nivel para el pequeño de la familia.

Don Gil, en una de sus visitas quincenales por la explotación, fue conocedor por el Mastín de las intenciones de Juanón y debió pensar en que aquel minero tenía demasiados sueños, así que le trasladó al capataz la orden de que Juanón acudiese a entrevistarse con él cuando terminase su turno de trabajo en los barracones que en los primeros tiempos de la mina pernoctaban los trabajadores y donde ahora se habían instalado un par de despachos.

—Pasa, Juanón, y toma asiento. Me dice Gabriel que no quieres que tu hijo sea minero. ¿Tan mal te hemos tratado?

—Eso no es así, señor. Ya le expliqué al capataz la situación en la que nos encontramos. Hemos comenzado a cultivar una pequeña huerta y eso hace que...

Juanón se detuvo en explicaciones al ver que el patrón, recostado sobre la silla de su despacho le hacía un gesto con la mano para que se callase mientras encendía un cigarro, retomando la conversación tras una pausa en la que profirió unas intensas caladas al cigarro y que llenaron con una densa nube de humo el despacho.

—Estoy al corriente de tus excusas y, la verdad, no quería creer lo que el capataz me contaba. Ahora que las oigo de tu boca, lamento que todo no se debiese a un malentendido. Te tenía en mejor consideración.

El aludido fue a intervenir, pero un nuevo gesto del dueño de la mina le hizo refrenarse.

—No entiendo cómo puedes ignorar todo lo que he hecho por ti, ¿o ya no te acuerdas en el lío que te metiste cuando aquella huelga en Matallana? Solo te había mandado a recoger las bombas de agua que reparaban en los talleres del lavadero de carbón y aún no comprendo cómo cojones te pudiste involucrar con algo que ni te iba ni te venía. Si no es por mí, Juanón, no te libras de caer preso y, por consiguiente, perder tu trabajo, dejando a tu familia sin un puto techo. Ahora me dices que tienes una huerta y creo que no entiendes nada. Verás, Juanón, verás, tú y tus compañeros no tenéis nada aquí, ¿entiendes? ¡Na-da! Las casas que levantasteis están edificadas sobre terreno de mi propiedad, esa huerta que dices que tienes y para la que deseo toda clase de venturas —hizo una pausa para reírse de su propia expresión— también es mía. ¿Y acaso os cobro una renta? ¡No!

Y no lo hago porque sé que no podríais pagarla. Os doy un trabajo, un lugar donde vivir, un techo bajo el que cobijaros y, a cambio, solo pido una cosa: lealtad. ¿Sabes qué significa esa palabra? Ahora sí que puedes contestar.

—Sí, señor, claro que lo sé.

Don Gil había logrado mantener a raya siempre cualquier reclamación de sus subordinados. No le era difícil ganarse la lealtad, como decía, teniéndolos a todos pendientes de su voluntad y capricho, máxime cuando, con los años, aquellos mineros que solo ocupaban barracones, lo hicieron en humildes casitas con las familias que empezaban a conformar. Dolor era su capricho. Fue la primera explotación minera que tuvo en la provincia y por sus características logró que la marea de la lucha obrera no llegase hasta allí. Solía trasladar desde alguno de sus otros pozos a algunos de los trabajadores en los que veía que no prendería nunca la chispa revolucionaria. Confeccionando una plantilla que, para él, era un experimento vivo, un auténtico rebaño al que podía mantener al margen de las convulsiones que se extendían por el resto de valles mineros.

Para Juanón, su prioridad era buscar la manera de evitar que su hijo fuese uno más de sus compañeros de galería, pero ¿cómo hacerlo? Ya conocía de sobra las estratagemas de don Gil y su credo casi mesiánico, al verse como un padre benefactor de sus mineros. Le corroía por dentro sentirse uno más de aquellos corderos, pero, de momento, se mantenía paciente, a la espera de que llegasen días propicios y el cordero pudiese revelarse como lobo.

Pero cuando el patrón expuso claramente sus intenciones, las dudas se le disiparon enseguida y supo que no tenía más salida que aceptar su voluntad.

— ...Y yo he respondido a vuestra lealtad con mi amparo y protección. Vamos a ver, ¿conoces a alguien que trabaje para mí o que dependa de los que trabajan para mí que haya sido llamado a filas?

—¿A filas?

—Sí, a filas, no me pongas esa cara de bobo que parece que no supieses que hay una guerra en Marruecos y la patria necesita cada poco reemplazar sus fuerzas allí destinadas.

Juanón empezó a vislumbrar a dónde le iba a llevar. Desde luego que sabía que aquella guerra era un desastre, una carnicería a la que solo iban los pobres, sobre todo desde que el Gobierno dictaminase que se podía eludir la prestación del servicio militar aportando una cantidad de dinero, algo únicamente al alcance de las clases pudientes.

—No, señor, a nadie. De los únicos que sé que han sido movilizados son dos mozos de Villanueva, pero que, obviamente, no trabajan para usted.

—Obviamente. ¡Muy bien! ¿Y sabes por qué ocurre que no movilizan a ninguno de los míos?

Juanón dudó en responder, esperanzado que fuese una simple cuestión retórica a la que el patrón daría respuesta, pero no era así. Aquel hombre iba a llevar la humillación hasta el final.

—Quizá porque usted lo impide.

—Así es, porque correspondo a la lealtad con protección. Entre nosotros, Juanón, te confieso que esa guerra demasiada sangre ya le ha costado a España para el beneficio que se espera obtener, pero así es la política. Aunque también es política mantener las infraestructuras necesarias para el funcionamiento de un país, y las minas por supuesto que lo son, por eso muevo los hilos pertinentes para que mis trabajadores no tengan otra cosa en su cabeza que

extraer mineral y procurar el pan de sus hijos. Así que espero que nadie me tome por un pusilánime. Si no hay lealtad, no hay protección.

—Pero mi hijo es muy joven para ir a filas.

—Eso está por ver. Mientras la guerra se alarga y se alarga y, si no es ahora, puede ser el año que viene. Por cierto, ¿qué edad tiene, Juanón?

—Treinta y cinco.

—Pues incluso alguien como tú podría ser requerido para el ejército si aquí resultase prescindible.

—Le ruego que recapacite. Hablaré de nuevo con mi hijo y le expondré la necesidad de que se incorpore a la mina.

—A mí no me tengas esperando. Dime ahora si tengo o no un minero más.

—Lo tiene.

El patrón esbozó una sonrisa, rebuscó en la caja de cigarros uno que había visto ligeramente deteriorado y se lo ofreció a Juanón.

—Tranquilo, lo puedes guardar para después y fardar delante de tus compañeros de que el patrón y tú fumáis el mismo tabaco. ¿Has visto como no ha sido tan difícil entendernos? Solo era cuestión de hablar.

—Sí, patrón.

—Es posible que te preguntes a qué viene por mi parte tanto interés en contar con tu hijo para la mina...

—Bueno, no lo sé, la verdad.

—Piensa en lo que dije antes. En el fondo, aquí somos una especie de empresa familiar y todos los varones de Dolor y sus hijos tienen con su esfuerzo el deber de que esta empresa no decaiga. Vosotros ahí abajo no lo veis, pero vienen tiempos difíciles y he estado tentado en reducir gastos. No de prescindir de ningún trabajador, todos son necesarios, pero sí de rebajar ligeramente el sueldo. Es una cuestión que llevo tiempo meditando ¿y sabes quién me ha desvelado la solución?

—No, señor.

—Mi señora esposa, ¿qué te parece? Ella me ha hecho ver que rebajar el salario a mis empleados, además de ser una medida impopular, no sería justo. ¿Por qué deberían verse resentidas vuestras economías si lo logro evitar? Máxime cuando siempre he percibido vuestra lealtad. Es por ello por lo que los jóvenes que entren trabajar, tras un par de meses a prueba, en los que no cobrarán, puesto que se están formando, pasarán a cobrar medio jornal hasta que la situación mejore y siempre que sigan viviendo a cobijo de la casa paterna. No sería de recibo que un joven, con intención de formar un hogar, una familia, cobrase medio jornal, en tal caso, lo hará como cualquier otro.

Tras la explicación, los dos se quedaron en silencio. De sobra sabía don Gil que les sería muy difícil, por no decir imposible, echar por tierra sus intenciones. Durante todos esos años, los que allí trabajaban se habían mantenido al margen de los movimientos obreros que pugnaban en casi todas las minas de alrededor por la defensa de los derechos de los trabajadores. La mayoría de los que allí estaban habían sido labradores y pastores, con escasos o nulos

recursos. El trabajo en la mina de Dolor, aun siendo duro, les había reportado tener un techo, incluso adecentar una parcela de terreno para tener una pequeña huerta, un corral... el precio por vivir allí sería la sumisión total.

—Y ahora que nos hemos entendido, puedes irte a casa, ya no te entretengo más.

—Sí, señor.

Cruzó Juanón el despacho hasta la puerta, abrió el picaporte, pero se quedó quieto, pensativo. El patrón que le había seguido con la mirada, dudó ante ese gesto de que no estuviese dispuesto aquel a presentar otra evasiva.

—¿Ocurre algo?

El minero cerró la puerta, se giró y caminó de nuevo hacia la mesa de su jefe.

—Una última cosa. Ya que Gabriel, el capataz, le puso al día de mi situación, quizá le hablase de mi hijo pequeño.

—¿De tu hijo pequeño?

—Es muy buen estudiante y el maestro nos ha recomendado que lo mejor sería mandarlo a los frailes agustinos. Me preguntaba si usted podría recomendarle por carta al director de ese instituto. El maestro nos ha dicho que, aunque juntásemos el dinero, seguiría siendo complicado que lo aceptasen.

—Bueno, eso es cierto, otra cosa es que fuese a cargo de la beneficencia, o a cuenta los frailes con objeto de que el mozo acabe de cura, pero claro, siendo hijo tuyo... vocación no tendrá mucha, ¿verdad?

—Me temo que no, pero es muy inteligente y asegura el profesor que podría ser médico o ingeniero.

—La verdad es que cuando has empezado a hablar he pensado: «Este cabrón todavía te va a pedir dinero», pero ya he visto que me equivocaba —afirmó soltando seguido una ligera risa—. Reconozco que tienes cojones y, mira, aunque Dios tenga dispuesto para los hombres destinos distintos por su condición, tal y como debe ser, me gustan los tipos valientes y, sobre todo..., ¡leales! No lo olvides.

—Sí, señor, leales.

—Cuenta con esa carta, que aquí estamos para ayudarnos en lo que buenamente se pueda. Hablaré con el maestro ese y valoraremos a qué institución debe ir a proseguir con sus estudios, Quien sabe, sería posible que tu hijo...

—Ramiro.

—Que tu hijo Ramiro acabase siendo un prominente ingeniero de minas. ¿Te lo puedes creer? Imagínalo en un despacho como este.

—Gracias, señor. El tiempo dirá.

—Pues buenas tardes y cierra al salir.

El dueño de la mina se quedó ciertamente satisfecho. Por una parte, pensaba ir empleando argucias similares con el resto de mineros siempre que le conviniese, en el fondo estaba harto de escuchar de sus iguales que era demasiado indulgente con sus asalariados. Tampoco les hacía demasiado caso y observaba en ellos un cierto recelo, pues cada poco o tenían huelga o algún

tipo de conflicto en sus pozos, algo que a él también le sucedía en otras explotaciones, excepto en Dolor, y estaba por ver si ocurriría o no ahora que estaba dispuesto a limar gastos en los salarios. Pero después de darle el discurso a Juanón, a quien tenía por uno de sus mejores trabajadores, casi que se emplazó a creerse, aunque solo fuera un poco, aquello de que debían ser como una familia, máxime que iba a ayudar con una recomendación para que el hijo de un minero recibiese una buena educación. Dinero no le había pedido y en ningún caso le habría dado un solo real, ahora que en la casa de Julio entraría otro jornal o, mejor dicho, medio jornal a cuenta de su hijo.

Juanón, en casa, expuso todo lo sucedido a Julio e Isabel. Tras escucharlo, todos quedaron en silencio, aceptando la voluntad del patrón. Con suerte, el destino de Ramiro podría ser otro.

Julio llevaba un mes trabajando en la mina y desde el primer día quedó a cargo como aprendiz de uno de los entibadores más veteranos, un tipo que a la par que no decaía en su productivo ritmo de trabajo a lo largo del turno, tampoco lo hacía con los sorbos que regularmente le daba a la bota de vino, como si aquel fuese el combustible que mantenía en marcha su actividad. Por ello, mantenía un estado ebrio más o menos constante, pero ese era su estado natural, una cualidad propia y nadie lo recordaba de otra manera. Una cuestión que no presentaba en apariencia problema alguno ni para la realización de su tarea ni para su relación, siempre cordial, con los demás.

A Julio le sorprendió las enormes cantidades de vino y orujo que algunos de sus nuevos compañeros consumían. Era normal hacerlo fuera de la mina, por supuesto, pero la penosidad en el trabajo empujaba a algunos a afrontarla con la anestesia del alcohol. Así, cuando se detenían un instante a recuperar el resuello daban profundos tragos a las botas o botellas que mantenían protegidas en estratégicos recovecos de las galerías.

Juanón advirtió a su hijo del riesgo de trabajar con algunos compañeros, especialmente llegado el final del turno, cuando el alcohol había hecho mella en sus reflejos, pero poco más podía hacer, Julio mismo debería imponerse y encontrar su espacio en su relación con los compañeros.

Una tarde, a punto de terminar la jornada laboral, el joven sujetaba una viga crucero que un entibador apuntalaba a golpes de maza mientras maldecía entre dientes, pues el madero parecía no querer buscar el acomodo adecuado sobre las vigas laterales.

—Lo retiramos y lo rebajamos un poco con el cepillo, es demasiado largo.

—¡Tú qué sabrás, chico! Aguanta el crucero y calla.

Julio evitó contradecirle, ya se encargaría el roble de la madera, indemne a los golpes de la maza, de convencerle en desistir y cepillarlo. Julio giró la cabeza para evitar el agrio aliento a vino de su fatigado compañero cuando un golpe de la maza fue a dar de lleno contra el dorso de su mano izquierda. Evidentemente, cesó de sujetar el crucero, que cayó un poco por delante de ellos, estallando en estridentes gritos. Por si fuese poco el dolor, ver al compañero que hacía gestos como de que estaba exagerando fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Como si acabase de reparar en la advertencia de su padre, se le encaró estrellándole su puño derecho en el mentón. El gesto del chico pilló por sorpresa al corpulento minero que, sorpresivamente, se vio derribado.

Otra pareja de entibadores que estaba unos metros por delante en la misma galería, y que alertados por los gritos de Julio fueron testigo de lo sucedido, se apresuraron a intermediar para que la cosa no fuese a mayores, pues el minero derribado no había soltado la maza. Uno sacó a Julio de la galería, acompañándolo hasta la jaula del elevador para que le atendiesen fuera de la

mina, y el otro se quedó reprimiendo al aturdido entibador, que confuso no acertaba a hilvanar con los hechos que habían dado con él en el suelo.

La siguiente madrugada, antes de incorporarse a una nueva jornada de trabajo, pasó por casa de Juanón a disculparse con Julio. En la puerta se encontró con el padre del chico, que también salía de casa hacia la boca del pozo.

—Se queda en casa y mejor que todavía no te vea. ¡Me cago en tus muertos!

—Bueno, fue accidental, ya sabes cómo es esto...

—Sí, claro, ya sé.

—Mira, luego le dices que mientras esté jodido compartiré con él mi jornal, a fin de cuentas, no tengo familia que mantener.

Juanón, al escuchar aquello, arqueó las cejas sorprendido. La verdad es que aquel era un tipo que, a pesar de ser de los más bebedores nunca tenía problemas con nadie y, aunque le costaba reconocerlo, parecía sinceramente afectado.

—Porque no será mucho lo que esté sin venir al agujero, ¿no?, un día o dos...

—No lo sé, luego irá a que le miren la mano, puede que la tenga rota.

—¡Rota!, joder, en ese caso no sé yo si...

De repente, parecía arrepentirse de la propuesta de compartir sus ingresos y Juanón le instó a ponerse en marcha hacia el trabajo a empujones.

—Venga, vamos para el pozo, que ya es hora.

Julio, desde el jergón, había escuchado la conversación, pero en ese momento parecía haber encontrado una postura cómoda, el dolor en su mano le había impedido conciliar el sueño en toda la noche y, además, lo que menos le apetecía era volver a toparse con el borracho de su compañero por mucho que acudiese a disculparse.

Ramiro ya se estaba levantado. Isabel le sirvió a su hijo un tazón con algo de caldo que había sobrado de la cena. Previamente, hubo de añadir algo más de agua y que fuese suficiente para sus dos hijos. El aroma llegó hasta la alcoba de los hermanos, donde Julio permanecía aún tumbado, a fin de cuentas, no tenía más que hacer. Aquel olor despertó su apetito y, precavido por si acaso su hermano le dejaba sin desayuno, se levantó y compartieron los tres el desayuno, añadiendo unos mendrugos de pan y así se hicieron unas sopas.

—Hoy te acompaño a la escuela.

Isabel asintió, de esa manera podría ir a que la curandera le examinase la mano.

Casi una hora después, bajaba por el sendero con su hermano y Fernando en dirección a Villanueva.

Fernando, al verlo con el brazo en cabestrillo, se interesó por lo sucedido y por verlo con ellos. Julio simplemente le dijo que se había golpeado con la maza y que iba a que la loca, su tía abuela Elisa, se lo examinase.

Con el paso de los años, la mujer se fue aislando del mundo, asumiendo como propio el carácter de su marido. Y si en Villanueva, Andrés era el raro o quizá estaba loco, ella, por su actitud y ser la mujer del loco, se convirtió en la loca, o puede que en una medio bruja, pues sí que había una cuestión por la que la requerían sus vecinos cuando se veían muy apurados. Elisa se

ganó un cierto prestigio como sanadora de animales y, por extensión, también de las personas. Los conocimientos nadie sabía de dónde le venían y, por supuesto, su marido nunca le cuestionó al respecto, pero de no ser por esa función que desempeñaba aleatoriamente, apenas habría tenido relación con nadie.

La escarcha de la madrugada se había enseñoreado por los pastos y matorrales que les salían al paso por la estrecha vereda. Bajaban con tiento de no pisar alguna piedra lisa y helada en su superficie, pues nada más encarar la primera cuesta, Julio había patinado y evitó el accidente gracias al cayado que portaba, precisamente para evitar resbalones a cuenta de la helada.

Iban en silencio, cada uno meditando en sus cosas hasta que a mitad de camino Fernando rompió la quietud con una pregunta a Julio de profundo calado.

—¿Y tú como crees que será morirse?

No contestó, siguieron avanzando callados hasta que Ramiro, que cerraba el grupo y viendo que su hermano no respondía quiso aportar su visión.

—Pues lo que dijo el maestro y el cura también. Te mueres y sale el alma del cuerpo, que es como un fantasma, pero invisible, o sea, que nadie te ve, pero tú puedes verlo todo. Eso no está mal, puede ser divertido espiar, meterte en las casas sin que te vean, pero creo que en seguida llegan los ángeles o los demonios, según te juzgue Dios, para llevarte arriba o abajo.

Ninguno puntualizó nada de lo que dijo Ramiro, todos habían oído esa historia u otra similar, pero Fernando quería saber la opinión de Julio, quizá por ser mayor que él, por empezar casi a verlo como un hombre desde que trabajaba en la mina.

—¿Tu qué piensas, Julio?

El interpelado suspiró. No tenía ganas de hablar de nada pero así todo hizo un esfuerzo.

—Piensas en Gabrielín, ¿verdad? Por eso lo dices.

A Ramiro le sorprendió la sinceridad de su hermano. Él también imaginaba que Fernando preguntaba aquello a cuenta de la desaparición de su mellizo. Ahora él fue quien pausó su respuesta, pues Julio tenía razón.

—Bueno, sí, y por saber qué piensa más gente, es un misterio muy grande.

—Es verdad, morir es el mayor misterio de la vida. Bueno, morir y nacer, ese es el gran enigma.

—¿Que significa enigma, Julio? —cuestionó Ramiro.

—Pues lo mismo que misterio, pero como más grande, tanto que nadie puede descubrir la verdad que esconde.

—Ah, ¡un enigma!, pues sí, es un enigma.

Continuaban con la caminata y ya parecía que el tema de morirse había quedado pospuesto para otra ocasión, cuando Julio volvió a él de nuevo.

—No es como dicen.

—¡Y tú qué sabrás! —intervino Ramiro.

—¡Y qué sabrán los demás! —le rebatió Fernando posicionándose del lado de Julio.

—Eso, eso, ¡qué sabrán los demás! —proclamó Ramiro de nuevo.

El benjamín del grupo lo mismo podía pasar del blanco al negro en un instante si los mayores le dibujaban cualquier posibilidad distinta. Iba en su carácter mantener una mente abierta a recibir cualquier aporte inesperado. Eso era algo que él aún desconocía por niño, pero que los demás observaban contrariados y convencidos de que lo hacía por provocar. Años después, descubrirían que no era así.

—Mi compañero en la mina es un borracho, bueno, allí unos cuantos lo son...

—¿Y padre, Julio? ¿Padre también es un borracho en la mina?

Julio se giró irritado y blandiendo en alto el cayado amenazó a su hermano con sacudirle un buen golpe. Fernando, que iba en el medio, se hizo a un lado sonriendo.

—¡Por supuesto que no! Padre bebe vino, pero no se emborracha. Allí todos beben, dicen que les da fuerzas. Padre no se bebe más de una botella, ¡cómo va a ser un borracho, idiota!

—Vale, vale, solo decía si era borracho «dentro» de la mina, no fuera.

—¡Pero qué bobada es esa de dentro o fuera! Cierra la boca y no hables de lo que no sabes.

—Es un mocoso, no sabe lo que dice —sentenció Fernando

—Vale, vale, ya me callo.

—Pues eso, estate callado. Ya te espabilarán los frailes.

La breve discusión parecía haber interrumpido lo que fuese Julio a contar, así que Fernando le insistió en que prosiguiese. Inesperadamente, Ramiro volvió al asunto.

—Y tú, Julio, ¿bebes también en la mina? ¿Orujo o vino?

En esta ocasión sí que reaccionó rápido, girándose y extendiendo el brazo para arrearle con el cayado un buen golpe en las pantorrillas a su hermano.

—¡Que te calles, anormal!

—¡Ay...! Pues mira, no me has hecho daño —mintió.

—Pues sigue tocando los cojones y ya verás.

—Vale, vale, no era para tanto, ya me callo. Pero si un día te emborrachas en la mina me lo cuentas, ¿vale?

Julio ignoró a su hermano reclamando la atención de Fernando.

—Decía que con el que me sacudió ayer con la maza terminé un día hablando de la muerte, tras un susto en una galería, pues se había derrumbado una parte que acabábamos de entibar, justo después de que abandonásemos ese sitio.

—Qué miedo.

—Decía aquel que los muertos a veces tardan en saber que lo están, que les sigue funcionando el pensamiento por un tiempo hasta que lo asumen y se convencen de que deben desaparecer. Pero que lo hacen sin miedo, como si al morir descubriesen el secreto del enigma.

—Joder, Julio, que me cago, no digas esas cosas.

—¡Bah! Como se nota que eres muy pequeño —censuró Fernando a Ramiro—, pero todo eso..., ¿de dónde lo ha sacado ese?

—De su padre, que murió en un derrumbe en un pozo de carbón. Me dijo que se le apareció un día mientras dormía y le puso al tanto del tema.

—¡Venga, Julio, calla ya! Luego por la noche voy a tener pesadillas —replicó Ramiro de nuevo a su hermano.

Fernando tampoco insistió en conocer más detalles y los tres completaron en silencio el resto del camino hacia Villanueva. Pocos minutos después, enfilaban las primeras callejuelas de la aldea.

—Aún no hay nadie en la escuela —observó Julio.

—Sí, aún falta un rato para que abra el maestro, siempre llegamos los primeros. Podíamos acompañarte, a ver qué dice la loca de tu mano.

Julio no puso objeción alguna a la propuesta de Fernando y continuó caminando hasta la casa de los tíos de su padre. La vivienda estaba levantada casi a la salida de Villanueva, por una estrecha senda que descendía hacia un arroyo. A uno de los lados, un cercado circundaba un extenso huerto en cuya mitad se levantaba otra pequeña edificación, la casina, que ahora era empleada en una parte para el almacenaje de diversos aperos de labranza y en otra como cuadra de la docena de cabras que Elisa y Andrés poseían.

—Esa casa es nuestra —señaló Ramiro dirigiendo su dedo hacia la humilde construcción.

—¿Eso? Pero si ahí guardan las cabras. Mira ahora las está sacando ese. —Señaló Fernando justo cuando Andrés se disponía, como cada mañana, a sacar su pequeño rebaño por las laderas de los montes.

—Bueno —intervino Julio—, ahora se guardan las cabras, pero es un trato al que llegaron los tíos con mi padre.

—Eso, eso, es un trato, que nos lo explicó padre, ¿a que sí, Julio?

—¿Y qué trato es ese?

Julio detuvo la marcha para terminar con el asunto antes de repicar con la aldaba en el enorme portón de entrada donde ya habían llegado.

—Esa era la casa de mis abuelos. Después de morir mi abuelo Juan, los tíos acogieron a mi padre hasta que entró a trabajar a la mina y, con los años, llegaron al trato de que podían utilizar la propiedad que ahora ya era de mi padre con una renta muy baja a condición de que a la muerte de sus tíos, siempre que no tuviesen descendencia, sus posesiones pasasen a propiedad de mi padre o a la de sus hijos.

—Descendencia quiere decir tener hijos.

—¡Ya sé que lo que significa, enano! —respondió airado Fernando a Ramiro, que esquivó con éxito la patada que intentó propinarle.

Julio prosiguió.

—Padre prefiere vivir arriba, al lado del trabajo. Así que el día que mueran estos, su casa y la casina serán nuestras, bueno, de mi padre.

—¡Ah!

Julio golpeó fuerte con la aldaba. Andrés desde la distancia, detenido en medio del rebaño de cabras no les quitaba el ojo de encima. Solo rompía aquella quietud los graves ladridos del perro mastín, verdadero pastor de las cabras.

Unos instantes después, Elisa abrió la puerta. No hacía mucho que había cumplido los cuarenta y cinco años, a pesar de lo cual mantenía un aspecto casi juvenil. Seguía siendo muy guapa, al margen de la continua expresión de ausencia de su rostro. De no haber sido la esposa de Andrés, no habrían sido pocos los que se habrían aventurado a intentar seducirla en las prolongadas e intermitentes ausencias de su marido. Su trabajo de mantenimiento de las vías del hullero que llegaba hasta Bilbao le hacía desaparecer por prolongadas temporadas de Villanueva. Pero nadie se atrevió a ganarse los favores de la mujer porque aquel tipo silencioso, grande y fuerte, a pesar de sus ya sesenta años, tenía algo turbio en la mirada, maligno decían las más viejas del pueblo. Una mirada que nadie era capaz de sostener de manera prolongada. Tal rumor llegaría, sin duda, a los oídos de Andrés, quien nunca haría el más mínimo esfuerzo por cambiar tal credo, ni en sus vecinos ni en su esposa.

—¿Qué queréis, mocosos? Ah, ya veo —preguntó y seguidamente corroboró al ver el brazo en cabestrillo de Julio.

—Me golpearon con una maza ayer en el pozo.

—¿Ya te ha metido Juanón al agujero? ¡Caramba con tu padre! Pues has de decirle que venga un día, tenemos que hablar. Media cabaña se ha quedado pequeña para las cabras y tendríamos que tirar los tabiques de las dos alcobas para hacerla toda cuadra.

—Bueno, ya se lo diré.

—Entra, que vea cómo está esa mano, y vosotros qué, ¿no tenéis escuela?

Ramiro y Fernando asintieron sin contestar.

—Todavía es pronto, vienen conmigo —apuntó Julio.

Elisa se echó a un lado de la entrada permitiéndoles pasar. Cruzaron por un portal que se abría a un patio interior circundado por una construcción de dos plantas. Para los tres, era la casa más grande en la que nunca hubiesen estado. Debía de tener por lo menos seis o siete habitaciones, además de una extensa cocina en la planta baja, un comedor y otras estancias que permanecían cerradas. A los chicos les llamó la atención el aspecto limpio, decorado y cuidado hasta en los más pequeños detalles que ofrecía aquella vivienda.

Pasaron a la cocina y Elisa les indicó que se sentasen alrededor de una mesa con la encimera de mármol. Ella tomó asiento frente a Julio, que puso el brazo sobre la mesa mientras Elisa le liberaba con cuidado de las vendas.

A pesar de las protestas de Julio y de sus quejidos, examinó con detenimiento la lesión, aunque para hacerlo hubiese de tocar y manipular la zona más lastimada.

—Está rota. Tienes aplastados los huesos del dorso. Solo se pueden hacer dos cosas: ir a León, a que un cirujano intente recomponerla, o la entablillamos y esperamos a ver cómo sueldan los huesos.

—¿Pero cómo voy a ir yo a un cirujano? —questionó Julio decepcionado.

—¡Eso digo yo! Vamos a entablillar.

En ese momento, irrumpió Andrés en la cocina, que seguido de su enorme perro, dio un par de vueltas alrededor de la mesa examinando a los muchachos.

—Decidle al padre que tenemos que hablar.

—Ya les he advertido yo —respondió Elisa a su marido—, acércame más vendas y un par de tablillas lisas.

Andrés, silencioso, desapareció para regresar un par de minutos después. Mientras, Elisa había estado extendiendo por el dorso de la mano herida una buena cantidad de un unguento que ella misma fabricaba, elaborado con caléndula y otras hierbas medicinales, presentaba un color amarillento, desagradable, que a Julio le recordó al pus que, en cierta ocasión, le brotó de una herida mal curada en su rodilla. Una vez terminado de entablillar y vendar el brazo hasta el codo se levantó, dio un par de palmas arrancando a los dos más pequeños, a su esposo y al perro del ensimismamiento en el que se sumergieron mientras no perdían detalle de cómo atendía la mano del herido.

—¡Venga! Cada uno a sus labores, que esto ya está acabado.

—Gracias y... ¿cuánto tiempo tendré que llevar esto?

—Puede que un par de meses. Ven a verme en dos semanas y vemos cómo está. Ya haré cuentas con tu padre cuando lo vea.

Sin decir más, Elisa se retiró quedando los chicos solos en la cocina con Andrés y el perro.

—Bueno, nosotros nos vamos ya a la escuela —propuso Fernando, que seguido recibió la aprobación de Ramiro que había logrado disimular, o eso creía él, la inquietud que le producía su tío abuelo y aquel perro.

Caminaron hasta la puerta de la cocina que salía al patio. Ante ella, inmóvil, tal cual fuese una estatua, les cerraba el paso Andrés. A Julio le pareció más un tipo retrasado o un loco que estaba allí quieto, como si no los viese ante sí. Fernando intentó esquivarlo, pero se detuvo al escuchar el gruñido amenazante del mastín.

—¡Déjanos salir! —ordenó Julio.

Andrés cedió ligeramente en su postura permitiendo que los dos hermanos abandonasen la cocina, pero cuando fue a hacerlo Fernando volvió a obstaculizarle el paso.

—Tú eres el hermano del mellizo, el que se llevó el sacamantecas.

Fernando tragó saliva asustado, levantó la mirada hacia aquella especie de oso y asintió.

—Vamos, Fernando, sal, que llegamos tarde a la escuela —advirtió Ramiro esperanzado en que Andrés le permitiese salir, seguro de que su amigo estaría pasando un mal rato delante de aquel. Entonces Andrés se volvió.

—Hoy no tenéis escuela, hoy venís conmigo y os enseño a cuidar un rebaño.

—Tienen que ir a la escuela —apuntó inquieto Julio.

—He dicho que no hace falta y, tú, mejor ve pensando qué harás de ahora en adelante porque te vas a quedar manco y no conozco mineros mancos. Podrías también aprender a cuidar un rebaño.

Julio frunció el ceño enfadado, retrocedió hasta la entrada de la cocina extendiendo su brazo sano para agarrar por la manga a Fernando y tirar de él hacia fuera hasta que su amigo pudo salvar el obstáculo de Andrés.

—Vámonos ya —ordenó Julio a Fernando que se mostraba asustado—, esos están locos.

Los huesos machacados de la mano de Julio soldaron de una manera anárquica, al albur del desorden en el que quedaron astillados tras el mazazo propiciado por Pedrín, aunque no le hacía gracia ninguna, acudía a que Elisa le examinase la lesión cada dos o tres semanas. Además de ajustarle el entablillado de la férula, no había una sola vez que no le recordase que quedaría manco por no haber ido a un cirujano.

Volvió a la mina, sí, pero los continuos dolores que padeció en su convalecencia no se lo permitieron hasta medio año después del accidente. Su mano izquierda presentaba ahora unos dedos desiguales. El índice y el corazón habían quedado rígidos. Presentaban una cierta curvatura, como si fuesen a sujetar algo, parecían una especie de garfio. Los otros dedos, aunque con grandes dolores, sí que los podía mover, pero algunas labores en el pozo le iban a ser imposibles desarrollar. Así pues, su trabajo sería desescombrar, empujar vagonetas, acarrear materiales o disponer herramientas para otros. Se podría decir que, a partir de entonces, su categoría laboral en la mina quedaba situada por debajo de la de cualquiera de sus compañeros, y justo por encima de los mulos que tiraban de las vagonetas.

Aguantaría unos años más, pero pocos, le decía a sus padres. Ramiro llevaba ya un par de años con los frailes en León y, tal y como preveía el maestro de Villanueva de la Cueva, su porvenir, gracias a los estudios, sería esperanzador.

Aquella cuestión comenzó a ser motivo de discusión con los padres. Él aducía que tampoco es que fuese tonto, que nunca se le dieron mal los estudios y que quizá con un poco más de esfuerzo que su hermano, él también podría haber ido a estudiar con los curas y librarse de la condena del pozo de la mina. Entonces, unas veces su madre, otras su padre, intentaban transmitirle tranquilidad e ir borrando tal idea de su mente, conscientes de que podría prender en su corazón la llama del rencor.

Además, apelaban a su mayor edad para que entendiese el papel de cada uno en un mundo en el que la gente como ellos apenas tiene una oportunidad por mejorar sus vidas, y sí que corren muchos peligros de convertirlas en una condena. Gracias al trabajo suyo y de sus padres, Ramiro podía estudiar. De no ser así, no solo su hermano perdería su oportunidad, sino que, incluso perderían el trabajo y el derecho a poseer la casa y la huerta. En tal caso, deberían descender a Villanueva y ocupar la casina que fuese de su abuelo Juan y que, ahora, Andrés y Elisa empleaban para recoger a sus animales. Empezar una nueva vida en una casa ruinosa transformada en cuadra, sin más medios que un puñado de metros para sembrar.

Entonces, Julio se marchaba dando un portazo, constatando que tenían razón, que igual sí que era un poco tonto por no pensar en eso y recurrir siempre al mismo argumento para justificarse inconforme con su situación. Salía de la pequeña casa, casi una cabaña que, como otras similares, en hilera y dispuestas en dos filas frente a frente, daban a Dolor el aspecto de un pueblo con una pequeña e única calle. Caminaba hasta donde el camino de descenso al valle se precipita en un empinadísimo sendero y allí apoyaba su espalda en el deteriorado cartel de madera que daba nombre al pueblo.

Miraba el abultado dorso de su mano lastimada, después perdía la vista en la mole caliza del Bodón, en la otra vertiente del valle, la mítica cumbre sagrada y ancestral de los primitivos pueblos que desde la noche de los tiempos ya habitaron aquellos parajes y sentía que su rabia era al menos tan inmensa como aquella montaña, que desafiaba tanto a los cielos, que incluso clavaba en ellos lo más agreste de su cresta, rasgando las nubes si era preciso.

1927

5. El cachorro del mastín

Fernando siguió estudiando en la escuela de Villanueva hasta los catorce años, la misma edad a la que Julio dejó los libros. A esa edad, la mayoría de chicos ya se había puesto a trabajar, bien pastoreando, ayudando en casa, o como Julio, bajando cada mañana al pozo de la Virgen Dolorosa, cuya plantilla se iba incrementando, al ritmo que las galerías seguían ramificándose por el interior de la montaña.

Observaba don Gil, con cierto desdén, a otros empresarios mineros que, constantemente, tenían que enfrentarse a protestas y huelgas, recurrir, en ocasiones, a sicarios para solventar las diferencias que se desataban con los representantes de los mineros. Y aunque, de vez en cuando, no podía evitar alguna pequeña disputa en los talleres auxiliares que tenía en las cuencas mineras de Sabero, a él eso no le sucedería en su idealizada mina, porque Dolor, como ya todo el mundo conocía a aquella pequeña explotación, era su reino particular. Había sabido dominar las voluntades de sus asalariados, contratando a sus hijos, a sus parientes, convirtiéndose en un siniestro benefactor.

Fernando no quería ser minero y tampoco otro mastín como su padre. Tan leal con el dueño de la mina, tal cual lo haría uno de esos perros con su amo, pero Gabriel, siempre que había ocasión, obligaba a su hijo a acompañarle en su trabajo, para que, así, fuese aprendiendo a mandar.

—No pierdas detalle de nada. Tienes que conocerlos bien para saber qué labores les puedes asignar a unos, a otros y para tenerlos a raya cuando se encabronen. Esta explotación, poco a poco irá creciendo y yo tendré que delegar algún día en un subalterno. Tú serás ese hombre.

Meses después, ante la insistencia de Gabriel, don Gil accedió a entrevistar al chico. El Mastín le aseguraba al patrón que su chaval tenía madera de líder, que le permitiese convertirlo en su aprendiz, que a punto de cumplir los quince años no se amilanaba ante los más fornidos y veteranos mineros a la hora de asignarles labores o reprenderles por cualquier motivo que lo requiriese cuando le había acompañado en la labor del padre, pero el dueño de la mina aunque le permitía a Gabriel que llevase a su hijo de vez en cuando al trabajo, tenía serias dudas. Una labor así, decía, debe encargarse siempre a un fiel perro de presa y, ciertamente, Gabriel era su Mastín, que no dudaba, si el jefe lo ordenaba, en dar un escarmiento a un empleado díscolo de la manera que fuese. Sin miramientos ni remilgos, de la que fuese. Ahora estaba por ver si Fernando podría estar a la altura de su padre.

—Vamos a ver, chico, pasa y siéntate ahí.

Fernando que había llamado tímidamente a la puerta del despacho del patrón, y asomaba la cabeza pronunciado un «¿Da usted su permiso?», obedeció, quedando su padre en el pasillo del barracón junto a la boca mina, donde tenían las oficinas el ingeniero, el patrón y dos administrativos.

No quedó satisfecho Gabriel de la manera en la que entró su hijo. Le había ordenado que lo hiciese con respeto, pero con gallardía y parecía que caminase hacia el cadalso.

Tras una breve charla, en la que el patrón puso a prueba sus conocimientos sobre el trabajo que debería realizar para ayudar a su padre, le sorprendió con una inesperada pregunta.

—Imagina que en la mina, tengo empleado a un hijo de puta que me está alterando el patio. —Fernando tragó saliva—. Y, claro, no puedo tenerlo en plantilla porque está todo el día enredando a sus compañeros, con que si hay que pedir más salario, menos horas de trabajo... Vamos, un cabrón que quiere vivir de la sopa boba, ¿me sigues?

—Sí, sí, señor.

—¿Qué hacemos con él?

—¿Despedirlo?

—Digamos que su mensaje ha calado entre la mitad de la plantilla y, si lo echo, son capaces de montarme una huelga.

—Si hacen huelga, podrá despedirlos a todos, o recurrir a la fuerza de la autoridad para...

—Quita, quita —le interrumpió—, eso sería llegado ya a un extremo desastroso, ¡a una huelga nada menos! Eso nunca ha sucedido aquí, en Dolor.

—Bueno, pues entonces intentaría ganármelo. Le ofrecería algo para que se olvide del asunto.

—El soborno es una opción y, aunque me jodería premiar así a un gañán de estos, podría asumirlo. Suele funcionar, pero no te lo voy a poner fácil. Imagina que es un tipo obstinado y no acepta por «integridad», me chifla esa palabra, es tan graciosa... in-te-gri-dad. O, peor aún, que sus compañeros se enteran de que les ha traicionado y ahora otro más hijo de puta aún, ocupa su lugar. Los mineros están muy enfadados y ahora sí que se plantean joderme con una huelga.

—Podría pasar lo que usted dice, pero también podría ser que no.

—No se deben correr esos riesgos. ¿Sabes lo que cuesta un cartucho de dinamita de los que usan los barrenadores?

—No.

—Pues cuesta lo que vale.

—Eso no lo entiendo.

—Si en época de necesidad, los alimentos se encarecen, como alguna vez ha pasado, adquieren un costo, pero no cuestan lo que realmente valen. Su precio se ha elevado por algún motivo.

—Ahora lo entiendo.

—No, si listo ya veo que eres. Bueno, pues con lo que cuesta un cartucho de dinamita, la cuestión puede ser arreglada. Se trata de buscar el momento y que el explosivo solucione el asunto. Si te pidiese que entrases a la mina detrás del hijo de puta, ¿sabrías librarme del problema?

Fernando sintió un escalofrío ascender por su columna al escuchar a aquel hombre cuestionarle si sería capaz de matar a alguien por encargo.

—Antes de que me contestes, te advierto de que tu padre, sí sabría qué hacer. La cuestión es saber si serías lo suficientemente hombre como para asumir la responsabilidad que te fuese encomendada.

Fernando sabía que el sentido de su respuesta, haría tomar una senda u otra a su vida.

—Creo que no, señor.

El patrón frunció el ceño. Abrió uno de los cajones del escritorio y de una caja de madera, extrajo un puro que encendió con parsimonia. En pocos segundos, una densa nube de humo flotaba entre los dos

—Eso está bien. Ser sincero siempre está bien, pero dime una cosa, realmente, ¿qué te gustaría ser?

Fernando contestó sin titubeos.

—Ferroviario, señor. Quisiera ser maquinista del hullero.

El dueño de la mina aspiró un par de caladas profundas para asegurar el perfecto encendido del cigarro y exhaló el humo sobre Fernando.

—Pues cuéntaselo a tu padre y cierra la puerta al salir.

Corrió como la pólvora entre los mineros la noticia de que el hijo del Mastín, no seguiría los pasos de su padre. Aquella noche, Fernando recibió correazos hasta que Gabriel se quedó sin fuerzas. No derramaron sus ojos lágrima alguna, acostumbrado como estaba a los golpes del padre. Siempre por su bien, como le decía cuando tras alguna fechoría de chiquillos o una mala contestación, le sacudía la cara con un par de bofetones, o como ahora, se quitaba el cinturón para castigarle. Pero esta vez, no se trataba de corregir una mala actitud, simplemente de que su progenitor descargase la frustración de quien eligió despertar el miedo y el desprecio entre muchos, a cambio del favor del amo. Su hijo se creería que no era como él, ¿acaso mejor? Eso se podría corregir.

Don Gil le comunicó que no veía madera en Fernando para labrarse un futuro en la mina si no era con el pico y la pala. Por ello, le aconsejó que escuchase al chico y que, si necesitaba ayuda para lograr que entrase en la escuela de aprendices y convertirse en maquinista, si el chico demostraba tener aptitudes para ello, solo tenía que pedirselo. Gabriel simplemente le dio las gracias, asegurando que lo valoraría. En cualquier caso, la decisión ya la tenía tomada. Demostraría a don Gil que se había equivocado y, si algo tenía claro, era que el futuro de Fernando no discurriría por los raíles del hullero. Un par de semanas después, le comunicó a su hijo cuál sería su destino.

—Ahora que ha finalizado la guerra de Marruecos, habrá numerosas licenciaturas en el ejército y no es mal momento, según dice don Gil, para incorporarse a filas y hacer carrera, ya que también ha habido mengua de oficiales caídos en el frente. Entrarás en la academia militar y veremos de qué madera estás hecho.

Fernando mostró una tímida oposición, un gesto que le costaría sufrir una nueva serie de bofetadas y correazos, pero era el trámite necesario para asumir padre e hijo la nueva situación. Uno por ser obligado a golpes, otro por no entender la educación de un hijo de otra manera.

Don Gil realizó las gestiones pertinentes para lograr los propósitos de Gabriel y se mostró muy conforme con la decisión tomada. En cierta manera le sabía decepcionado y creía que en tal gesto, anidaba cierto revanchismo por demostrar que se había equivocado con Fernando. No le censuraría por ello, Gabriel seguiría su fiel mano derecha para gestionar con orden su mina y la izquierda también para realizar las labores menos ortodoxas.

1930

6. Pilar

Cuando Fernando abandonó Dolor para convertirse en militar, contrariamente a lo que habría imaginado, se sintió liberado, dejando atrás los lamentos diarios del padre por la desaparición de su hermano. A veces, el Mastín, tras la misa vespertina del domingo en Villanueva, se echaba la escopeta al hombro, metía una botella de orujo en un pequeño zurrón y se perdía la jornada entera por los montes hasta bien entrada la noche. No sabía Fernando si es que seguía buscando algún rastro de la desaparición de Gabrielín, o si iría a perderse por la montaña para, después de beberse la botella, descerrajarse un tiro. Así que verse libre de sus palizas, de sus lamentos y de aquel abatimiento que subyacía bajo un permanente enfado era esperanzador. Las historias de los mandos veteranos de la guerra de Marruecos dibujaron un porvenir de aventura en su imaginación. Un ímpetu que le empujó a entrar en la escuela de cadetes de infantería, aunque no llegaría nada lejos en su propósito. Contrariamente a lo que su padre le decía al patrón sobre las aptitudes de su hijo, Fernando se despistaba con facilidad y no salía de un arresto para meterse en otro. Además, los permisos de salida los aprovechaba emborrachándose con los más bravucones y montando peleas por allá donde fuesen. De no mediar una guerra, su carrera militar sería un fracaso. Pasados dos años asomó la posibilidad de hacerse guardiacivil. Entró en el cuerpo y, sorprendentemente, su primer destino fue muy cercano a su casa, incorporándose al puesto de La Vecilla. Sin él saberlo, don Gil, a petición del Mastín, había hecho valer su influencia para que no le destinasen en otra provincia, proceder habitual del cuerpo armado. Así que, por cercanía, retomó esporádicamente el contacto con el padre, también con sus amigos, aunque lo que le hizo realmente feliz fue conocer a Pilar, la hija del sargento de su cuartelillo.

Pilar tenía dieciocho años y, casi desde su llegada, se fijó en él. Afloró entre ellos una amistad que hacía sospechar a todos los que vivían en la casa cuartel que aquel asunto podía terminar en romance, algo que a todos los uniformados les parecía bien.

Ciertamente, al padre de la chica le costaba más aceptarlo, pero tenía, a su vez, un muy buen concepto de Fernando, que ahora era disciplinado, obediente y siempre dispuesto a presentarse voluntario para lo que fuese.

Como otros padres, el sargento Isidro Matamoros habría fantaseado con casar a su hija con un hombre importante, con una buena posición, incluso mejor que la suya, pero cuando veía a los dos chicos conversar y escuchaba las risas de ella, se convencía de que ¡por qué no! Si su hija se convertía en la mujer de un guardia, de un buen guardia, por supuesto, porque ya se encargaría él de que así lo fuese Fernando, podía ser un enlace conveniente, y lo que también era importante, podría tenerla cerca. Fernando evitaba contrariar a su sargento, su relación con Pilar se limitaba a pequeñas conversaciones por los alrededores y nunca buscando lo íntimo de cualquiera de las veredas que por los sotos serpenteaban por las márgenes del Curueño.

La víspera de la festividad del Corpus, Fernando se armó de valor y le solicitó al sargento, permiso para acompañar a su hija a la romería. Pilar ya le había advertido a su padre de que así lo haría y, aunque se mostró huraño, lo cierto es que no le desagradó.

Y así fue como aquel día de primavera de 1930, Pilar conoció a los amigos de infancia de Fernando, a Ramiro y a Julio, que asistieron a la romería con otros mozos de Dolor y de Villanueva. Hacía mucho que no veían a Fernando. Sabían de él por alguna carta que cruzaban durante el año, por eso acudían divertidos, por si veían a Fernando vestido de uniforme. Julio estaba en mitad del prado de la romería escanciando sidra cuando sintió un dedo en su espalda, a modo de que alguien le estuviese encañonado. Una voz rotunda y sería sonó en su nuca.

—¡Identifíquese!

Se giró y tras una exclamación de alegría, en la que cada uno pronunció el nombre del otro, recibió el abrazo de Fernando mientras sujetaba en sus manos el vaso y la botella de sidra. Después fue Ramiro quien recibió la atención de Fernando. Durante un par de minutos hablaron los amigos atropelladamente, porque no se habían visto en tres años. Tras el efusivo encuentro, fue inevitable que Julio y Ramiro se interesasen por la chica que parecía acompañar a Fernando y permanecía divertida, observando la escena a pocos metros de ellos.

—¿Y esa moza? ¿Está contigo?

—Ven, Pilar, ven que te presento a mis amigos.

Pilar se acercó atrapando sus miradas, su pelo moreno y lacio se desparramaba en una larga coleta, por uno de sus hombros y las líneas lisa de su melena, enmarcaban un rostro bronceado, en el que unos ojos verdes centelleaban igual, pensó Julio, como algunos de los minerales cristalizados en las piedras, que sus compañeros de la mina arrancaban a la montaña y que él se encargaba de acarrear.

—Hola, soy Pilar —les saludó estrechando sus manos.

Pasaron buena parte de la tarde juntos, rememorando aventuras del pasado. De vez en cuando, Fernando se volvía a Pilar y le preguntaba si quería bailar, si se estaba aburriendo, pero ella le decía que no, que le divertía escuchar todo aquello de sus vidas, que ella siempre había vivido en cuarteles y que nunca había logrado tejer una amistad con nadie, como ellos habían hecho.

Más tarde, cuando Fernando se despidió de los amigos, se perdió con Pilar paseando por los caminos para robarle un beso primero y pedirle relaciones formales después.

—¡Pero qué bobo eres!

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Qué es eso de que te gustaría algún día poder llegar a ser mi novio?

Fernando dudó.

—Bueno, pues eso, que...

—Anda, ¡cállate!

Pilar tiró de las solapas de su uniforme hacia sí, rodeó a Fernando con sus brazos por sus hombros y, muy despacio, fue acercando su boca a la suya. Cuando sus labios estaban a punto de rozarse, el cálido aliento de ella le susurró las palabras más hermosas que Fernando nunca hubiese escuchado.

—Sí, ya somos novios.

Fernando separó un poco su rostro del de ella para contemplarla. Entonces Pilar le besó.

—Desde que te vi por primera vez, me dije: «¡Ahí está el hombre de mi vida!».

Fernando estaba en una nube. Había estado casi toda la noche anterior en vela, planeando cómo expresarle a Pilar sus sentimientos y ahora todo se había venido abajo. No hacía falta ya porque ella, con su naturalidad, adivinaba todos los sentimientos que ella le despertaba. Y a cada frase de Pilar, Fernando asentía sonriente. La sensación que experimentaba entre su garganta y pecho era indescriptible.

—Pilar... no te estarás cachondeando un poco, ¿no?

Ella se rio.

—Cuando te vi me gustaste, me gustaste sin más...

—¿Entonces eso de que «ahí estaba el hombre de tu vida?».

Volvió a reír.

—Bueno, eso es verdad, pero podía ser solo un capricho. Después, al conocerte más en profundidad, he de decir que, además de guapo... eres bueno, y eso es lo más importante en un hombre.

Aún se alejaron más del bullicio de la romería para abrazarse, besarse, tocarse y fantasear con el deseo sexual que los dos reprimían. Muchos años después, Fernando recordaría aquella tarde como el momento más feliz de su vida.

A finales del verano, Fernando abordó al sargento para pedirle formalmente relaciones con su hija. Este, que ya se imaginaba que aquella cuestión llegaría en cualquier momento, había sido previsor.

Intuía que por estar tan juntos, la pareja acabaría yendo más allá de lo estrictamente correcto en sus encuentros y lo que menos quería, a pesar de que Fernando ya le gustaba como yerno, era casar a su hija embarazada. Un temor para el que la hija nunca le dio motivos de preocupación, pero el atractivo de Pilar era indisimulable, llamando a la atención de cualquier hombre, algo que le irritaba profundamente.

En el cuartel de Cistierna tenía un primo, sargento como él, con quien urdió su estrategia. Gestionó con la comandancia la necesidad del traslado de Fernando a aquella localidad, distante a unos cuarenta kilómetros. Lo suficientemente cerca como para que la relación entre los chicos no se rompiera, pero también lo suficientemente lejos para que cesasen los cada vez más frecuentes encuentros furtivos que mantenían. De esa manera, podría constatar si el interés de ambos, permanecía tal cual a pesar de la distancia tras un prudente lapso. Fernando recibió la frustrante noticia con entereza. Apenas lo vio el sargento Matamoros pestañear cuando le notificó su traslado, motivado por la necesidad de reforzar algunos acuartelamientos de la provincia, especialmente en los de la zona minera, donde a cada día el ambiente estaba más enrarecido, sucediéndose huelgas y frecuentes enfrentamientos con la autoridad.

—Deja esto de mi cuenta, Fernando, que conseguiré que vuelvas a reincorporarte a este puesto en poco tiempo —le tranquilizó el sargento.

—Y... disculpe. Eso, ¿cuándo sería posible?

—Diría que en no menos de un año y no más de dos.

La joven pareja tuvo que separarse. Por fortuna para ellos, cada diez o quince días Fernando volvía a La Vecilla, en cualquier tren, llevase pasaje o volviese de vacío desde Bilbao tras dejar la hulla fundiendo el mineral de hierro en los altos hornos. Se subía en Cistierna en la misma locomotora si era preciso y bajaba en el apeadero de La Vecilla. Allí entraba a la cantina que había frente a la estación donde estaría Pilar esperándole, pues mediante el teléfono, dejaba aviso de su llegada en el cuartel. Después, solía ser invitado a comer con la familia de la chica, daban un breve paseo y de vuelta al tren para regresar a Cistierna.

Fue en una de esas rápidas visitas cuando volvió a encontrarse con Julio en la cantina. Su amigo le dijo que se había acercado precisamente hasta allí para encontrarse con un carretero de vinos y licores, que pasaría a lo largo de la mañana por la taberna, con destino a León, para entregarle la cantidad de dinero suficiente para comprarse una bicicleta y, así, el carretero en su próximo viaje de regreso se la traería desde la capital en la carreta. Fernando le quitó la idea de la cabeza.

—Guárdate ese dinero, que te traigo una bici dentro de un par de semanas. Tenemos unas cuantas en el cuartel, pero hay dos o tres que no se usan. Fueron requisadas a algún ladronzuelo y allí están, en una cuadra muertas de risa y oxidándose. Ya te la voy a poner a punto.

Dos semanas después, Fernando cumplió su palabra y dejó la bicicleta a cuidado de Pilar para que se la entregase a su amigo cuando llegase a buscarla.

Con el invierno, las visitas de Fernando se espaciaron, la nieve, en muchas ocasiones, bloqueaba la vía y, aunque quizá lograrse llegar a la Vecilla, no era seguro disponer de tren para realizar el regreso y no podía correr tal riesgo.

Por contra, Julio, cuando la carretera estaba despejada de nieve, bajaba algunos domingos hasta la Vecilla y aprovechaba para enviar en el tren algún paquete con embutido a su hermano, que seguía estudiando en León. En alguna ocasión se encontró con Pilar y a ella le agradaba tener un amigo con el que charlar, tan aburrida como estaba en aquel pueblo. Los encuentros imprevistos, pasaron a ser planificados de un domingo a otro. Entre esos intervalos, alguna vez consiguió Fernando acercarse a visitar a Pilar, pero ella no estimó necesario comentar que alguna vez coincidía con Julio de manera «casual». Al margen de aquello, las noticias que llegaban del mundo, que allí lo hacían con cuentagotas, alertaban de un inminente cambio político que iba a remover conciencias y desatar pasiones, en algunos casos de manera visceral.

LIBRO DEL VIAJERO

3. Juanito y las chicas del Muga

Julen termina el bachiller sin unas calificaciones brillantes, pero ha conseguido el título, de momento con eso le vale. Ahora lo fácil sería dejarse llevar, comerse un año cuartelero y listo. Pero sus convicciones antimilitaristas son fuertes y a pesar de sentir miedo, está decidido a desobedecer una ley que considera injusta. Al salir del instituto, pasa por el Txoriburu a celebrar con una cerveza sus estrenadas vacaciones y exponer a Piru, sus planes más inmediatos.

—Julen, asume que al final te apresarán. Lo que me choca es que quieras echarte al monte.

—¿Qué es echarse al monte?

—Pues aquello de la posguerra cuando a los que perseguían, huían de sus casas y se refugiaban por las sierras, formando partidas de guerrilleros.

—Joder, Piru, que solo te he preguntado si te parece buena la cordillera Cantábrica para desconectar de todo un par de semanas, pero sin estar aislado como si fuese el puto Himalaya. Tú que te has recorrido medio mundo subiendo montes, algo sabrás del asunto, digo yo.

—De hecho, estuve hace cuatro años en el puto Himalaya, como dices. Fuimos a subir el Manaslu, un ocho mil. Por culpa de las tormentas nos quedamos a solo doscientos metros de la cima.

—Una putada, sí, pero ahí sigue el monte. Otro día volvéis, pero ahora escucha. Hasta mitad de julio no tendría que ir al cuartel y quiero estar fuera de casa hasta que pase la fecha. Dejar pasar varios días desde que me vengán a buscar, que lo harán y, luego, ya valoraré qué hacer.

—En fin, voy a ver si entre mis trastos encuentro algún mapa.

Piru desaparece hacia el almacén del bar. Por allí tiene una caja con mapas de macizos montañosos. Después de encontrar lo que busca, toman asiento en una de las dos mesas que hay al fondo del pequeño bar, desplegando un mapa sobre ella.

—Esta zona es del norte de León y sur de Asturias...

—¿Picos de Europa? Mejor no, que por ahí habrá mucho turista...

—Eso queda fuera de este mapa. Este territorio es igual de espectacular, pero muy desconocido y está casi despoblado. Por aquí no vas a encontrar más que a los pastores y a cuatro vecinos que quedan por estos pueblos, ¿lo ves?

Julen examina la zona que Piru le propone, en parte coincidente sobre la que había estado rebuscando sin éxito en un mapa de carreteras el nombre de Dolor.

—Podría valer.

—Ya te digo que por aquí, podrías estar el tiempo que quieras sin que te encuentrasen. Siempre, claro, que no reveles tu identidad en un banco, te registres en un hotel o te paren los picoletos... Pero lo más importante es que no le digas a tu tía que te he ayudado, que después me la lía.

—Tranquilo, ya sé que habéis tenido movida.

—¿Qué te ha contado?

—Estaba bastante jodida y básicamente me dijo que se te ha ido el tema de las manos.

—Bueno..., pero ya está todo arreglado.

—¿Seguro?

—Voy a deshacerme del bar y después a limpiarme.

—Tienes suerte de que Kattalin todavía confíe en ti, aunque no es solo del caballo de lo que te tienes que preocupar. No la cagues.

Como si los dos hubiesen pensado lo mismo, vuelven sus miradas hacia la calle. Desde el fondo del bar también se ve la acera de enfrente y en una pared tras ella, a modo de advertencia o amenaza para Piru, una pintada en contra de los traficantes.

Ya entrado julio, Julen emprende su viaje. En casa cuenta que realizará varias travesías por los Picos de Europa con un amigo de Bilbao. Adelanta su partida de Bermeo en un día, pues el plan es dormir esa noche en casa del amigo y temprano tomar el tren. No concreta mucho más y tampoco despierta extrañeza, pues en casa saben que cuenta con bastante experiencia, tanto por las numerosas veces que, de crío, ha subido montes y acampado por ellos con Kattalin y sus amigos, así como en los últimos años con los suyos, ascendiendo la mayoría de las cumbres destacadas de Euskadi. Para Julen no es problemático improvisar cobijo bajo una tormenta o solventar cualquier imprevisto que pueda surgir en la montaña. Pero a Begoña le preocupa que, estando tan próxima su incorporación a filas, se marche a los montes. Julen, además de prometer telefonar regularmente, intenta transmitirle tranquilidad, aduciendo que tiene margen para regalarse esas pequeñas vacaciones antes de irse a la mili. Una mentira ante la que su tía calla, pero que aborda con él antes de que se marche.

—Te he seguido la corriente, pero en cuatro días tendrías que ir a al cuartel y *amama* cree que no es hasta final de mes.

—Mejor así.

—La hemos engañado y no me siento bien.

—No le digas que lo sabías. Voy a darme unos días para hacer lo que me gusta. Después de que haya pasado la poli a buscarme, vuelvo y tomaré una decisión.

Kattalin abraza a su sobrino y le viene el recuerdo de otro abrazo como aquel. El que se daba con su hermana todas las mañanas al despedirse. Ella se iba a la escuela y Leire al instituto o a trabajar.

Confía en su sobrino, pero ha sentido miedo al abrazarle y presiente que algo que trastocará profundamente sus vidas, acaba de ponerse en marcha.

—Venga, me marchó, tía, que pierdo el tren.

Echa a correr con dificultad al portar a sus espaldas una enorme mochila que casi pesará veinte kilos, con una pequeña tienda de campaña sujeta en las barras portabultos, un diminuto hornillo, un cazo, sartén y platillo, ropa, unas botas... Sube al tren y, al momento, las puertas se cierran.

Durante la hora de viaje a Bilbao, repasa el mapa que Piru le ha prestado, ideando rutas, memorizando pueblos. Un mapa, según le ha explicado, con una información muy detallada de todos los arroyos, fuentes o incluso cabañas que podría encontrar por los montes. Calculando los desniveles que debería salvar, para realizar varias etapas en sentido este-oeste, resoplaba de vez en cuando, solo al pensar en el esfuerzo a la hora de portar todo aquel peso. Pero solo será eso: esfuerzo, que ya descansará cuando quiera. Solo con imaginarse en lo alto de una montaña, durmiendo al raso en una noche de verano, se ilusiona, se siente libre, porque de ese viaje espera emborracharse de libertad. Llegando a Bilbao, guarda el mapa en uno de los bolsillos laterales de la mochila y en cuanto sale de la estación de Atxuri, impone un ritmo alto a sus pasos cruzando la ría por el puente de San Antón hacia el barrio de Bilbao la Vieja. Sube por la calle San Francisco y luego gira por una estrecha bocacalle hacia la calle Cortes donde se concentran numerosos puticlubs y una buena parte del trapicheo de drogas de la ciudad. Por allí debe buscar la pensión en la que Ángel le dijo que vivía Juanito. Transita precavido por aquella zona marginal popularmente conocida como La Palanca. Cruza frente a algunos toxicómanos que, improvisando corrillos, pretenden disimular sin éxito que esperan a sus camellos. O desfila al lado de tipos a los que evita sostener la mirada, que apuran un cigarrillo apostados por esquinas o junto a algunos portales a modo de vigilantes. Pasa por entre tres prostitutas que hacen la calle y una pareja de policías municipales que patrullan a pie, constatando los agentes que todo está dentro del orden tolerable. Pero miran a Julen extrañados, pues un tipo ataviado tal que parece que va a partir a los Andes no encaja entre el elenco de personajes que, día a día, representan una obra que suele desarrollarse con el mismo guion. Que si algunas redadas, que si un atraco, que si algún ladrón echando carreras a la policía, que si un navajazo, un ajuste de cuentas...

Camina fijándose en los números de los portales. Previamente había buscado la pensión Salamanca en la guía telefónica, pero antes de encontrar el inmueble, un cartel colgado en un balcón le indica el lugar del hospedaje. Un par de yonquis permanecen apostados junto al portal. El que se apoya junto a los timbres del portero automático mira hacia los lados, atento a quienes se acercan por la acera. El otro, ligeramente reclinado en un coche aparcado frente a su compañero, vigila el interior del portal. Siente un nudo en el estómago al acercarse a ellos, pero sabe que, en situaciones potencialmente tensas, lo mejor es mostrar aplomo en lo que se dice y hace. El que está junto a los timbres no se mueve al plantarse Julen frente a él, a pesar de que le hace un gesto de que quiere apretar uno de aquellos botones.

—¡Quita, coño! que no me dejas ver —le dice en un tono cordial, a la vez que le aparta hasta hacerle descender del escalón de entrada al portal.

—¡Qué pasa, tú...! —responde con una agresividad forzada, puesto que la desgana con la que lo hace, evidencia que el tipo está bastante aturdido.

Aprieta el botón de la pensión y hasta pasados unos diez o doce segundos, que a Julen se le hacen eternos, no escucha ninguna voz.

—¿Sí?

—Abre —ordena rotundo.

La voz enlatada parece dudar, pero quizá pensando que se trata de alguno de los hospedados, abre la puerta del portal. El interior está en penumbra. Acciona un interruptor situado junto a unos destartalados buzones, pero ninguna bombilla se enciende. Si, por contra, lo hacen las de los pisos superiores, al llegar el refulgir de sus bombillas por la escalera situada al fondo del portal y a cuyo inicio, otros dos tipos ultiman la preparación de un pico. Pasa por su lado y ellos, a pesar de su llamativo aspecto con la mochila, le ignoran. Mientras sube hasta la pensión, supone que entre los yonquis de dentro y de fuera del portal, se están turnando para administrarse sus dosis de heroína.

Se detiene ante una puerta que presenta nada menos que cuatro cerraduras, aunque dos parecen inservibles, a todas luces descerrajadas por algún intento de robo. En mitad de la puerta, un letrero de chapa muestra la leyenda «Hospedaje Salamanca». La cuidada grafía que ofrece y su aspecto cuidado, pues aparenta ser un rótulo muy viejo, quizá de primeros de siglo, es una prueba fehaciente de que corrieron tiempos mucho mejores en aquella zona de la ciudad.

Julen hunde el dedo en el timbre despertando un chirrido eléctrico, que más parece que esté a punto de producirse un cortocircuito a que alguien llame a la puerta. Una mujer de mediana edad atiende a la llamada recibiendo a aquel viajero con desgana.

—Está todo completo.

—Buenos días, estoy buscando a un pariente que se aloja aquí.

La casera no contesta, con los brazos cruzados y una de sus zapatillas dando pequeños golpes sobre la deteriorada tarima del pasillo, aguarda a recibir más detalles.

—Es mi tío, se llama Juan y como estoy de paso por Bilbao, quería saludarle.

—Juan, ¿Juan qué más?

Julen improvisa, pues no tiene ni idea de cómo se puede apellidar.

—Bueno, es mi tío porque estaba casado con mi tía... pero no recuerdo su apellido.

—En fin, ya que no hay otro Juan, será Juanito. Espera.

La mujer cierra la puerta dejando a Julen esperando.

—A ver, que dice que no tiene sobrinos, así que ya estás ahuecando de aquí.

Julen mira por encima del hombro de la mujer, viendo que una cabeza se asomaba interesada desde el fondo del pasillo. Entonces eleva la voz para que aquel, le escuche.

—Tu amigo Ángel me dijo que te encontraría aquí. Soy Julen, de Bermeo.

No tiene tiempo para explicarse más, pues la casera cierra la puerta. Mientras valora si volver o no a llamar, pega el oído a la puerta por si escucha alguna réplica. Al momento, le sobresalta un golpe seco, una patada que dado la mujer a la puerta que le contempla por la mirilla.

—¡He dicho largo! Si no te vas, llamo a la Policía.

Se marcha. Abajo, en el portal, los yonquis ya han cambiado de turno para preparar sus picos. En cuanto cruza por la puerta hacia la calle, una voz de hombre a través del portero automático, requiere su atención.

—A ver, el que acaba de subir a la pensión... ¿estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy.

—¿Quién dices que te manda?

—Ángel, el maquinista. ¿Subo otra vez?

—No. Espérame en el bar de enfrente.

Un triste puticlub, eso es el local donde Juanito ha indicado a Julen que le espere y para ser la primera vez que entra en uno, se lleva una gran decepción.

Siempre imaginó aquellos establecimientos excediéndose en una decoración recargada, rayando lo hortera. Luces rojas o azules de neón, reservados con asientos mullidos tras opacos cortinones y música mas hortera aún que la decoración, en la que alguna folclórica cantaría al desamor. Todo un detallado atrezo alrededor de una barra, donde un camarero con buena planta y sin reparos para soltar un par de bofetadas si algún cliente se pone pesado, sirve copas a un precio muy por encima de su valor habitual. Pero aquel lugar es un una tasca cutre, un antro en penumbra que ahora huele a lejía porque un tipo delgaducho, maduro y que viste con un batín de guaté, friega el suelo con desgana. Si hay neones de colores, no se ven por ningún lado y la poca luz que permite distinguir las formas, entra por la puerta, puesto que un par de ventanas en uno de sus lados y que dan a una callejuela que desciende hacia la calle San Francisco, tiene pintados de rojo sus vidrios, a pesar de lo cual, los trazos de los brochazos permiten pasar unos leves rayos de sol. El estridente sonido de un pequeño transistor, que debe estar por entre las botellas de licor de alguna repisa, no pone ninguna música al local, solo las voces del noticiero del mediodía en el que varios personajes se enzarzan en discusiones políticas.

Al fondo del local, un par de putas jóvenes, sentadas junto a una mesa adosada a la pared, justo debajo de uno de los ventanucos, hacen guardia en espera de algún cliente madrugador. Mientras una realiza el crucigrama de un periódico, la otra que ojea una revista del corazón, atiende a las dudas de su compañera para completar el pasatiempo.

Julen se siente cohibido al constatar dónde acababa de entrar, aunque tampoco tiene nada de extraño a tenor de en qué zona de Bilbao se encuentra. La Palanca, tuvo en un pasado no muy lejano mejores días, donde a pesar de concentrarse la oferta de prostíbulos, estos se alternaban con locales muy populares y cabarets, otorgándole a aquella zona un cierto *glamour* rayando con lo canalla. Pero ese era un pasado bohemio que ya nunca iba a volver. Desde la llegada de la heroína y, con ella, de clanes de traficantes y proxenetas, se había degradado de tal manera el barrio, que había pasado a ser frecuentado casi en exclusiva por camellos, yonquis, chorizos y puteros fugaces. El tipo que pasa la fregona, se gira después de que la chica que ojea la revista le alerte con un gesto de que hay alguien a sus espaldas.

—A ver, la barra aún está cerrada, pero, si quieres descargar, arréglate con aquellas.

Las dos chicas, que rondan los veinticinco años, alzan sus miradas depositándolas en Julen. Evidentemente, no es aquel el prototipo de cliente con el que esperarían encontrarse: un joven con mochila y que tiene toda la pinta de un turista despistado.

Una le regala una pequeña sonrisa, la otra enciende un cigarrillo sin apartarle la vista. Julen, avergonzado, se vuelve mirando hacia la calle, deseando fervientemente que Juanito acuda de una vez a la cita. El de la fregona vuelve a dirigirse a él, al ver que seguía allí plantado.

—Y cruza por detrás de esas mesas para no pisar lo fregado.

—No, si yo solo estoy esperando a una persona, enseguida me voy.

Entonces el limpiador frunce el ceño. Si ese no viene a follar, que es a lo que vienen sus clientes, seguramente se trataría de cualquier enredo contra los que a diario tiene que bregar. Toxicómanos o ladronzuelos que buscan esconderse de otros como ellos, o de la policía, o puede que algo peor. .

—Pues a la puta calle, que esto no es un salón social.

—Tranquilo, Emilio, tranquilo, que está conmigo.

Juanito acaba de entrar en el local poniendo una mano en el hombro de Julen, como si le conociese de toda la vida.

—¿Contigo? ¡Joder! Pues no sé si es para preocuparme más.

—Anda, saca un par de cervezas. ¿Está la oficina abierta?

Emilio, dueño de aquel tugurio, deja la fregona apoyada contra una mesa y pasa detrás de la barra.

—Te lo dejé bien claro hace días, Juanito, aquí ya no te guardo nada —le advierte a la vez que con la mirada le señala hacia la mochila de Julen portaba a sus espaldas, mientras abre un par de botellines.

—¡Qué guardar ni guardar! ¿Lo dices por esa mochila? ¿Y qué hostias llevas en ese pedazo de mochila chaval?

Julen responde torpe, sabiéndose en una situación fuera de su control.

—Nada, mi equipaje. Me voy de vacaciones.

—¿Lo ves, Emilio? ¡Es un turista! ¿Crees que si me trajese un encargo, lo iba a recibir en una mochila de colorines y que se ve a medio kilómetro? Vamos, Emilio, no me jodas. Y oye, cabrón, esta cerveza parece meada.

—Pues te jodes. A ver cómo crees que va a estar si acabo de rellenar la cámara. Pide champán, hijo de puta, que eso sí que lo tengo frío.

Emilio echa mano al bolsillo de su batín para extraer un manojito de llaves que posa en la barra.

—Y aligerando. En un cuarto de hora os quiero fuera, que es viernes y antes de comer empezarán a llegar los «madrugadores» y no quiero que mis puteros vean trapicheos raros, que eso les baja la libido.

Juanito toma las llaves del mostrador y, de un gesto, indica a Julen que le siga. Cruzan por delante de las dos chicas antes de detenerse ante una puerta al fondo del local, justo al lado de los baños. Ellas desvían sus miradas para no toparse con la de ninguno de los dos. Ahora que ven al chico con Juanito, han perdido cualquier interés en él.

—Buenos días, reinas —saluda Juanito burlón sin recibir respuesta.

Gira un par de veces la llave en la cerradura, abre la puerta, acciona el interruptor de la luz y pasan a una amplia trastienda. Allí, además de acumularse cajas de champán y licores, les recibe una amplia mesa redonda en el centro, con media docena de sillas a su alrededor. Al ver la escena, Julen reconoce esos locales clandestinos, que en el cine negro son escenario de partidas ilegales o de reuniones del hampa.

—Deja la mochila y siéntate —ordena Juanito cerrando la puerta con llave a sus espaldas.

Julen con el corazón a punto de salirle del pecho, siente que algo debe decir para destensar aquel encuentro.

—Pues sí que está la caliente la cerveza, sí.

—¿Pero qué hostias haces con eso todavía? Habérsela dejado en la barra.

Juanito rodea la mesa acercándose a una cámara frigorífica.

—A ver qué guarda aquí este pájaro...

—Yo, yo no quiero nada, gracias.

—Ya, claro, que a ti te gusta la cerveza caliente. Pues mira, yo me voy a regalar un Benjamín.

En apenas unos segundos, Juanito ha descorchado la pequeña botella de cava, de cuya boca se premia con un generoso trago y toman asiento junto a la mesa.

—Recuérdame después que esconda la botella al fondo de la cámara.

Juanito luce barba de dos o tres días, lo que, junto a sus ojeras, le confiere un aspecto notablemente demacrado. Julen se da cuenta de que, al igual que él, es de nariz afilada y rostro anguloso. Viste una chaqueta vaquera que se quita al sentarse. La camiseta negra, bien ceñida, muestra una incipiente barriga, no demasiado abultada y sus mangas recortadas por encima de los bíceps podrían haber realzado los músculos de sus brazos, pero eso sería en otra época, porque Juanito está muy delgado. Completan su atuendo unos ceñidos pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. Un aspecto que a Julen le parece forzosamente juvenil para los cincuenta y tantos años que tendrá aquel tipo.

—Y dices que te vas de vacaciones...

—Sí, a Picos de Europa.

—Qué sitio tan bonito, ¡sí, señor! Pero algo has dicho antes de que has hablado con Ángel.

—Si, me dijo dónde podría encontrarte.

—Hace mucho que no lo veo. Somos amigos desde niños, casi unos hermanos, pero quiere cuidarse de mí. No soy muy recomendable... para nadie.

Permanecen mirándose unos segundos. Julen busca en el rostro de ese tipo con pinta de macarra, algún otro rasgo común, además de la nariz. En cambio. Juanito está asombrado al tener ante sí prácticamente la misma cara que aparece en una vieja fotografía. La única que guarda de sus padres y ha plastificado, llevándola siempre en su cartera. Una foto cuadrada, de menos de diez centímetros de lado y que, en tonos sepia, muestra sonrientes a una joven pareja el día de su boda ante una iglesia.

—Ángel estuvo en Bermeo y me habló de ti.

—¡Que cabrón! Me dijo que tu abuela le echó de casa.

—Y es cierto, pero es que salí tras él y hablamos en la calle.

—Eso no me lo contó.

El hasta ahora porte altivo de Juanito, muda a otro dubitativo.

—¿Y qué cojones quieres, chaval? ¿Qué haces aquí?

—Bueno... después de aquel encuentro, me quedó la duda de conocer a... mi padre.

—No te equivoques, que yo no soy tu padre. Al menos lo que se dice un padre al uso. Que seas hijo mío no es más que la consecuencia accidental de los polvos que echamos tu madre y yo. Dicho esto desde el mayor respeto hacia tu difunta madre, no me malinterpretes, por favor, pero son cosas que pasan.

Juanito pega otro largo trago de cava.

—A ver, entiéndeme, por aquellos días yo estaba un poco «tocado» y no sé por qué enredé a Ángel para que contactara contigo. Supongo que me pilló todo con la guardia baja, pero ahora que lo pienso, no le encuentro sentido.

—Ya veo.

—Pero no pasa nada, chaval, nos hemos conocido y eso está bien.

—Eras policía.

Juanito cambia el gesto sonriente que acababa de esbozar, por otro serio. Se gira buscando en la chaqueta que cuelga del respaldo de su silla, el paquete de tabaco. Pone un Winston entre sus labios, y ofrece otro a Julen. Ambos, los encienden con sus respectivos mecheros, exhalan un par de profundas caladas y retoman la conversación.

—Ahora me dedico a negocios más lucrativos.

—Te expulsaron.

—Joder con Ángel, vaya lengua tiene.

—Tampoco dijo mucho, solo que se te fue un poco la olla, que te metiste en algún lío...

—¡Eh! Con calma. De repente te veo muy *tirao palante*. Con lo modosito que parecías hace un rato.

Julen, aunque está nervioso, sabe que, si quiere sacar algo en claro de aquel encuentro, debe mostrarse confiado.

—Y esos negocios lucrativos, imagino que será trapicheando.

—Qué va, soy tratante de obras de arte, ¡no te jode!

—No pareces haber estado tocado de la azotea.

—Te empiezas a pasar de listo y, si eso ocurre, saldrás escaldado. Así que eres montañero, ¿eh? Tu madre y tu tío también tenían esa afición, ¿pasa igual con tu tía Catalina?

Julen, ante la familiaridad que Juanito ofrece al hablar de su familia se sorprende, tardando en contestar.

—¿Cómo sabes tú eso? Y mi tía no se llama Catalina.

—Ya, claro, que los vascos decís Kattalin —se burla—. Pues sí, es verdad, sé bastantes cosas de tu familia y no pongas esa cara de pasmado. La cosa es que me parece un poco raro tenerte hoy aquí, cuando hace pocos días estuve con ella.

—¿Con ella? ¿Con quién?

—Con tu tía y con su amigo, porque supongo que Piru será el maromo que se la beneficia.

Julen niega incrédulo.

—Tenías que haber visto la bronca que esa le montó al pobre Piru y eso que, en seguida, ventilamos el asunto que teníamos entre manos.

—No creo ni una palabra de lo que dices.

Juanito arquea las cejas mirándole fijamente, como si le estuviese preguntando «¿Estás seguro?».

—Verás, chaval, hoy me has pillado de buenas. Será por este Benjamín, más tarde abriremos otro, pero ahora abre bien las orejitas, que te voy a poner al día. Piru regenta un bar en Bermeo, el Txoriburu, ¿voy bien? Hasta el otro sábado por la noche, no sabía quién era su novia. Al muy gilipollas no se le ocurre otra cosa que traerme un encargo, con ella de compañía, para irse después de fiesta decían y, claro, parece ser que la muchacha no estaba al tanto del asunto.

Julen asiente, en cierta medida, tiene lógica. Recuerda lo cabreada que había regresado Kattalin al día siguiente de irse de fiesta con su novio a Bilbao. Juanito copia el gesto de Julen, apagando tras él, la colilla del cigarrillo en un cenicero situado en mitad de la mesa, después, le propina a la botella de cava un último trago y sigue hablando.

—La cosa se torció un poco. Piru solo tenía que parar aquí, frente a este local. Yo abriría el maletero, recogería el bulto, le dejaría la pasta y listos, pero poco antes se había montado bronca calle abajo. A ver, el sábado a la noche esto se pone de coches como la Gran Vía, pero con aquel asunto, que si un navajazo, que si la Policía de redada, había que cambiar de planes. Con tanta gente, ni le iba a meter el fajo de billetes por la ventanilla, ni recoger aquello con la caravana de puteros cachondos en sus coches por detrás reventando los cláxones.

Julen asistía a aquel relato absorto, ante la naturalidad con la que Juanito se explicaba.

—Total, que tuvimos que demorarlo. Aparcaron donde pudieron y trajeron el pedido como si viniesen con las compras del supermercado. Por un lado, entiendo la mala hostia de tu tía. De repente, su novio le diría: «Oye, cari, que nos vamos a pasar un momento por La Palanca a dejar un recado y, luego, ya, si eso, nos vamos por ahí a mover el culo» y, claro, no le debió gustar. Ni eso, ni que le dijese que se quedase sola en el coche esperando. Es que también este Piru ese es idiota. ¿Qué tía se va a quedar ahí, en ese callejón de mierda dentro de un coche sola? ¡Y de noche! Para cuando volviese ya se la habría follado media docena de yonquis.

Julen atiende sin perder un solo detalle al soliloquio de Juanito.

—Así que, al rato, aparecen discutiendo por la puerta los dos. Ella, al entrar y ver que era un puticlub, casi se desmaya. —Ahora Juanito se reía—. Tenías que haber visto la cara de tu tía, chaval, bueno, que yo todavía no había caído en la cuenta de quién era realmente. Pero menos mal para ella que reaccioné rápido, le pedí a Emilio las llaves de la oficina y aquí nos reunimos a solventar el asunto, que nada, era cosa de un par de minutos, pero ya nos pusimos un trago, más que nada por esperar a que en la calle se despejase el lío con la Policía. Entonces, intenté tranquilizarla, porque la mujer le había montado un pollo de cojones. En realidad, estaba nerviosa por lo de las putas fuera.

—O por lo de la droga. Ella no estaba al tanto de ese asunto de Piru.

—Puede ser. Pero bueno, empezamos a hablar un poco por limar asperezas y ella empezó con que si «los putos maderos esto o lo otro, que si a ver si se marchaban los putos *txakurras*»⁸ y, claro, aunque ya no ejerzo, digamos que me hinchó un poco los cojones.

Juanito se paró de repente, los golpes de Emilio en la puerta le alertaban de que, efectivamente, ya se había consumido el tiempo que le había dado. Se levantó acercándose hasta la puerta para advertirle de que aún no iban a salir.

—Otra media hora.

—No me jodas, Juanito, venga a la puta calle.

—A la puta calle te voy a sacar a hostias si no me dejas en paz. Media hora he dicho y, después, te pongo al tanto.

—Bueno, pero vamos a medias.

—¡A medias mis pelotas!

Juanito se da la vuelta, mascullando entre dientes que Emilio es un gilipollas. Al volver a sentarse, Julen lo mira muy serio. Mientras hablaba hacia el marco de la puerta, había quedado al descubierto la empuñadura de una pequeña pistola que asomaba por encima del cinturón a su espalda.

—Este se debe pensar que estamos aquí amasando pan o algo por el estilo. La verdad es que no le culpo, con esa mochila tuya... creará que traes un buen cargamento. A ver cómo lidio después para convencerle que no tendrás ahí más que calzoncillos, camisetas o alguna revista porno para pajearte en el monte.

—¿Y qué pasó después?

—Está interesante, ¿verdad? Pues le dije que cuidase el lenguaje, a lo que su novio le advirtió que yo había sido policía, pero claro, ella no se amilanó. Lejos de eso, dijo que a sus hermanos los había asesinado la Policía y, claro... ella de Bermeo, dos hermanos fiambres y, de repente, ¡zas! Como un fogonazo en el cerebro que te hace verlo claro, porque llevaba tiempo pensando que su cara me resultaba familiar y, seguido, la asocié a un gran parecido con la cara de Leire. Chaval, el mundo es un pañuelo, un puto pañuelo, lleno de mocos, es verdad, pero cuando menos te lo imaginas, la vida te da sorpresas increíbles.

Julen procesaba a toda velocidad todo lo que Juanito le contaba, por sorprendente que la historia pareciese, todo tenía lógica.

—¿Y cómo terminó la reunión? ¿Le contaste quién eras?

—No debí hacerlo, la verdad, pero es que con todos estos etarras y sus amigos, ¡qué te voy a decir, hijo mío! —volvió a reírse de su ocurrencia—, pues no me habré hartado a repartir estopa en interrogatorios. En fin, que me lo puso a huevo, así que hice esto. —Eché una mano atrás sacando la pistola poniéndola en la mesa—. Y, claro, se asustaron un poco, pero se quedaron formales. Luego le dije que su hermana se llamaba Leire y su hermano Andoni y que los dos murieron casi seguido.

—Ocurrió la misma semana.

—Ya sé yo bien cuándo pasó todo, ¡qué me vas a contar tú!

⁸ *Txakurra*, perro en euskera.

Julen se encogió de hombros.

—Ella se puso muy nerviosa, pero aunque debía tener miedo, la mala hostia se lo hacía vencer. He visto esa misma actitud en interrogatorios, sí. Sucede hasta que se derrumban, pero no entremos en esos detalles —volvió de nuevo a sonreír—. Así que me preguntó que de qué sabía yo todo eso y, bueno, le conté que su hermana y yo tuvimos un «romance» y que le hice un bombo. Después, ella llorando rabiosa le dijo a su novio que la sacase de aquí como fuese. Les abrí la puerta y se fueron.

—¡Hay que ser cabrón!

—Esa boca, nene.

Juanito apoyó los codos en la mesa, posó las manos sobre esta entrelazándolas e inclinándose todo lo que podía hacia Julen, que permanecía sentado a su frente, adoptó una pose de cierta solemnidad y siguió hablando.

—Conocí a tu hermano, así le dije, cuando vino a tocarme los cojones por el embarazo de Leire. Le juré que aquello había sido accidental, que su hermana me gustaba, pero para lo que me gustaba, y no me pongas tú esa cara, ¡joder, que somos hombres! Todo dicho desde el máximo respeto a tu madre, una mujer a la que nunca deseé mal alguno.

—Déjate de hostias y sigue hablando.

—Di que sí, ¡ese es mi chico! Pues nada, que ahí se había tenido que terminar el asunto, pero claro, su hermano andaba metido en líos de política, ya sabes, y ¡zas! Unos años después de nuevo el puto destino que nos vuelve juntar. Esta vez ya fue a cuenta de mi labor de investigación. Andoni estuvo detenido, hubo que interrogarlo...

—¿Lo hiciste tú?

—¿Yo? Qué va, ¿no ves que nos conocíamos? De eso se encargaron otros.

Llegado a este punto del relato, Julen ya dudaba de todo lo que le contaba, consciente de que, aunque hubiese alguna parte de verdad y Juanito se mostrase despreocupado ahora que había pasado de ser policía a camello, casi todo estaba contaminado con mentiras.

—Tu tío, al final, cantó y, mientras llevaba a unos compañeros a mostrarles un zulo⁹, logró escabullirse, a pesar de que iba esposado el jodido. Como era de noche, no le acertaron con los tiros porque disparar, ya te digo que le dispararon.

—A mi tío lo encontró un pescador desde su barca, a los pies de un acantilado cerca del cabo Matxixako.

—Por esa zona debía estar el zulo, sí. Imagino que cuando aprovechó algún descuido de mis compañeros y echó a correr, no controlaría bien la carrera escuchando como le disparaban y tendría la mala suerte de despeñarse por el acantilado. Como iba esposado, «los de siempre» dijeron que esa versión era falsa, cosa que a mí me la suda. Luego ya sé que en una manifestación de protesta hubo bastantes heridos y una mujer murió. Te juro que cuando trascendió a los medios su identidad, me quedé helado.

—No te creo.

⁹ *Zulo*, en euskera agujero, es la manera coloquial con la que se denominaban a los escondites de armas, municiones o materiales explosivos, empleados por ETA.

Ahora la cara de Juanito era otra. O se trataba de un rapidísimo actor, o parecía seriamente afectado.

—Lo que creas o no, también me la suda. Hasta ese día, te juro que en la puta vida me había importado que ella tuviese o no un hijo mío, ¿me entiendes? Pero no sé, algo cambió. Vi una foto de su madre en el periódico, su cara estaba rota por el dolor, pero no se le adivinaba lágrima alguna. Aquella mujer que apoyaba la mano en un féretro cubierto con una *ikurriña* sujetaba con la otra a un niño, un crío sin padre y que acababa de perder a su madre. No era justo.

Julen tragó saliva incómodo. Toda la vida solicitando detalles de aquellos tristes episodios vividos por su familia y a los que su abuela intentaba esquivar, siempre diciéndole que no quería sembrar en él el odio, para que ahora brotase la rabia más profunda al escuchar aquellas palabras.

—Puto madero.

Juanito tomó la pistola con gesto tranquilo, amartillándola después.

—¡Qué! ¿me vas a pegar un tiro?

—Etarra de mierda.

—¡Qué hostias, etarra! ¡Y qué sabrás tú de mí! Eso somos todos los vascos que no os tragamos, ¿verdad? Etarra, terroristas... Llevarás muchos años viviendo aquí, pero no tienes de puta idea de por qué es la gente como es con vosotros.

Juanito descargó el arma con aire tranquilo y volvió a colocarla entre el pantalón y sus riñones.

—Tienes huevos, eso me gusta, joder y, mira, vamos a evitar enfadarnos, además, yo ya no estoy en esa pelea. No me quieren en la Policía. Primero decían que si tenía el síndrome del norte¹⁰, que si estaba quemado, luego cuando empecé con...

En esta parte del relato, su cara muda a un gesto totalmente diferente a los mostrados hasta ahora. A ojos de Julen, quizá el único momento en el que le parece sincero.

—Empecé con miedos, paranoias...

—La mierda que te meterías, seguro. Dicen que un montón de maderos sois cocainómanos.

—Dicen, dicen... ¿en serio te crees esas bobadas? Mira, puede que en mi caso fuese así, pero luego me limpié. Lo que pasa es que, claro, llegó aquella bronca con un capitán, le solté un par de tiros al techo de su despacho para acojonarlo y, bueno, digamos que más o menos me jubilaron.

—Qué bien, ¡y aquí estás! Convertido en camello —le espeta burlón.

—La vida, que es imprevisible, chaval. Podía haber vuelto a mi pueblo, pero el campo no es para mí. Además, conozco bien este mundillo, deformación profesional, claro. Un par de trabajitos más y me retiro. Me largaré para el sur, igual a Marbella, que aquí llueve mucho. Me echo una moza con buenas tetas ¡y a vivir! Que la pensión por incapacidad que me han otorgado estos cabrones no da para mucho.

¹⁰ El síndrome del norte, era la denominación con la que se conocía a un trastorno psicológico o estrés sufrido por miembros de las fuerzas del orden destinadas en el País Vasco ante la situación de violencia.

Julen soltó un bufido a modo de burla.

—¿Qué pasa, chaval? Te divierte, ¿a que sí? En fin, tampoco te culpo, y ahora sí que no te acepto un no por respuesta.

Se levanta de la silla, acercándose de nuevo a la cámara extrayendo otro Benjamín tomó un par de vasos de whisky que había sobre una repisa, repartiendo el cava en ambos. En esta ocasión, Julen no mostró ninguna objeción al convite.

—Podíamos brindar por el reencuentro padre-hijo, pero seguro que a ti no te van esas mariconadas, ¿me equivoco?

Julen ignora la reflexión mientras degusta un largo trago de cava helado.

—A mí tampoco —respondió Juanito a su propia idea bebiendo media porción del vaso que se había servido. Después, echó mano del paquete de tabaco, ofreciendo otro Winston a su hijo. Julen valora la posibilidad de echar mano del hachís que lleva para fumar algún canuto de vez en cuando, pero la desecha de inmediato, mejor estar atento a cualquier reacción de Juanito.

Los dos encienden sus cigarrillos permaneciendo unos instantes pensativos hasta que Juanito reanuda su relato.

—Después de verte en aquella foto del periódico, algo cambió en mí. Joder, esto no se lo he contado ni a todos los putos loqueros que me trataron, pero es verdad. Me di cuenta de que, por azar o por lo que fuese, a aquel crío y a su abuela se les había arruinado la vida. La cosa es que, con el tiempo, empecé a valorar la posibilidad de saber de ti, quizá ayudaros...

—¡Ja! ¿Pero te crees que mi abuela iba a aceptar algo tuyo?

—De estar en su pellejo, no lo haría. Ahí te doy la razón, pero bueno, pasaron varios años, andaba yo un poco con la guardia baja y fue cuando recurrí a Ángel para que contactase contigo.

Julen tiene cada vez más claro que aquel tipo padece algún tipo de inestabilidad mental. Apaga el cigarrillo a medio consumir. Los tragos que le ha dado al cava ya le pesan en la cabeza. Demasiado temprano para ingerir alcohol si no se está acostumbrado a hacerlo a tales horas. Su reloj marca las tres de la tarde y suspira lamentando las horas que aún restan para tomar el tren del día siguiente.

—Me marchó, aquí ya está todo hablado.

—Espera un poco, hombre, cuéntame ahora un poco de ti.

—Acabo de terminar el bachiller, he aprobado todo, ¿suficiente?

—Un tío listo, sigue.

—Tenía que haber pedido una prórroga por estudios para evitar tener que ir este año a la puta mili, pero no lo hice. Tampoco tengo aún claro qué quiero estudiar, o si quiero estudiar. Lo que sí tengo claro es que no voy a ir a la mili.

—Pues tendrás que ir, gilipollas, ¡qué si no!

—De eso nada.

—Uy, de eso nada... —imitó Juanito su voz en tono burlón—, el nene se nos hace objetor, o insumiso o... igual es de los que dice que la mili en ETA.

—No tienes ni puta idea.

—Pues te comerás unos años de trullo y listo.

—Qué cojones va a entender nada de antimilitarismo un camello y exmadero.

Juanito mudó de nuevo la expresión distendida que ofrecía en los últimos minutos a otra ciertamente grave. Julen que no le apartaba la mirada, en el fondo, se arrepentía de sus palabras.

—Sin confianzas. La próxima vez que me toques los cojones, te vas a arrepentir.

De nuevo, aquellos rasgos de bipolaridad aparecían en su hablar, recuperando un tono más sosegado.

—Y dices que vas a ir a la montaña, Picos de Europa, concretamente.

—Lo mismo me da ir a esa zona u otra. La cordillera es muy grande. Ya tengo hecho mi plan.

—Claro, parece que planificas todo muy bien. Entonces, seguramente, tendrás un mapa. Muéstramelo, conozco bastante bien aquello.

Julen duda, pero finalmente alcanza la mochila y de un bolsillo extrae el mapa que Piru le ha prestado. Juanito dedica un par de minutos a observarlo con atención. Después le hace a Julen un gesto de que necesita algo para escribir y el chico extrae del mismo bolsillo de la mochila un lapicero. Juanito prolonga una de las líneas que ya había trazado Piru.

—Lo de Picos de Europa lo dirías por decir, porque tu ruta, si es que tienen sentido estos trazos, es por otro lugar.

Julen asiente.

—Cuando termines lo que tienes marcado, subes este collado y alcanzas este valle, ¿lo ves? Desciendes por este camino que va paralelo al este pequeño río que está lleno de cascadas. Así llegas a este pequeño pueblo y, desde ahí, carretera abajo, paralelo al río, llegas hasta este desvío. Por aquí, aunque no viene en el mapa, llegarías a otro pueblito que se llama Villanueva de la Cueva y desde ahí subes por este sendero que te indico y... ¡final del viaje!

Entonces hace una equis en el mapa.

—¿Y eso qué es?

—Eso es el epicentro y el origen de nuestra historia.

Entonces Julen se inclina sobre el mapa, para ver con claridad qué escribe Juanito al lado de la señal.

—Dolor...

—Dolor.

—Ángel me habló de ese sitio. ¿Y qué voy a encontrar ahí?

—No sé, quizá nada.

Juanito se encoge de hombros y enciende otro cigarrillo. Permanecen en silencio, Julen repasando el mapa y Juanito dibujando oes al exhalar el humo. Cuando el chico dobla y guarda el mapa junto con el lapicero en la mochila. Juanito apaga el cigarro poniéndose en pie.

—No creo que nos volvamos a ver, así que tómate esa ruta que te he trazado, como la herencia de tu viejo: un camino al pasado.

—Vaya, también te van los rollos místicos.

Julen se levanta para ponerse la mochila pero Juanito le detiene.

—Espera, es la hora de mi medicina y no está mal que estés delante.

Echa mano a la chaqueta extrayendo un pequeño estuche de lapiceros, de su interior aparecen una cuchara, una jeringuilla, una papelina de su cartera y un limón del mismo bolsillo de la chaqueta.

—¡Joder! ¿Te vas a preparar un pico?

—Has venido a conocerme, ¿no? Todo lo que te habrán dicho de mí será verdad. Todo lo que te he contado yo... puede que lo sea. Así, con suerte, no volverás nunca a buscarme, porque nunca volveré a ser tan amable contigo como hoy.

Juanito prepara metódico su dosis de heroína. Una porción que toma de la papelina con la punta de una navaja, depositada en la cavidad de la cuchara, después unas gotas de limón, el calor de la llama del mechero debajo de la cuchara, hasta que el preparado comienza a gorgotear.

Una vez listo, la jeringuilla aspira el líquido. Vuelve a echar mano de la pistola, acomodada en sus lumbares, dejándola sobre la mesa. Se desabrocha el pantalón vaquero, pues es demasiado ceñido para remangarlo y dejar al aire una de sus pantorrillas, por cuya cara interior cuando se los baja, busca la vena propicia y clava en ella la aguja.

El émbolo de la jeringuilla extrae un poco de sangre, entremezclando esta con la heroína disuelta en el zumo de limón. Después, el pulgar acciona el émbolo de nuevo introduciéndola en el flujo de sus venas, volviendo seguido a extraer y nuevamente a inyectar. Así un par de veces, hasta que da por finalizada la operación retirando la jeringuilla y recostándose en la silla. Su cara se muestra afable, feliz, pero también ofrece la arrogancia de aquel que, sabedor de que su actitud es reprobada, se muestra ante sus semejantes retando a que sean capaces de mostrarle un desprecio mayor que el propio hacia sí mismo.

Entre suspiros, Juanito toma su cartera, rebusca algo por ella y, cuando lo encuentra, se lo lanza a Julen deslizándose una vieja y pequeña foto plastificada sobre el tablero de la mesa como si fuese un naipe.

—Es tuya.

—¿Quiénes son? —pregunta Julen observando a aquella joven pareja que sonrientes parece que se acabasen de casar.

—Pilar y Julio, tus abuelos, mis padres. Fíjate en la cara de él, sois dos gotas de agua.

Julen observa con detenimiento la pequeña fotografía, constatando que el parecido es asombroso.

—¿Por qué me la das?

—A mí ya no me hace ningún bien mirarla y, si los viejos me viesen, no creo que estuviesen muy contentos conmigo. Al salir, dile a Emilio que me quedo aquí un rato, que no sea pesado...

La voz de Juanito suena a calma, a la misma que el flujo tóxico sus venas lleva a cada una de sus extremidades. Julen gira la llave de la puerta y, antes de desaparecer, se vuelve a Juanito, que desparramado en la silla, con los pantalones bajados, le observaba sonriente.

Al salir de la trastienda, las dos chicas conversan animadas con un tipo elegantemente trajeado. No hay duda de que ya empiezan a llegar los clientes más madrugadores. Revisa la hora en su muñeca y son las tres y media. No es mala hora para llamar a casa del amigo con el que se iba a ir de viaje. Una mentira para no preocupar a su abuela, excepto en que sí había intención en dormir esa noche en su casa y aprovechar juntos la tarde para tomar unos *kalimotxos* por el casco viejo, una vez que ya ha pasado por el trance de conocer a su padre. En realidad, no se arrepiente, pero sí es cierto que espera no volver a verlo nunca más.

Emilio, el dueño del puticlub, que ya se ha despojado del batín, lo mira curioso desde detrás de la barra mientras saca brillo con una gamuza a unas copas de champán. Por lo visto, el proxeneta cuida hasta el extremo ciertos detalles sin atender al aspecto cochambroso de otras partes del local.

—¿Y Juanito?

Julen se acerca hasta la barra, le parece que aunque nadie allí se extrañe de nada, debe ser un poco discreto.

—Dice que no le molestes en un rato.

—¡Me cago en su puta madre! ¿Qué cojones está haciendo?

—Pues... se acaba de meter un pico y ahí está, tirado en una silla con los pantalones bajados.

Emilio resopla pero asiente. Seguramente, no es la primera vez que ocurre algo así.

—Está probando lo que le has traído, por lo que veo....

Julen no responde, rendido al empeño de aquel en que él es otro traficante. Al final de la barra hay un teléfono público. Julen saca del bolsillo del pantalón un papel en el que tiene apuntado el teléfono del amigo en cuya casa va a dormir esa noche. Introduce tres duros por la ranura de las monedas y aguarda varios tonos de llamada hasta que, finalmente, contestan. No pasa ni medio minuto de charla y termina discutiendo. El amigo, que por lo visto no lo es tanto, le dice que ha surgido la ocasión de irse a no sé dónde ese fin de semana, por lo que se excusa de ofrecerle alojamiento, tal y como habían acordado unos días atrás. Después de mandarle a la mierda, Julen cuelga el aparato.

Emilio ha estado escuchando mientras abrillanta las copas.

—Por las voces que has dado, parece que te han dejado tirado.

Julen no le hace caso. Está pensando en lo conveniente o no de regresar a dormir a Bermeo o pasar la noche en la misma estación hasta que por la mañana tome el tren.

—Si quieres una habitación barata...

—¿Aquí? ¿En este barrio?

—Vamos, digo yo. No va a ser el en Carlton.

—Lo digo porque como casi todo son puticlubs...

—¡A ver dónde duermes y desayunas en Bilbao por tres mil pesetas!

—Bueno, barato sí que es, pero así será de cutre el alojamiento, claro.

—¡Qué va! Si lo regenta mi mujer. Espera que la llame, a ver si hay sitio.

Emilio mete un par de duros en el mismo teléfono y aclara la cuestión en una breve charla.

—Dice mi santa que le queda una cama libre. Camina por esta misma acera hasta el comienzo de la calle, pensión El Paraíso, no tienes pérdida.

Julen se despide y sin demasiado convencimiento de alojarse en aquella zona, se dirige al alojamiento. Al fin y al cabo, no encontraría, por semejante precio, otro sitio para dormir.

—Quisiera una habitación... —dice a través del portero automático.

—¿Eres el que manda Emilio? —pregunta una voz de mujer por el telefonillo.

—Sí.

—Sube.

Desde fuera, la puerta del inmueble, quizá por haber sido cambiada recientemente, parece que custodia un portal en mejores condiciones que el de la pensión Salamanca, pero al entrar descubre que no. Por lo menos, no se encuentra a nadie dentro inyectándose heroína, aunque un par de chicas que caminan erráticas fumándose sendos cigarrillos por las inmediaciones dan la impresión de hacer la calle.

Una mujer de unos cincuenta años, «mi santa», como dijo Emilio, abre la puerta del primer piso examinándole extrañada antes de invitarle a pasar.

—Vienes solo, ¿no? —cuestiona dubitativa saliendo al rellano y mirando hacia las escaleras por si alguien le acompaña.

—Solo sería para esta noche. Me iría pronto a la mañana porque...

La mujer le hace callar con un gesto. Ni necesita, ni quiere conocer la vida de sus clientes. Si Emilio dice que se trae asuntos con Juanito, que se encargue su marido de tratarlo. Por eso le ofrece la *suite* y no una habitación para una o dos horas, como demandan habitualmente los usuarios de la pensión El Paraíso cuando contratan los servicios de alguna prostituta. Camina tras ella por un pasillo largo, en cuyo final entran en una habitación muy sencilla.

—El aseo está en el pasillo y hay uno para toda la casa. Si quieres descansar, te recomiendo que tengas un poco de paciencia, los clientes suelen hacer algo de ruido y si, encima, le añades que hoy es viernes...

—Pero esta habitación... ¿no tiene ventanas?

—No.

—Qué raro.

—Es que aquí las habitaciones son raras, para hacer cosas raras. Y a ti te ha tocado la *suite*.

La ocurrencia solo le hace gracia a la casera, que además se ríe.

—Bueno, ¿la quieres o no?

—¿Y cuánto cuesta esto?

La mujer lo mira de arriba abajo, examinándolo de nuevo.

—Varía en función del día y del trabajo que tengan las chicas. Esto es como la Bolsa, precio según mercado, pero hoy es viernes y va a haber mucho trajín. Supongo que me arreglaré con el resto de habitaciones. Dame cinco mil pesetas y en paz.

—Su marido me dijo dos mil.

—¡Ves como ya sabías! ¿Para qué preguntas entonces? Y son tres mil, no vayas de listo.

La casera consiente y cobra las tres mil, aunque ninguno de los dos se muestra convencido de haber llegado a un buen trato. Otra cosa son los motivos que tenga Emilio para insistir en que le ofreciese la habitación al chico. La alcoba tiene una cama individual, una mesita, una silla y un par de cajas de cartón precintadas con cinta adhesiva en una esquina. No puede exceder de cinco o seis metros cuadrados. Una estancia con más pinta de trastero que de habitación y que le hace sospechar incluso de si no será rechazada por las prostitutas para sus servicios. Pero simplemente necesitaba un lugar para pasar la noche y ya lo tiene.

Por las horas que son, ya debería haber comido, pero el cava le ha revuelto las tripas y se tumba sobre la cama a ver si se le pasa el malestar. Pierde la mirada en las curiosas formas que ha dejado la pintura al desprenderse del techo, al tiempo que se reprocha haber dado a Juanito la posibilidad de justificarse. Conocer al padre, por indeseable que este fuese, responde a un impulso natural, eso piensa. Lo sorprendente es que los trapicheos de Piru hayan relacionado a ambos. Ahora comprende el abatimiento de Kattalin aquella tarde de domingo cuando estuvieron hablando de sus ideas de futuro.

Parece ser que alguna de las chicas que hacía la calle en el portal ha conseguido subir a un cliente, porque desde la habitación de al lado llegan indisimulados jadeos y el rítmico sonido de un somier. Por unos segundos, fantasea con la posibilidad de pasar un rato con alguna de ellas. A él, como a casi todos los chicos, claro que le gustaría tener más relaciones sexuales de las que ha tenido, pero nunca se ha planteado pagar por ello. Hasta ahora, se lo ha sabido ganar con las dos chicas que ha estado.

Acaban de follar al lado, y casi como si fuese una prueba de relevos, llegan sonidos similares desde otra estancia más lejana. Si aquel jolgorio va a ser así todo el día, y quién sabe si por la noche, resultará insufrible, pero el cava también le provoca algo de sopor, así que se relaja sobre el camastro y se queda dormido, sumergido en un sueño denso, confuso, tan profundo que la dueña de la pensión debe aporrear a conciencia la puerta del cuarto para despertarle.

—Qué... ¿qué pasa? —pregunta impreciso.

—¡Abre!

Mira su reloj y constata que casi ha dormido un par de horas. No hace falta que invite a entrar a la casera, nada más que gira la llave de la puerta, ella y una de las chicas que estaban en el portal entran.

—Siéntate en la cama y no montes escándalo —le ordena.

—Pero... ¿qué pasa?

—¿Que llevas en la mochila?

—¿Cómo?

—Regístrala —ordena la casera a la chica.

—¡Pero qué hacéis! Vaya puta obsesión la de tu marido y la tuya con mi mochila.

Julen, que obediente permanece sentado, intenta incorporarse, pero la mano izquierda de la casera que se posa en su hombro le hace refrenarse. La otra mano asoma amenazante de uno de los bolsillos del batín de raso que viste portando una pequeña pistola.

—Estate quieto. Entiende que debo tomar mis precauciones.

La chica finaliza el registro, encogiéndose de hombros.

—Nada, está limpio. Solo hay ropa y un poco de costo.

—¡Joder! Deja ya mis cosas y no toques mis porros. ¿Me queréis explicar de qué va todo esto?

—No te alteres. Ya me parecía que Emilio patinaba contigo. Con esta pinta de pardillo montañero va a resultar que es lo que eres.

—No entiendo nada.

—Pues que han venido un par de nigerianos a buscarte.

—¿Quiénes? ¿A mí?

—Dicen que te has reunido con un camello con el que tienen cuentas pendientes y sospechan que en esa mochila lleves algo que sea suyo.

—¡Pero qué dice! ¿Esto qué es, un programa de cámara oculta?

—No, hijo, esto es La Palanca. Sabrán que has estado con Juanito y te han seguido hasta aquí, o alguien les ha dicho dónde estás. Al ver que no salías a la calle, pensarán que no venías solo a follar, por eso han preguntado si estabas aquí alojado. Les he dado largas, pero no creo que los negros tarden en volver.

—Esto es increíble. Pero si he venido aquí porque tu marido me ha dicho, ¿por qué no lo llamas para que lo aclare?

—Ya lo he hecho, pero no me lo coge, así que, dime ¿qué te traes con ese cabrón de Juanito?

—Es alucinante ver lo popular que es Juanito por aquí y, por lo menos, señora, podría dejar de sujetar esa pistola que, aunque la tenga dentro del bolsillo me pone nervioso.

La mujer deja por fin el arma dentro del bolsillo y cruzando los brazos, espera la respuesta de Julen.

—Bueno, pues... pues resulta que ese tipo es mi padre y, ¡joder! No sé por qué tengo que contaros hoy a todos mi puta vida.

—Será porque te lo he pedido amigablemente con una pistola, o porque te andan buscando unos mafiosos.

—¡Vale, joder! Ya le digo, es mi viejo y no lo había visto en mi vida hasta hoy y si algo he sacado en claro del encuentro es que no quiero tener nada que ver con él.

—Pues los nigerianos buscarán a su jefe y, si vienen con él aquí, no les voy a poder impedir que entren. No creo que te siguiesen, porque no tendría sentido preguntar si estabas aquí. Seguramente se lo habrá chivado alguna de las putas del bar.

—Joder, pero qué familia tan divertida que sois. Vale, pues que vean la puta mochila y se convenzan de que no tiene nada de su interés.

—No será tan sencillo. Seguro que querrán apretarte un poco las tuercas, por si se te ocurre contarles algo.

—Joder, esto no puede estar pasando. Pues llame a la Policía, ¡qué se yo!

—Ni loca. Solo me faltaba que la gente vea que entra aquí la pasma, para que se me vaya el negocio a tomar por culo. Te largas y punto.

—Pero si le he pagado ya y...

Antes de que termine Julen de hablar, la mujer extrae del otro bolsillo del batín las mismas tres mil pesetas que Julen le había entregado al llegar.

—Toma tu dinero, anda, cierra la boca y escucha. No puedes salir por la puerta. Uno de ellos se ha quedado vigilando el portal desde la acera de enfrente, por lo que imagino que el otro habrá ido a consultar con su jefe. Si sales por ahí te seguirán y el asunto no acabará bien para ti. Además, me dejarías en mal lugar por haberles mentido. Entiende, no quiero líos aquí ni con policías ni con macarras como esos, que mis puteros son una clientela muy sensible y a nada que vean cosas raras se van a mojar el churro a otro sitio. Coge tu mochila y ven.

Julen obedece siguiendo a las dos mujeres por el pasillo. En su mitad, aparece una gran ventana oculta tras un grueso y opaco cortinón color granate, muy acorde con la decoración hortera del piso. La dueña abre la ventana de madera que da a un patio de luces y que presentaba un calamitoso estado. Un fuerte olor a humedad inunda el pasillo. El patio es un cuadrado, de apenas tres metros de lado, al que dan las ruinosas fachadas interiores de varios inmuebles. En el suelo, hay basura, alguna prenda de ropa desprendida de algún colgador y casi mimetizada con el musgo que cubre en gran parte el húmedo suelo.

—Baja al patio y espera a que esta —le indica la dueña refiriéndose a la joven prostituta que sigue atenta las indicaciones de su jefa— te abra una ventana que hay justo debajo. Es de la trastienda de una tienda de ultramarinos, que es mía también. Te cuelas por ella y esperas a que la calle esté despejada para desaparecer.

Julen asiente, el plan de fuga no parece complicado. Del cuarto de baño aparece la chica con una escalera de aluminio que descuelga con maña desde la ventana hasta el patio. «No hay duda —piensa Julen—, de que esa no es la primera vez que utilizan semejante método para escabullir a algún cliente». Una vez que baja, recogen la escalera desde la ventana y esta queda cerrada. En aquel reducido espacio se siente atrapado, rodeado de aquellas casi desconchadas fachadas, de cinco alturas, por cuyas paredes descenden las tuberías de uralita de saneamiento de los cuartos de baños.

En lo alto una pequeña porción de cielo, cuadrada igual que el mullido suelo de musgos que pisa, ofrece un azul tan intenso que desentona con los ocre y grises de las paredes del patio. Entonces, desde el cuarto piso, se asoma una cabeza. Es alguien que estaba recogiendo la ropa del colgador, alguien que, chistando, alerta a otra persona, que desde un piso por debajo también se asoma al patio.

Julen, con la cabeza gacha, evita corresponder a aquellas curiosas miradas, que deben estar cuestionándose lo extraño de que un tipo esté allí plantado sujetando una mochila, pues no quiere que su equipaje ni siquiera roce con la humedad del suelo.

—Será el fontanero.

Eso dice quien se asoma desde el tercero a la llamada de atención de quien recogía la ropa.

—Eh, tú, ¿has venido a desatascar? Pues ya era hora, porque cuando llueve el patio es una charca, yo creo que hay hasta ranas.

Julen no puede evitar volverse a la llamada. Hacia una voz ligeramente aflautada, como si un hombre fingiese poner voz de mujer. La cara de quien le habla está maquillada en exceso y no le cuesta suponer que se trata de cualquiera de los que, por el barrio, se dedican a imitar a las cabareteras en los locales de alterne, o que, simplemente, es un travesti.

La señora que ya ha terminado de descolgar la ropa se muestra más incisiva.

—¿Y qué haces ahí parado?

—Sí... estoy esperando a que el compañero traiga la herramienta de la furgoneta para revisar el desagüe.

—Eso eso, desatascador —ahora el travesti aflauta más su voz—, tú desatasca, buen mozo, y, cuando termines, subes a mi casa, que necesito también que alguien me revise el desagüe.

—¿Cómo?

Julen no capta la burla a la primera, pero la otra vecina no disimula la risa, matizando la propuesta de su vecino antes de cerrar la ventana.

—Ay, ¡cómo eres, Manolita! No pierdes ocasión de echar los tejos al primer mozo que ves.

—¡Calla, calla! Que a mí los de los gremios me vuelven loca y, mira, ¡nada más y menos que un fontanero! Cariño, cuando acabes con la chapuza, sube al tercero derecha y te pongo una cerveza bien fresquita.

—Vale, vale.

Julen acepta la broma, lo fuese o no, disimulando su nerviosismo, impaciente porque se abra la ventana por la que abandonará el patio. Mientras tanto, desde arriba siguen llegándole voces con que si «qué buena planta tiene», que si «mírame, que creo que tienes los ojos verdes» y otras por el estilo que despiertan la atención en otros dos pisos, asomándose a sus ventanas sendos vecinos a los que el travesti les explicaba que aquel es el desatascador.

Por disimular, o por dominar sus nervios, Julen enciende un Lucky, entonces los recién sumados al espectáculo, ignorando las chanzas de su alocado vecino, dos señores de avanzada edad empiezan a cuestionarle que si le envían los del seguro de la comunidad, que si la bajante es tema de la comunidad, pero que la avería del atasco de los desagües es culpa de una obra que hicieron en un local. Que si esto, que si lo otro, para terminar discutiendo entre ellos.

—¡Y qué fontanero de los cojones va a ser, si no trae herramienta! Este será el perito del seguro —comenta convencido un vecino a otro.

—Que se la trae ahora su compañero, que ha ido a la furgoneta a buscarla. Como sea tan guapo como él, les montó un guateque en casa —interviene el animador de la vecindad.

—El Manolita este de los cojones está más salido que un balcón —concluye el segundo de los hombres, que abandona la tertulia y desaparece dentro de casa.

De repente, la ventana de escape se abre y, por fin, Julen cruza por ella. Afuera quedan asomados los vecinos esperando ver como se inician las obras de reparación de la bajante.

—¡Cómo has tardado! Vaya locura ahí fuera.

La chica que le ha abierto la ventana, la cierra tras saltar Julen al interior de la trastienda, sin atender a lo que dice.

—Date prisa. Acaban de subir los dos negros con su jefe. En cuanto vean que la casera no les mentía y no estás arriba, no se si sé pondrán a mirar por más sitios. Lárgate.

Julen cruza por la tienda de ultramarinos con la mochila al hombro y enfila hacia el final de la calle Cortes, abandonando La Palanca por el puente de Cantalojas, un paso que cruza sobre una maraña de vías férreas, y que, en realidad, resulta ser un paso fronterizo entre el Bilbao canalla, marginal y el otro Bilbao. Mira el reloj y son las siete de la tarde y quizá debería valorar qué hacer ahora que se ha quedado sin alojamiento, pero antes de tomar una decisión al respecto, sus pasos ya le han adentrado por un laberinto de calles por las que camina errático. Cuando repara dónde está, decide seguir matando el tiempo en un local en el que se perdía cada vez que pasaba por Bilbao. La librería Universal, en mitad de la sombra con que a esa hora se puede premiar cualquier paseante que cruce por la calle Ledesma es un oasis para los amantes de las músicas alternativas, devoradores de *fanzines* musicales y, obviamente, para aquellos que busquen lecturas alejadas de modas y cánones editoriales. Nada más entrar, revisa los carteles que hay en la misma puerta y por la pared, que anuncian conciertos en Bilbao para las próximas fechas. En la sala Gaueko, en el Garaje, en el Yoko... pero esa misma tarde, «¡Oh, regalo de los dioses!», susurra para sí, actúan M.C.D. en el *gaztetxe*, una de sus bandas preferidas. El *gaztetxe* es un espacio ocupado y gestionado por una asamblea de jóvenes. Se encuentra en el casco viejo de la ciudad, en un edificio en desuso propiedad de un banco. Un espacio que ofrece una propuesta cultural y lúdica alternativa, en el que la música es el plato fuerte. Contracultural para unos, pseudocultural para otros o un tugurio lleno de drogas y delincuentes para los más conservadores, lo cierto es que nadie en la ciudad mantiene una postura indiferente respecto a su existencia. O con él o contra él. Ya se habían sucedido varios intentos por parte del ayuntamiento por dar a traste con aquel proyecto y, alguna vez, se han desatado altercados con la policía, pero el *gaztetxe* aún sobrevive, aunque nadie le augura un próspero futuro. Ese viernes, la banda punk M.C.D. (siglas acrónimas de Me Cago en Dios) ofrece un bolo. Como aún queda tiempo para la actuación y el *gaztetxe* no está muy lejos (en realidad, nada está demasiado lejos en Bilbao), se pierde por el interior del local, examinando discos y maquetas de los grupos locales.

Hay un cliente que no para de solicitar información al dependiente sobre cualquier artículo que toma entre manos. Un poco pesado, la verdad, y Julen toma un libro que el sujeto acaba de descartar, como va haciendo con todo lo que husmea. El vendedor dijo que se trata de un relato de viajes y puesto que él va a iniciar uno, le resulta interesante. Leyendo la sinopsis de la obra en la contraportada, se sorprende de que el relato se ambiente por los lugares hacia los que él va a viajar. Por eso se convence de que *El río del olvido*, de Julio Llamazares puede ser un compañero apropiado para su viaje.

Queda menos de una hora para que empiece el concierto y se ha adentrado por el casco viejo hasta el Muga, un bar que es todo un referente para los devotos del *rock and roll*. Dos, tres tragos y la caña que acaba de pedir está terminada.

—Pon otra, anda.

El camarero, un tipo alto y fornido con unas gafas de pasta que discretamente mueve la cabeza al ritmo del psychobilly de los Meteors, pone dos. Una para el cliente, otra para él.

Julen se sienta junto a una las mesas adosadas a la pared frente a la barra. Mientras disfruta de la segunda caña con más calma, comienza a prepararse un par de porros. Uno lo guarda en el paquete de Lucky para fumárselo en el concierto, que luego con los empujones de la gente al

bailar será complicado liarlo. El otro lo enciende mientras ojea el libro que acaba de comprar. En la mesa de al lado, un par de chicas conversan tan alto que sus voces se imponen a la música del bar. Cuando posa la mirada en ellas, parece que estas estuviesen esperando ese gesto.

—¡Uy, mira!, el intelectual vuelve al mundo. —Eso le dice una a su compañera, sonriendo y dando un trago a un botellín de cerveza.

Julen disimula, perdiendo la mirada en los carteles de conciertos que pueblan las paredes del local. Así todo, las mira de reojo, ocasión en la que se cruzan sus miradas. Una es morena, rostro afilado, un pelo liso que justo roza con sus hombros y viste una minifalda vaquera. La otra es rubia, de pelo corto salpicado de mechones de distintos colores y lleva puestos unos vaqueros, que ahora que se levanta a la barra a por otros dos botellines, constata que le sientan como un guante. Las dos visten camisetas con la leyenda de algún grupo que Julen no llega a reconocer de un primer vistazo. Cuando regresa la chica de la barra, lo hace con tres botellines. Deja un par en su mesa y el tercero en la de Julen, al lado de la caña que casi tiene terminada.

—¿Y esto?

—Una cervecita fresca, que con todo lo que estás leyendo luego tendrás la garganta seca —le responde la rubia volviendo a sentarse junto a su amiga.

—Gracias, pero leer no seca la garganta, que yo sepa.

—Pero es que tendrás que contarnos qué es lo que pasa en ese libro para que no nos hayas hecho ni caso desde que te has sentado ahí.

Su compañera estalla en risas al beber, provocando alguna salpicadura de cerveza.

—¡Ay! Perdona, Itzi, pero es que eres una cabrona.

Brindan con sus botellines retomando su charla, aparentando ignorar a Julen, que ya no deja de mirarlas.

—Oye, Itziar, que, si quieres, te cuento de qué va.

—¿Y cómo sabes mi nombre? —se gira hacia él.

—Tu amiga te acaba de llamar así.

—¿Ves cómo está atento a nosotras a pesar de disimular? —le dice Itziar a su amiga.

—Ya lo veo, ya.

—Me estás vacilando, ¿no? —contesta Julen. Itziar finge meditar una respuesta.

—Puede.

—Me llamo Julen.

—Yo soy Miren —añade su amiga.

—¿Julen? Pues vaya. Nosotras que pensábamos que eras de fuera, por aquello de la mochila, ¿verdad, Miren?

—Nos parecías alemán o puede que italiano...

—Cómo se os va la olla.

Se levanta de la silla, acerca con él la mochila y toma asiento en la mesa de las chicas.

—Parece que ya vence su timidez —dice Miren.

—¡Pero qué timidez ni timidez! ¿Vosotras sois siempre así?

—Esta siempre, yo... a veces también —apunta Itziar. Las dos ríen

—Así espantaréis a todos los tíos —apunta Julen sonriendo.

—A todos los que hay que espantar, ya veremos cómo progresas —corrige Miren fingiendo poner el semblante serio.

—No te lo creas tanto, que yo también tengo mis filtros.

Las dos se vuelven a reír.

—Que tiene sus filtros, dice, Itzi. ¡Pero qué dices Iuliano!, si no has tardado nada en saltar de tu mesa a la nuestra.

—Y eso de Iuliano, ¿a qué viene?

—A que yo decía que eras italiano y ella no. Por tu culpa he perdido una cerveza.

—Bueno, pues la siguiente la pago yo y así quedas en paz con tu amiga.

—Ya veremos. Igual hasta pasa el primer filtro, ¿cómo lo ves, Itzi?

—Vamos a darle a Iuliano una oportunidad. A lo mejor resulta que no es un petardo intelectual.

Se divierten un poco a su costa, pero sin sobrepasar el límite que discurre entre lo simpático y lo provocativo. La conversación, después de la segunda cerveza, se acelera con respuestas ágiles y ácidas por parte de las chicas, a las que Julen corresponde con el mismo nivel de desparpajo.

—Por cierto, Miren, se nos va echando la hora encima —le llama la atención Itzi señalando a su reloj.

—Vaya, pues que temprano os mandan recogeros en casa, ¿no?

—No te pases de listo, que nos vamos a un concierto —aclara Miren.

—¿No iréis al gaztetxe a ver a MCD? Yo también.

—Pues sí, además, un par de tíos de la banda son colegas —responde Itziar.

Al cuarto de hora de haber empezado el concierto de M.C.D., el *gaztetxe* es un hervidero. El público entregado salta, baila y corea unas canciones que ya conoce.

La voz desgarrada de Rockan, el cantante, transmite toda su energía a los más entusiastas que se enzarzaban en un *pogo*¹¹ que se circunscribe a los más próximos al escenario. Por mediación de las chicas, Julen consigue liberarse de la mochila para disfrutar del concierto, quedando el pesado bulto a buen recaudo justo detrás del batería.

¹¹ *Pogo*, asociado principalmente a la música *punk* o metal, es una forma de bailar que básicamente consiste en saltar sobre el sitio que se ocupa, dando giros, cabeceos, o patadas al aire al ritmo frenético y agresivo de la música. Los participantes mantienen una guardia o protección mínima de sí, con los codos o empujándose entre ellos, entregados a una sensación generalizada de caos y descontrol. Esta actitud, tiene un carácter instigador, pero sin rebasar el límite de lo que pudiese considerarse agresivo. Si esto sucede, normalmente la misma «masa» excluye de sí a tales elementos. Resultando al final todos exhaustos, en ocasiones, con alguna herida leve o hematoma por golpes o caídas, los participantes albergan un indudable grado de satisfacción o camaradería para con quienes, como ellos, se han entregado durante unos minutos a un baile salvaje.

—Ya te dije que los conocía, además, ahí tienes tu equipaje a la vista mientras dura el concierto —le dijo Itzi, alzando la voz para superar el estruendo de la música.

—¡Todo un puntazo, Itzi!, vaya día de locura el de hoy. Ni me imaginaba terminarlo así.

—¿Terminarlo? Si esto acaba de empezar.

En la penumbra de la sala, entre el humo de cigarrillos y canutos conforman una neblina también alimentada por el denso vaho que exhala la masa de espectadores. Itziar, sonriente, muestra una tez brillante por el sudor. Julen, ingenuo, acerca su boca a unos labios húmedos que parecen aguardar su beso. A punto de conseguirlo, Itzi se ríe y retira su cabeza hacia atrás colocando dentro de la boca de Julen algo que tenía entre sus dedos.

—Ahora bebe —ordena poniendo su botellín de cerveza en su la boca del chico.

Julen iba a protestar ante la extraña textura que percibe sobre lengua, pero al instante se despliega por su paladar cerveza caliente y, seguido, recibe un largo beso que le condena a tragar la cápsula verde.

—¿Qué me has dado?

—Nada, solo una meska.

—¿Una qué?

—Una meska... una mescalina, ¿no sabes qué es?

—Claro que sé qué es... ¡Pero tú de qué vas!

—¿A que nunca la has probado?

De repente, no sabe si volver a besarla o apartarla de un empujón, buscar la calle para provocarse el vómito y deshacerse de lo que acababa de tragar.

—Tranquilo, que no pasa nada, ¿vale? Es más fuerte que las anfetis, pero menos que un tripi. ¿Alguna vez te has comido un tripi?

—Sí, sí que me he comido algún tripi, pero las meskas no tienen nada que ver con las anfetis.

—Vale, Iuliano, era por si no controlabas el tema y te entraba un poco de cague.

—¡Qué cague ni que hostias, tía! Me podías haber preguntado antes...

—No te enfades, que lo vamos a pasar de puta madre, tarda media hora o poco más en «subir». Vine hace unos días de unas pequeñas vacaciones en Valencia y traje unos «recados» para la cuadrilla. Allí la peña se pone hasta las cejas con esto.

—¡Joder, tía!

Miren, que se mantenía al lado de la pareja siguiendo el concierto, con algo menos de entusiasmo que ellos, terció en la conversación de la que hasta al momento, parecía ausente.

—Ya la irás conociendo, es una cabrona.

—¿Tú también te has comido otra meska?

—¿Yo? ¡Qué va! Mañana, aunque es sábado, tengo que ir a la academia para recuperar un par de suspensos en septiembre. No estoy para mucho lío esta noche.

—¡Vamos a bailar! —propone Itzi tirando de la mano de su amiga hacia el núcleo más enfervorizado frente al escenario.

—¡Quita! Que eso es una locura —niega Miren deshaciéndose de la mano que tiraba de ella.

Julen, que anteriormente había estado a punto de lanzarse al tumulto, pone sus manos en la cintura de Itzi, dirigiéndola hacia el escenario.

—¿Quieres guerra? ¡Pues a la guerra! —le dice, situándose ambos en medio del tumulto.

Una vez dentro, cada uno se olvida del otro. Intentan mantener, con sus brazos, un entorno más o menos seguro entre docenas de empujones y choques entre los que bailaban, que insistentes, cada vez que sus saltos y movimientos les alejan del centro del jaleo, regresan tozudos a él, como si de un enjambre se tratase y cuyas abejas rehusaran bajo ningún pretexto abandonar la formación.

Itzi comienza a ser foco de atención para bastantes chicos. «¡Es un ángel en mitad de una horda de orcos!», piensa Julen y se sonríe a su ocurrencia mientras sus caras, frente a frente, se dedican la letra de la canción.

«El rebaño está tranquilo, los perros lo han recogido,
mientras tanto en los despachos, se cogen buenos empachos».

De nuevo, una fuerza como una ola, arrastra a Julen al interior del grupo que baila enfervorecido, pero percibe que algo no va bien. Resulta imposible salir del núcleo del público que se había arrojado a bailar.

«No quiero que me retraten, no quiero que me clasifiquen, no quiero que me plastifiquen».

Itzi desaparece de su vista momentáneamente. Un tipo bastante mayor para la media de edad de los asistentes al concierto, la sujeta por el talle moviéndose como si bailase, mientras manosea su pecho y la arrastra hacia un lado de la sala. La chica forcejea resistiéndose, pero el público, centrado en el concierto, no se da cuenta.

«No eres persona, no eres humano, eres carnet de identidad.

35 millones de borregos archivados en la Dirección General de Seguridad».

Julen abandona las formas pactadas por todos los que bailan *pogo*, para salir del tumulto como sea y llegar hasta Itzi. Ahora sí, la gente próxima a ella, se percata de que algo raro ocurre, abriéndose en un corrillo.

—¡Suéltame, hijo de puta!

El agresor la suelta y retrocede sonriente para diluirse entre el gentío. Pero la sonrisa le dura poco. Miren, que también ha contemplado la escena, logra abrirse paso entre la gente y, a espaldas de aquel hombre, se aferra a su largo pelo, tirando de él con tal intensidad que el tipo grita tanto que su voz casi compite con la del cantante.

«Entre montañas de basura, industrias, polución,
bancos y la ría, está el puto Botxo.¹²

¹² Botxo es el sobrenombre con el que los bilbaínos denominan de una manera afectuosa y familiar a su ciudad, por estar rodeada de montes.

No hay currelo, solo miedo y represión.

Bilbao, mierda, *rock and roll*. Bilbao, mierda, *rock and roll*».

Las manos que hacía unos segundos estrujaban unos pechos, intentan ahora librarse de las que tiran de su cabello. Miren tira de su pelo como si se sujetase a una escala para ascender un muro y, de un ágil salto, coloca sus pies sobre las lumbares de él. Itziar, que se vuelve para encararse con su agresor, descubre a su amiga, encaramada como una amazona a lomos de un corcel tirando de sus crines, hasta que consigue derribarlo. Se abre un corrillo de unos dos metros y Miren, reptando de espaldas, intenta salir de él, ahora que el tipo se ha soltado, aunque no logra alcanzarla. Itziar acaba de propinarle una patada en las costillas. Sus insultos dan pistas de lo que ha ocurrido a los que miran. El tipo encogido, gira por el suelo esquivando las patadas de Itzi que buscan su entrepierna. Finalmente, logra incorporarse para escapar, momento que ella aprovecha para, esta vez sí, estrellar su pie en un lugar tan doloroso. Julen consigue llegar junto a ellas y se abalanza contra el tipo, pero los dos chicos que controlan la entrada al *gaztetxe*, alertados por el tumulto se interponen para mantener la situación en calma.

—¡Pero qué hostias pasa! ¿De qué vais?

El de la melena aprovecha la confusión para salir corriendo. Cuando los de las entradas son informados de lo que ha pasado y salen con ellos a buscarlo, ya ha desaparecido.

—Joder, ya siento que por sujetaros ese hijo de puta se haya escapado —se disculpa con ellas uno de los organizadores.

—Lo que ha sido la hostia es cuando tu amiga se le ha subido a la espalda tirándole del pelo, —comenta el otro.

—Mira, Itzi, mira con qué me he quedado del cerdo ese.

Miren le muestra sendos mechones de pelo en sus manos. Después, se desprende de ellos palmeando sus manos, y las dos amigas se abrazan.

—¿Como estás? —pregunta Julen.

—Jodida, humillada, pero, por lo menos, se ha llevado una buena patada en los huevos, pero venga, que esto no nos corte. ¡Vamos dentro!

No pueden recuperar su posición en la parte delantera y se quedan en una situación intermedia. Julen pone en los labios de Itzi el porro que tenía ya preparado, le da fuego y después un beso en su mejilla.

—Sois muy valientes.

Los dos están de nuevo sudando y, al mirarse, son capaces de reconocerse en muy diferentes emociones. No hacía falta añadir una sola palabra. Julen después recibe el porro, le da tres o cuatro caladas y se lo pasa a Miren. La actuación continúa y sus voces se unen a las del resto.

«Pánico en las calles allá por donde vas, pánico en las calles, ¡una vez más!

Cuatro encapuchados se están haciendo fuertes, cuatro encapuchados atrincherados.

Llegó la Policía, les metieron entre rejas, sufrieron la bañera¹³, en comisaría».

13 La bañera es una técnica de tortura en la que se provoca la asfixia del detenido al sumergir su cabeza en el agua.

Media hora después termina el concierto y Miren se despide de su amiga. Las amigas se abrazan y se dan un par de besos en sus mejillas.

—Vete tranquila, Miren, estoy bien, de verdad, pero aún sigo alucinada de cómo te subiste a su espalda.

—Calla, calla, que ahora al pensarlo me cago de miedo.

—Gracias, y a ti también, Julen, que ya vi cómo intentabas salir del mogollón de gente bailando y venir.

—Ya, pero para cuando llegué ya lo habíais arreglado.

—Ya has visto que somos de cuidado —bromea Miren.

—Ya lo creo.

—Mañana nos llamamos y hablamos.

—De acuerdo, mañana nos llamamos —le responde Itzi a su amiga.

—Bueno, guapo, espero que volvamos a encontrarnos en algún otro concierto —le dedica Miren a Julen.

—Claro.

El batería del grupo llama la atención de Itzi para que no olviden la mochila. Están recogiendo los instrumentos y charlan un rato con un par de miembros de la banda, comentando lo mucho que han disfrutado e incluso Itzi les cuenta la agresión sufrida y la rápida reacción de sus amigos para defenderla. Así los ha llamado, amigos, algo que encandila a Julen. Ya con la mochila a sus espaldas y en la calle los dos se miran dudando qué hacer.

—Eso que me has dado de comer...

—No notas nada, ¿verdad? A mí tampoco me ha subido. Me parece que me la han colado.

De pronto, Itzi se lleva una mano a la boca ahogando una carcajada inesperada.

—¡Ay! Que creo que he visto que se te movían las orejas.

Julen no contesta, la mira serio.

—Pero para ya de moverlas, que me voy a mear de risa, ¿cómo lo haces?

Entonces el que se empieza a reír es él.

—A ver, una prueba. ¡Que no se muevan!

Y las orejas de Julen se quedan quietas.

—Ahora mueve la derecha y luego la izquierda...

Y Julen obedece.

—¡La hostia, tío! Ja ja... Podrías ganarte la vida en el circo.

Se ríe con tal fuerza que se le saltan las lágrimas.

—Oye, Itzi, me parece que esas meskas, igual no estaban tan mal.

—Ya te digo.

—Vamos a tomar algo.

A cada paso que dan, perciben una sensación eufórica y placentera. Se hablan atropelladamente, pisándose preguntas y respuestas, se diría que sus mentes se han sincronizado para que el subidón de las mescalinas fuese simultáneo. Necesitando uno de las ocurrencias del otro para dar forma a una experiencia que solo durará mientras sus ingenios sigan transitando por una cuerda floja, de la que están seguros de no caerse.

LIBRO DE DOLOR

1931

7. Fernando

El mismo día que se proclamaba la Segunda República, Fernando recibió una carta de su novia que también supuso un cambio de régimen entre ellos. No habían podido verse mucho durante el último invierno, no dejaba de nevar y la vía férrea del hullero, sufría numerosos cortes y al tiempo que el invierno iba enfriando toda la región, hizo lo mismo con el interés de Pilar por él. La carta, que había llegado en el tren, llevaba un par de días olvidada sobre la mesa del jefe de estación de Cistierna. Al tiempo que comenzaban a llegar las noticias de la proclamación de la República, Fernando se acercó por la estación para constatar que todo estaba en orden. Allí le entregaron su correspondencia, y tras leerla habría salido al andén a descerrajar con su fusil máuser cuatro tiros al primer bicho viviente que se le cruzase. El texto de la carta, frío, desprovisto de cariño, le revelaba de manera escueta, que la «relación» entre ambos, se daba por terminada. Que la distancia le había hecho a ella darse cuenta de que no era amor lo que sentía por él, sino un sincero cariño que nunca podría ir más allá de una simple amistad, para finalizar la carta deseándole buena suerte.

Dudó en partir de inmediato a La Vecilla y hablar con ella, intentar conocer qué motivos la empujaban a tomar tal decisión, pero la prudencia y, sobre todo, el orgullo, le hacían refrenarse en tal propósito. Antes de hablar con ella, lo haría con su padre, pues era consciente de que el sargento Matamoros veía con muy buenos ojos la relación que mantenía con su hija. Quizá el buen seso del sargento hiciese entrar en razón a Pilar.

Le exasperaba que ella se despidiese con un «buena suerte» y no apareciese ni un «lo siento» ni nada parecido. La última vez que estuvieron juntos se armó de valor y le dijo al despedirse que la amaba y ella bajó la mirada en el andén, le abrazó y le respondió con una sonrisa al tiempo que él se subía al tren. En aquel momento, atribuyó aquella reacción dubitativa a la sorpresa por escuchar su confesión de amor y la sonrisa con la que le despidió, le convenció de que el «yo también te amo» que anhelaba escuchar de sus labios llegaría en el próximo encuentro. Pensar en ello le hacía sentirse ridículo.

Dejó que pasase un día antes de entablar contacto con el sargento Matamoros. Luego dejó que pasaran dos más y así hasta una semana. A finales del mes de abril ya se había convencido de que no haría absolutamente nada, consiguiendo con tal estrategia proteger su orgullo, pero alimentando el resquemor. Pasaba todo el tiempo pensando en ella, pero la sola idea de encontrarse y sentir su rechazo a la cara, le hacía desistir de tal propósito. Así que se entregó en cuerpo y alma a su trabajo. Durante los meses precedentes, le había costado ver a los mineros

como un peligro, como elementos totalmente desafectos a la patria que con sus huelgas, ponían en serio peligro la prosperidad del país. Porque un país no se podía construir desde la base de la igualdad, como proclamaban los sindicalistas, debía ser, como bien decían en el cuartel o le escuchaba a su padre cuando era niño, desde el orden y la prosperidad de las personas de bien, eran los empresarios y clases adineradas quienes, por tanto, serían los garantes de dar trabajo y estabilidad al pueblo.

Fernando asistía en numerosas ocasiones junto a sus compañeros, a reprimir huelgas o disolver asambleas de trabajadores, en las que se proferían toda clase de consignas contra lo que él empezaba a entender como la España de Orden. Ser el más benjamín del destacamento de Cistierna, le coartaba en cierta medida de mostrarse con la rudeza que lo hacía el resto de guardias. Incluso entre los huelguistas que, al verlo tan joven, mostraban cierta mesura con él y no le hacían blanco de su ira e insultos, como al resto de uniformados.

Todo eso cambió una tarde en la que se desplazaron como refuerzo a la población palentina de Guardo. Los guardias custodiaban al acceso a las oficinas de una mina. Tras una prolongada huelga, la dirección había despedido a un buen número de trabajadores, por eso, ante ellos, una multitud enfervorizada de mineros y familiares protestaban amenazando seriamente con abalanzarse contra el cordón de guardias y asaltar aquel lugar.

Fernando cargó su máuser y disparó al aire. La detonación acaparó la atención de todos, seguidamente volvió a hacerlo, repitiendo el gesto, ahora sí, contra la multitud. Sin señalarse un objetivo concreto, disparó contra la masa. Dio un paso al frente, destacándose de entre el piquete de guardias y ya no pudo parar de disparar, con el cañón apuntando ligeramente bajo hacia las piernas de los congregados. Los demás guardias imitaron su gesto, desatando una tormenta de disparos que disolvió la protesta en pocos segundos.

Allí quedaron tendidos un par de huelguistas heridos y, seguido su sargento le apartó de la vista del gentío, antes de que se pudiesen reagrupar y tomasen represalias contra él, pues era fácilmente identificable por su juventud. Por la noche, en el camión de vuelta hacia Cistierna, tras constatar por el mando local que la situación quedaba controlada al llegar otros refuerzos del sur de la provincia, ninguno de sus compañeros le reprochó nada, sino todo lo contrario.

—¡Con lo tranquilo que parecías!

—Les hiciste correr como ratas.

En los meses que llevaba destinado en aquel acuartelamiento, había sido testigo de bastantes detenciones, participado en algunas, pero solo a título de conformar el número de agentes preciso. A partir de ese momento, comenzó a ganarse la confianza para participar en otras labores, como escarmentar a los detenidos en los calabozos o «ayudar» a sacarles información. Así, con una dedicación exhaustiva al trabajo se conjuró a borrar de su cabeza el recuerdo de Pilar.

En las horas muertas, que también las había, se dedicaba a leer informes de crímenes, de robos, poniéndose al día de la mayoría de hechos luctuosos sucedidos por la provincia. Es así como le sorprendió encontrar varios casos de desapariciones de niños y Gabrielín, que nunca se había ido de su recuerdo, comenzó a ser una compañía constante. Lo mismo recordaba cómo, siendo un niño, jugaba con sus amigos a hacer correr los aros, acudiendo siempre con el suyo y el aro huérfano de su hermano, que se imaginaba a su mellizo allí, a su lado, sentado en una silla junto a su escritorio, con sus pantalones cortos, con la piernas balanceándose en el aire sin llegar a tocar el suelo, mientras dirigía su mirada a las carpetas de las que Fernando extraía los informes buscando algo que relacionase la desaparición de su hermano, con aquella otra media docena de casos no muy documentados. Todos sucedidos en distintos años y concentrados en el

tramo leonés de la línea ferroviaria del hullero que discurre entre La Robla y Bilbao. Aquellos casos estaban fechados a lo largo de los diez años posteriores a la desaparición de su hermano. Todos presentaban similitudes, los niños desaparecían incomprensiblemente sin dejar ni rastro y de solo tres se encontraron los cuerpos bastante tiempo después de su desaparición.

Uno de ellos fue descubierto por un perro pastor que no cesaba de escarbar en un paraje cercano a las vías por el que pastaba su rebaño. Los otros dos fueron hallados también a la salida de sendos barrancos intransitables a los que su asesino los habría arrojado. Por lo visto, y a tenor del estado de descomposición, esos dos menores habrían sido arrastrados por las crecidas de los ríos.

Los tres cuerpos estaban totalmente desnudos y, a pesar del mal estado de los mismos, se pudo llegar a la conclusión, tras un protocolario análisis forense, de que los dos que habían sido arrastrados por las aguas habían sido sodomizados. Fernando estaba seguro de que los críos que no habían aparecido habrían sufrido la misma suerte. Aquellas desapariciones se habían ido sucediendo en pueblos por los que pasaba la línea de tren, lo que evidenciaba que podían estar relacionadas, pero la desaparición de Gabrielín era anterior y se hallaba fuera de las chinchetas que había ido clavando en un mapa de la provincia de León. Seis puntos que trazaban una línea serpenteante a lo largo del trazado del ferrocarril, de oeste a este, si tomaba como punto de partida Valdepiélagos y concluía precisamente en Guardo, ya en Palencia.

Comentó con su superior las conclusiones a las que estaba llegando y aunque este, al principio, se mostró dubitativo, la insistencia de Fernando le convenció de que quizá podían tener una base fundada. Así que cursó distintas peticiones para recibir copias de los informes que en cada uno de los pueblos se hubiesen confeccionado a tenor de las citadas desapariciones.

No completó la recepción de todas hasta pasado medio año, la última precisamente en llegar, lo hizo desde el cuartel de La Vecilla y llegó a manos del mismo capitán Matamoros. Desde que recibiese Fernando la carta de Pilar, no había vuelto a poner los pies en aquel pueblo.

Cuando vio al sargento, acompañado de dos números de su destacamento presentarse en el puesto de Cistierna, sintió un nudo en el estómago, tal cual que si hubiese sido la misma Pilar quien se hubiese acercado por allí.

Matamoros departió unos minutos con su primo el sargento y Fernando, que llevaba ya unas semanas encargándose de las pocas labores administrativas que requería el puesto, escuchó como bajaron la voz cuando empezaron a hablar de él. Así todo logró entender algunas frases inconexas tales como «Nunca ha comentado nada de ella... o «Mi mujer y yo lamentamos mucho la decisión de nuestra hija...». Unos minutos después, Matamoros entró en la oficina del cuartelillo, cerrando tras de sí la puerta y Fernando se puso en pie cuadrándose ante su superior.

—¡A sus órdenes, mi sargento!

—Descanse. cabo.

Al recién llegado le agradó ver que aquel muchacho ya había ascendido.

—No tenía noticia de tu ascenso, felicidades.

—Gracias, mi sargento, mi dedicación al cuerpo es total.

—No lo dudo y, de ello, da buena fe tu interés por este asunto de los niños desaparecidos, que hoy me trae aquí.

—Es todo un detalle por su parte que acuda en persona con esa información.

—No tiene importancia. Ha salido buen día y me apetecía venir a visitar a mi pariente, y aquí estoy, después de haber venido en el tren.

—Al atardecer circulan en dirección de vuelta un par de convoyes que regresan vacíos de carbón desde Bilbao.

—Pues pararemos uno de esos para volver, pero toma asiento, Fernando, vamos a tratar este asunto con tranquilidad.

El sargento acercó una silla sentándose frente a Fernando, a la vez que dejaba en la mesa un par de carpetas con los informes que le traía sobre el asunto de los críos.

—Seis desapariciones de niños en nueve años por esta comarca. Hay otras desapariciones de personas mayores, también de algún crío más por el resto de la provincia y limítrofes, pero no mantienen la relación que has encontrado. Estas seis criaturas vivían en pueblos por los que pasa o lo hace muy cerca la línea del tren. El primero ocurre en 1921 en Cistierna, otro en 1922 en Boñar. El siguiente es en Prado en 1925. Esta criatura tenía el domicilio a un par de kilómetros del pueblo, aun así parece correcto incluirla en la lista. Después ocurre otra de nuevo en Cistierna en 1926. La siguiente es en 1927 en Valdepiélagos, y la última en 1929 en Guardo.

—Falta la primera de todas que sería la de mi hermano Gabriel, en 1920.

Lo sé, pero vuestro pueblo se encuentra a demasiada distancia de la línea ferroviaria como para asociar esa desaparición a estas otras que, en verdad, presentan un patrón claro. Desde que me solicitaron esta información hasta ahora he estado revisando los expedientes de cada una de ellas, como veo que has estado haciendo tú.

—Así es, mi sargento.

—Ese mapa que tienes ahí en la pared con las chinchetas en cada localidad es muy gráfico, pero debes entender que es posible que el asunto de tu hermano no tenga relación, aunque por fechas resultaría ser el primero.

—Se debería centrar la investigación buscando sospechosos a lo largo de ese tramo de vía.

—Eso son unos sesenta kilómetros y en su momento no se encontró nada. Piensa que, aunque las desapariciones sucedieron entre esos puntos, el supuesto criminal, siempre que hablemos de que sea el mismo y que los casos estén vinculados al tren, podría ser de otro lugar y también asociado al tren, lo que nos abarcaría toda la línea. Hay que buscar más desapariciones en otros lugares siguiendo como eje la vía férrea, para concretar la investigación en una zona, no en toda la línea.

—Eso eternizaría el caso. Si acaso hubiese sido capturado un solo criminal confeso de asesinatos a niños en la zona y en ese intervalo de tiempo...

—Pero no hay nada de eso, cabo. Reconozco que es un caso frustrante. Así, mirando el mapa que has confeccionado, parece todo tan claro... pero ni antes ni ahora hemos podido ir más allá. En caso de no suceder otro crimen, Dios no lo permita, me temo que estos casos seguirán archivados.

—Lo entiendo, pero seguiré alerta.

—Me parece correcto. Bueno, y si ahora me lo permites, una vez que hemos tratado este asunto...

—Disculpe por no habérselo dicho antes, sargento, pero espero que su familia se encuentre bien.

Matamoros alzó las cejas, dejó el tricornio que sujetaba entre las manos sobre las carpetas de las investigaciones de Fernando y respondió con aire de fatiga.

—Mi esposa e hija están perfectamente, pero es precisamente de Pilar de quien te quería hablar.

Los dos se miraron fijamente. Ahora se daba cuenta el sargento de que Fernando se había dejado un fino y perfilado bigote. Que el cabello le había crecido, pero que lo peinaba a raya, con esmero, que se mostraba bien afeitado, ofreciendo, a su juicio, una excelente imagen. Además, había ascendido a cabo, lo que le hizo constatar, satisfecho, que no se equivocó en su día cuando predijo que aquel joven que destinaban a su cuartel era de los que valían para el cuerpo, uno de los que, como él, hacían de la disciplina su mejor virtud.

Fernando echó mano a un cajón sacando de él un sobre.

—Esta es, mi sargento, la carta que me envió Pilar. En ella me dijo que daba por finalizados nuestros encuentros.

Fernando la extrajo del sobre y se la extendió al padre de la chica.

—¿Quieres que la lea?

—Hágalo. En ella no se va a encontrar nada distinto a lo que le he dicho.

Matamoros tomó el papel para sí y, en pocos segundos, dio cuenta de su contenido. Efectivamente, como Fernando decía, su hija no había sido muy explícita, limitándose a informarle a Fernando de que lo que hubiese habido entre ellos, quedaba en nada.

—Mi mujer y yo lamentamos la decisión de Pilar. Ante la extrañeza de que pasasen varias semanas desde tu última visita, finalmente ella nos confesó que te había enviado esta carta. Intentamos hacerle cambiar de parecer, pero no hubo manera. Imagino que para ti sería un duro golpe.

Fernando intentaba mantener la compostura, pero así todo, Matamoros acertó a sospechar en el chico cierta incomodidad al morderse el labio inferior.

—Bueno, es posible que el estar separados influyese de alguna forma, pero la verdad es que no sé nada más. Dudé en ir a pedirle explicaciones...

—Censuro su proceder. Debió actuar de otra manera, por Dios.

—No creo que yo le diese motivo ninguno a Pilar para ser tan seca, si usted me permite decirlo así. Ya le digo que estuve a punto de ir, pero finalmente no lo hice.

—Por supuesto que no, ¡eres un hombre! Y cuando toca encajar las hostias, ¡pues a encajarlas! Aunque algunas duelen más que las que puedas recibir en cualquier refriega.

Fernando asentía, sintiéndose ahora orgulloso de su actitud. No había día que no sopesase si había hecho lo correcto y, ahora, tenía ante él al padre de la mujer que amaba, o que amó... recibiendo de él el mejor regalo que podían escuchar sus oídos: que había actuado con hombría.

—En cualquier caso, saludela de mi parte. Quién sabe, quizá pasado el tiempo...

El capitán frunció el ceño negando con la cabeza.

—Mira, Fernando, yo creo que esto ya es agua pasada, al menos yo, en tu lugar, así me lo tomaría. Además, luego está ese amigo tuyo...

Fernando puso los ojos como platos.

—¿Un amigo mío?

—Uno que tiene una bicicleta, un minero medio manco de una mano.

—Ese es Julio. ¿No me dirá que andan juntos?

—Ella lo niega, pero él pájaro le ronda. Me he enterado de que se han visto varios domingos, cuando Pilar y sus amigas pasean y se acercan por la cantina de la estación a tomar una limonada. ¿Es buen amigo tuyo?

Fernando se tomó unos segundos para responder.

—Hasta ahora creía que sí.

—Hace un par de semanas pregunté en la cantina desde donde venía aquel y ya me enteré de que es minero y qué tipejo es su padre.

—¿Juanón? Su padre es un buen hombre.

—A mí el nombre de Juanón no me decía mucho, aunque de algo me sonaba el apodo, además, la cara de tu amigo me resultaba familiar y a mí, puede que se me escape algún nombre, pero nunca olvido una cara.

Aquella manera de recalcar por parte del capitán su buena memoria, centró aún más la atención de Fernando sobre aquel asunto.

—Y cuando me dijeron que el padre tenía la nariz ligeramente desviada para un lado y que, cuando sonrío, le falta uno de los dientes del medio, caí en la cuenta de quién era.

—Perdone, mi capitán, pero pondría la mano en el fuego a que Juanón es uno de los mineros más estimados por don Gil, el dueño del pozo de la Virgen Dolorosa.

—Ya veo que no estás enterado de nada. Juanón sabe ser discreto y, por otro lado, ese don Gil, que es un beato y un iluminado, vive en la fantasía de que al pozo de Dolor no le llegarán ni las huelgas ni los jaleos que hay en otras minas. Hasta ahora le ha funcionado, pero con los nuevos tiempos que se avecinan, con esta República caótica, su idílica mina perdida en las cumbres dejará de ser el remanso de paz del que tanto alardea. Hace tiempo, Juanón tuvo un lío, y gordo, porque lo tuvo conmigo.

—No tengo ni idea de a qué se refiriere.

—En 1920, estaba destinado en La Robla. Acababa de estrenar mis galones de cabo cuando tuve que acudir con media docena de guardias a reforzar el puesto de Matallana. Allí se había montado un jaleo cojonudo a cuenta de un ingeniero inglés. Los mineros en huelga, además de pedir mejora en el jornal, exigían su traslado a cuenta del trato que mantenía con ellos. Esa mañana andábamos por allí de ronda, previsores, por si se nos ordenaba intervenir, al tiempo que un tipo joven, y que trabajaba de mecánico en los lavaderos de carbón, llevaba toda la mañana animando a sus compañeros a parar para solidarizarse con los mineros.

—¿Y no intervinieron para pararle los pies al agitador?

—Las órdenes eran permanecer a la expectativa. Nada hacía suponer que el conflicto fuese a extenderse. El caso es que aquel mecánico tenía una labia cojonuda y poco le importaba que fuésemos testigos de su actividad. Finalmente, consiguió su propósito y, al mediodía, todos los mecánicos de otras compañías habían parado. La huelga comenzaba a extenderse.

—Vaya.

—No debimos haber subestimado a aquel tipo, pero claro, aún no teníamos constancia de su identidad...

—¿Y quién era?

—Buenaventura Durruti.

—¡Caramba! ¿El anarquista?

—El criminal, el asesino, el salteador de bancos...

Fernando asintió sin responder. De pronto, regresaban a su memoria vagos recuerdos de su infancia. Escuchando hablar de aquel a los mineros sentados en Dolor al anochecer, a la puerta de cualquier casa, echando un trago de vino o aguardiente, tras una dura jornada en la mina. Y era verdad que era Juanón quien ponía al resto al tanto de las andanzas que se iban conociendo «del más famoso paisano de León» o «el león de León».

Comentarios a los que los críos ponían el oído si los mayores no se percataban, pero que no iban mucho más allá que interesarse un poco por el mundo de los adultos, que parecía tan aburrido. Quizá en aquella época Juanón aún no tenía la nariz torcida, porque de aquello sí que se acuerda, por gastar bromas y enzarzarse en peleas con Julio y Ramiro, al reírse del aspecto de su padre. Quizá, después de que se deformase el rostro de Juanón, dejase de escuchar las andanzas del tal Buenaventura. A su vez, el capitán seguía con su relato.

—Durruti apareció subido a un muro lanzando arengas a la multitud, porque ya era una multitud la que le escuchaba. Debían estar allí casi todos los hombres de Matallana, de los pueblos ribereños del valle y muchas de sus mujeres también. Entonces supimos quién era porque, para entonces, había comenzado a ser conocido y pasado varias veces por la cárcel. Al sumarse los mecánicos al paro, Durruti se incorporó al comité de huelga y condujo a toda aquella masa hacia las oficinas de la mina para reunirse con el gerente inglés. Desplegué a cinco de mis hombres ante la puerta mientras envié a otro en busca de más refuerzos al cuartel, por si aquello se desmadraba. Así que subí con un ordenanza de la compañía hasta la oficina del señor Davis pero este no estaba por la labor de recibir a nadie. El que se mostraba bastante nervioso era el ordenanza, que le contestó diciendo que al frente de aquella algarada estaba el sindicalista Buenaventura Durruti.

—Buena sorpresa se llevaría el gerente.

—Ni te imaginas. Al oír aquel flacucho inglés su nombre, le palideció la cara. Sentado detrás de su escritorio, con aquel clavelito blanco en el ojal de la chaqueta de su traje, parecía encogerse ante la insistencia del ordenanza para que recibiese a la delegación de los huelguistas. Aun así, le indicó que les dijese que le era imposible recibirlos, que quizá a la mañana siguiente. Supongo que solo trataba de ganar tiempo. El ordenanza bajó atropelladamente por las escaleras, sujetándose al cinturón, una cartuchera con una pistola, que el propio gerente sacó de un cajón entregándosela cuando se dirigía a cumplir con sus instrucciones. No era buena idea armar al ordenanza, pero ante los gritos amenazantes que llegaban del exterior, no se lo impedí. Cuando se dirigió al comité de huelga, Durruti se le quedó mirando la pistola al cinto y se rio. Luego le dijo que se estuviese tranquilo, que estaba entre compañeros y que allí no le iba a pasar nada a nadie, excepto al gerente si seguía en sus trece de no recibirlos, porque entonces él mismo subiría a su oficina y lo arrojaría por la ventana. Así que de nuevo el ordenanza escaleras arriba.

»Poco después, bajó el señor Davis y de manera extremadamente empalagosa y refinada, invitó al comité de huelga a su despacho. Me quedé abajo, vigilante ante el gentío hasta que llegaron una docena más de guardias, entonces subí al despacho y me quedé plantado ante la puerta escuchando aquellas voces. Parecía mentira que aquello fuese una negociación, más parecía una disputa de bar, cruzándose insultos. El inglés había recuperado la soberbia y no se amilanaba, pero todo fachada. Estaba claro que si allí no se llegaba a un acuerdo, se iban a repartir hostias como panes.

—¿Y qué sucedió al final?

—Pues que las demandas de los mineros fueron satisfechas, pero el asunto se estaba alargando de más porque Durruti defendía con ardor que el gerente se largase. Reconozco que me hizo hasta gracia. Al final, aquel asunto estaba punto de tirar por tierra el pacto alcanzado. Ante la insistencia del comité de huelga, el gerente se puso en contacto por teléfono con sus superiores para exponer lo absurdo de aquella petición cuando ya había un acuerdo.

—Y no me diga que...

—Que sí, que los mineros volvieron al tajo y, un par de días después, bajo la amenaza del comité de volver a la huelga, el gerente Davis fue trasladado a otra mina.

—¿Y qué tiene que ver Juanón con todo esto? Que yo sepa, siempre ha trabajado en la mina de Dolor.

—Cuando terminó la reunión, se improvisó en la calle una nueva asamblea. A mí ya me estaban hinchando mucho los cojones, así que pegamos cuatro voces mandándolos a casa. Ya estaban a punto de marchar, cuando otra vez irrumpió Durruti sobre la misma tapia empezando de nuevo con sus arengas, así que dirigí a todos mis guardias en tropel hacia allí para disolverlos. Un tipo que había estado en las primeras líneas de los tumultos, que destacaba por ser más alto que los demás...

—¿Juanón?

—Debió escuchar que lo íbamos a detener y se me quedó plantado delante, me miraba fijamente, como retándome, y claro... ya me entiendes, ¿no? La hostia con la culata que le iba a haber sacudido a Durruti para reducirlo, se la llevó él. Tampoco fue muy fuerte, pero al recibirla en la boca... Así que ahí debió de perder el diente. Por su parte, Durruti, con la confusión que se desató, desapareció de la escena.

—¿Y cómo reaccionó la gente?

—Unos gritos, un par de proclamas, pegamos dos tiros al aire y se fueron. Que tampoco tendrían gana de líos, que acababan de ganar una huelga y querían celebrarlo. Más tarde, cuando se repuso el de los morros rotos, escuché que alguien de los talleres le decía que las bombas que había llevado a reparar, no estarían listas aún en dos o tres días.

»Así que se marchó o no se marchó a su pueblo, que yo ni sabía cuál era, y me olvidé de él, hasta justo tres días después que me lo volví a encontrar cuando, de nuevo, estábamos a punto de detener a Durruti en una cantina de Matallana. Sabíamos que a diario y después de comer se tomaba allí un café, un orujo y se quedaba ojeando algún libro o panfleto de esos que lee esta gentuza anarquista. Sería su único momento de calma, porque cada vez que caminaba por la calle, cualquiera de los que le reconocían se le acercaba a estrecharle la mano. Aquello me enervaba.

»Al irrumpir en la taberna, sentado a su frente estaba tu vecino Juanón y le alertó. Durruti saltó por la encima de la barra del bar y cuando tu vecino vio que me echaba el fusil al hombro, para descerrarle un tiro, se abalanzó contra mí aferrándose a mi arma y provocando que con el forcejeo, el disparo saliese hacia el techo del local. Entonces, sí que se montó jaleo y tuvimos que repartir unos cuantos capones a los que estaban por allí, que no eran muchos, pero no sabíamos qué actitud iban a tomar.

»Juanón, visto lo sucedido, alzó sus brazos para entregarse y, bueno, al tenerlo de nuevo enfrente sí que le estampé con todas mis ganas la culata del fusil contra su cara, poniéndole la nariz mirando para un lado. Buenaventura Durruti desapareció. Supongo que cualquiera lo ocultaría o le ayudaría a escapar. Desde entonces, sigo las noticias de todas sus andanzas, que si por el Bierzo, por Coruña, por Asturias, Bilbao... Ahora debe estar fuera de España, pero seguro que con la amnistía que ha decretado el Gobierno para con lo que se les ha ocurrido llamar delitos políticos, pronto volverá para liarla. Aquel día, Juanón terminó en el calabozo y esa noche le calentamos bien para que no pasara frío. Al día siguiente, apareció un empresario minero preguntando por uno de sus empleados.

—Don Gil.

—Claro, no le llegaron sus bombas de agua y alguien le diría que lo teníamos preso. Me confesó que estaba realmente sorprendido, pues a su empleado no se le conocía vinculación política alguna.

—Igual era verdad.

—Puede, pero me tocaba mucho los cojones soltarlo sin más, solo porque un tipo rico cree que puede salirse con la suya, aunque tampoco ganaba nada contradiciendo al patrón de una mina. Así que se lo llevó en una camioneta, aunque finalmente me ganó ese don Gil cuando con todo su desprecio le dijo a Juanón que se dejase de monsergas de ir a un dispensario o médico a cuenta de la nariz rota, que ya se la arreglaría en la mina uno que hacía de veterinario con las mulas. Pero de todo esto, lo que me hace hervir la sangre es que mi hija se encapriche del hijo del minero que dos veces salvó el pellejo de ese agitador anarquista delante de mí.

Fernando asiente porque su sangre también hierve, aunque, en su caso, porque imagina a Julio yendo a reunirse con Pilar en la bicicleta que él mismo le regaló.

8. León

Isidro Matamoros estaba decidido a poner fin a la relación entre su hija y Julio, pero no servía de nada regañarla recurriendo a cuestiones pasadas con Juanón. Pilar les dejaba bien claro que estaba enamorada de Julio y se encaraba con ellos argumentando que no se iba a casar con el padre, sino con el hijo. Ahí fue cuando el sargento la abofeteó y le prohibió salir del cuartel ante la indecisión de la madre, que no se posicionaba. A solas con la hija hablaba de banalidades y, cuando la muchacha suplicaba por su apoyo, simplemente le aconsejaba ser paciente, ya que el tiempo sana cualquier mal del corazón.

Julio llevaba tres semanas sin ver a Pilar. La cita habitual era los domingos, pero las dos anteriores semanas le había sido imposible acercarse a causa de las continuas lluvias torrenciales. Un domingo por la mañana, cuando Julio casi había concluido el trayecto en bicicleta y estaba a unos doscientos metros de la cantina de la estación, un hombre que tiraba del ronzal de un asno, cargado de leña y al que acababa de sobrepasar, le detuvo con un silbido.

—Quieto ahí, mozo, no sigas.

Julio puso pie en tierra volviéndose para reconocer a un hombre de mediana edad, conocido parroquiano de la cantina.

—No entres en La Vecilla, que no te espera quien tú crees.

—¿Cómo?

—Vienes a ver a la hija de Matamoros y el sargento ha ordenado al cantinero que avise al cuartelillo si te ve asomar por allí.

—¿Y cómo sabe eso?

—Se lo escuché hace días al cantinero hablarlo con su mujer. Los de la cantina son buena gente, pero el sargento es un mal bicho y, aunque les pese, obedecerán.

—Usted no parece tenerle miedo.

—Miedo le tengo, a la vez que un asco enorme. Mi hijo trabajaba en los pozos de carbón de Matallana y hará cosa de medio año que el sargento entró en mi casa de noche con un par de guardias buscándolo a cuenta de una huelga. Como no lo encontraron y yo me hacía el loco, me soltaron una buena colección de hostias. Desde entonces, mi mozo anda por Asturias, si este cabrón lo caza, me lo deja tieso en cualquier cuneta.

—¡Joder! ¿Y qué hago?

—¡Pues qué vas a hacer! Darte la vuelta.

—Pero tengo que avisar de que he venido.

—Oí que la chica solo sale del cuartelillo si la acompaña la madre.

—¿Pero qué coño les he hecho yo a esos?

—No preguntes cosas que ya sabes... ¿Existir?

—Si por lo menos pudiera alguien decirle que he venido...

El labrador volvió a tirar del burro, adelantando a Julio, que en mitad de la desierta carretera parecía dudar.

—No te lo pienses más, vete a casa y... ¡pero quién me mandará meterme donde no me llaman! Y deja de mi cuenta que la moza se entere de que has venido.

—¿Hará eso por mí?

El labriego detuvo de nuevo al asno y se volvió a los lados cerciorándose de que estaban solos.

—Por supuesto, compañero.

—Muchas gracias.

Al medio día, a la salida de misa, Pilar deambulaba con aparente desgana por delante de la plaza de la iglesia, mientras sus padres conversaban con el alcalde y su esposa. Apoyada en el muro del torreón medieval, miraba hacia el campanario del templo donde había anidado, como cada año, una pareja de cigüeñas. Un hombre que también acababa de salir de misa se detuvo a su lado, señalando sonriente al nido.

—Parece que están dando de comer a su cría.

—Pues sí —respondió cortés.

—Pues disimula y sigue mirando al nido, maja, que parezca que hablamos de ello. Que te cuento que estuve con Julio hace un par de horas, que no podrá venir a verte porque, si lo hace, tu padre le limpia el forro. Quiere que sepas que no se olvida de ti.

Pilar obedecía las instrucciones de aquel señor. Incluso ahora que su padre parecía hacer una pausa en su conversación con el alcalde y la buscaba con la mirada, ella gesticulaba señalando al nido, al que también volvería la vista su padre, para continuar después con su charla.

—¡Que alegría saber de él! Dígale, por favor, que mis padres me van a mandar la semana que viene a León, a casa de la hermana mayor de mi padre. Es viuda y vive sola.

—Que yo no puedo hacer de recadero, maja.

En un segundo vistazo que el sargento dedicó a la escena, reconoció al individuo que hablaba a Pilar, el mismo al que fuese a visitar una noche buscando al cabecilla huelguista de su hijo. Quizá aquel labriego no mintió cuando le juraba por todo el santoral de que no tenía ni idea de dónde se encontraría su mozo cuando él le puso la pistola en el pecho. A fin de cuentas, le sabía tan devoto feligrés como él y, a veces, los padres no tienen culpa de cómo les salgan los hijos. ¡A él se lo iban a decir! Con lo que su hija les estaba haciendo padecer.

—Si ha conseguido usted hablar conmigo, más fácil le será con Julio. Por favor, dígale que le escribiré.

—¡Ay! Pero en qué líos me meto.

El mensaje tardó una semana en llegar a conocimiento de Julio. Coincidiendo con una mejora del tiempo, aquel hombre emprendió el camino por las hoces de Curueño para ascender

a los puertos que limitan con Asturias y tratar la compra de un caballo. Al pasar cercano a Villanueva de la cueva, dejó recado al primer minero con el que se encontró de que, al mediodía siguiente, a su vuelta, debía habar con Julio, el minero que tenía atrofiada una mano.

Julio acudió puntual a la cita, logró escabullirse del trabajo sin que ni el capataz ni cualquiera de sus chivatos se diesen cuenta, y así fue como recibió con alegría el mensaje de Pilar.

—Bueno, bueno, que no es para tanto, mozo, no me abrases tan fuerte, que me vas a romper.

—Muchas gracias, de verdad, muchas gracias.

—Venga, que no las merece.

—El año que viene cumpliré la mayoría de edad.

—He oído que la han rebajado a veintiuno.

—Eso es, y ahora España es una república y están cambiando las leyes. Su padre, por mucho guardia que sea, no podrá obligarla hacer lo que no quiere.

—Una cosa es lo que dice la ley y otra lo que digan quienes la aplican. Ojala tengáis suerte.

Un par de semanas después, Julio recibió una carta. Siempre que llegaba correspondencia dirigida a alguno de los vecinos de Dolor, esta se dejaba en la escuela de Villanueva y, después, el maestro se la daba a alguno de los críos de la aldea minera para que la subiese.

Pilar propuso un domingo concreto para encontrarse. Su tía iría sola a misa, puesto que ella fingiría estar enferma para quedarse sola en casa. Después del oficio religioso, su tía siempre se junta con un grupo de amigas y que se toman un par de vinos quinados en cualquier café de la calle Ancha, y ese domingo, precisamente, no estaría tampoco para comer, pues cada domingo se turnan para hacerlo en la casa de una de las amigas. De esa manera, podrían verse sin problemas y estar varias horas juntos.

La fecha señalada, Julio tomó la bicicleta de madrugada y recorrió los más de sesenta kilómetros que le separaban de León. Antes de las diez de la mañana ya estaba plantado frente al portal de Pilar, que le aguardaba, ya sola, asomada a la ventana de un primer piso. Habían pasado casi tres meses sin verse. Cuando Pilar abrió la puerta del inmueble y se reencontró con aquel apuesto y sonriente joven que portaba una bicicleta, tuvo que llevarse la mano a sus labios para ahogar un grito de emoción. Julio entró en la casa dejando el vehículo en el pasillo y, antes de decirse nada, se besaron profundamente. Se abrazaron con ternura, recorriendo con las manos sus cuerpos, como dos ciegos para reconocerse

—Julio...

—Aquí estoy, Pilar.

Y tirando de su chaqueta, lo condujo hasta su habitación, sentándolo en la cama. Después se fue despojando de su ropa, hasta quedar desnuda. Después, le empujó situándose a horcajadas sobre él y, ahora sí, estalló en risas y, de nuevo, en abrazos a Julio, que a su vez iba desvistiendo. Tras aquella primera cita, Julio fue a visitar a Ramiro al internado de los padres agustinos. Al estar su hermano estudiando en León, sería el nexo entre la pareja. Él enviaría las cartas de Pilar a Julio y entregaría a la chica las que Julio hubiese escrito. El inconveniente residía en cómo contactar Pilar con Ramiro a espaldas de su tía, pero para eso el hermano de Julio era muy imaginativo. Lo mismo se presentaba con todo descaro en casa simulando ser un recadero para entregar un pedido y, ante la confusión de la tía que no recordaba esperar nada y la hilaridad de Pilar, entregarle a esta en un descuido de su tía la carta, o presentarse a la

siguiente ocasión preguntando por el dentista y la tía de Pilar, olvidadiza como se había vuelto, no lo reconocía, para terminar colérica despachando de la puerta a aquel pesado que insistía en ser atendido por el dentista. Ante tales ocurrencias, a Pilar, la llegada de las cartas de Julio de mano de su hermano improvisando tales escenas cómicas le alegraban doblemente. Cuando su tía volvía refunfuñando a su sillón, a continuar tejiendo alguna prenda de punto, Pilar se excusaba con el pretexto de ir a hacer algún recado y, debajo de casa, a la vuelta de la esquina, se encontraba con Ramiro para, entre risas, entregarle la carta que debería dirigir a Julio. En sus mensajes le alertaba de qué próximo domingo podrían verse, así, en víspera de esa fecha otra vez se volvía a indisponer ante su tía, asunto en el que la mujer ya no reparaba que hubiese ocurrido casualmente otro domingo unas semanas atrás.

Los padres de Pilar tardaron tres meses en ir a verla. Para su agrado, su hija se les mostró afable y arrepentida por encapricharse de aquel chico aunque, eso sí, dejaba bien claro que con Fernando no volvería. Tal cuestión para los padres ya era un asunto menor, lo importante era apartar al hijo de aquel anarquista de Pilar. Y así, la madre, cuando volvían de regreso a La Vecilla, le animaba a su esposo a solicitar el traslado a la capital.

—¿No ves qué bien que se ha hecho a León la niña? Allí podría encontrar un buen partido y, aunque dice que nos echa de menos, me ha confesado que le gusta más la vida de ciudad. En eso es como yo, ya sabes lo que me aburro en ese pueblo. Empieza a hacer amigas y no la voy a enredar para que vuelva.

—Ni falta que hace que, en cuanto lo haga, seguro que asoma de nuevo ese gañán.

—Pues piensa que gañanes como ese los puede haber en cualquier sitio...

—No hay de qué preocuparse, mi hermana la tiene atada bien en corto.

—Mira, Isidro, de lo que no hay duda es de que tu hermana está empezando a perder la cabeza. Está mayor y la he encontrado así como... confusa. ¿No te has dado cuenta de que chochea?

Entonces Isidro refunfuñaba algo indefinible mientras seguía conduciendo, daba un par de caladas a un cigarro e intentaba llevar la conversación por distintos derroteros. Lo de irse a la capital no lo acaba de ver claro. Aunque podría ser una plaza más tranquila que un cuartel a pie de mina, él no quería eso, él estaba para cumplir con un cometido y presentía que, más pronto que tarde, las cosas se iban a poner feas, muy feas para todos.

1932-1934

9. Casa Sátor

Isabel y Juanón estaban encantados con aquella treta para que Julio mantuviese correspondencia con Pilar porque, casi todas las semanas, recibían carta de Ramiro.

Al abrir el sobre que, a su vez, contenía un segundo dirigido a Julio, aparecían algunas letras del benjamín de la familia. Así supieron que pronto dejaría el internado, sus estudios progresaban notablemente, pero que se había matriculado en la escuela de veterinaria. Como necesitaba más dinero, se empleó en una bodeguilla en el barrio Húmedo¹⁴ de León, un laberinto de estrechas callejuelas medievales en el que proliferaban un buen número de tabernas. Una de estas era regentada por Sátor, un antiguo mecánico de los talleres del ferrocarril que, años atrás, al perder medio pie derecho seccionado por la rueda de un vagón, aceptó la oferta laboral de un anciano tabernero que se estaba quedando ciego y necesitaba ayuda. El viejo, que moriría un par de años después, tuvo a bien dejarle su humilde local que fue rebautizado como Casa Sátor, convertido, poco tiempo después, en todo un referente para los anarquistas de la capital.

Ramiro frecuentaba aquella taberna con un par de compañeros, por tener los precios más bajos de todo León y, así, fue trabando confianza con Sátor. Hacía ya unos meses que aquel pie mal curado se hinchaba y era muy posible que tuviese que pasar de nuevo por la mesa de operaciones para amputar la extremidad por encima de su tobillo, así que, escuchándolo un día Ramiro, valorar con un parroquiano la posibilidad de contratar a alguien, él mismo se ofreció al tabernero a cambio de cama, comida y un jornal que le permitiese sufragar sus estudios. Echaron cuentas y vieron que era posible hacerlo. Así que Ramiro iba por las mañanas a clase y, al salir, comenzaba su jornada en el bar hasta que este cerraba. Por tal motivo, en las cartas a sus padres, además de su día a día, empezó a hablarles de unas ideas libertarias que iban calando en su cabeza. A Juanón, que nunca respondía a los lamentos de Isabel, preocupada por las consecuencias que aquel entusiasmo político pudiese tener a futuro para con Ramiro, le agradaba ver cómo la simiente libertaria arraigaba en el pensar de su hijo. Él mismo podría ser anarquista, o quizá comunista, o puede que socialista. Desde su percepción personal, no apreciaba grandes diferencias, simplemente se sentía próximo a cualquiera que defendiese la libertad y los derechos de los trabajadores. Pero a Dolor aquello no llegaba, puesto que todos habían consentido con las condiciones impuestas por el patrón, que se ganaba la sumisión de sus empleados permitiéndoles ocupar unas casas que nunca serían propias. Quedarse sin trabajo suponía permanecer sin techo, por eso, la mayoría se convencía de que no estaban tan mal, mientras el patrón y su Mastín permanecían alerta ante cualquier atisbo de disidencia. Así que, cuando Juanón veía en el espejo su nariz ligeramente

¹⁴ El origen de la denominación de Húmedo, para con el barrio que rodea principalmente las plazas de San Martín y Mayor, un casco antiguo, antigua judería, que acoge numerosísimas tabernas y restaurantes, es difuso. Tal denominación podría ser posterior a la época del relato. Aún así, siendo además en la actualidad la denominación popular empleada para referirse a esa parte de la ciudad, el autor se toma la licencia de adoptarla para conferir agilidad en la narración.

torcida por el culatazo de un guardiacivil, constataba, aunque solo fuese una vez, que él también había puesto de su parte en la lucha obrera, ayudando a Buenaventura Durruti a evitar ser capturado.

Una noche, tras la cena, le confesó a Julio las condiciones en las que aquel altercado se produjo y los motivos que le habían empujado a mantenerlo en secreto, para no interferir en sus vidas y su hijo, que desde hacía tiempo albergaba ideas combativas respecto a su condición de trabajador le hizo partícipe de aquella anécdota a su hermano en la siguiente carta y como entre Sátor y Ramiro se estaba tejiendo una sincera amistad, terminó contándole al tabernero de qué manera conoció su padre en Matallana al mítico líder anarquista.

—Pues conozco bien a Buenaventura. Fui compañero de trabajo de su padre y, después, de él también, pues empezaría como aprendiz en los talleres del ferrocarril a eso de los trece o catorce años. Pronto se vio que aquel mozo tenía algo distinto a todos. Estaba destinado a realizar grandes cosas.

—¿Es tu amigo?

Sátor meditó la respuesta, porque la palabra amigo no puede ser empleada para con cualquiera.

—Lo es.

Ese sería el comienzo de una serie de conversaciones, en las que Sátor le iba poniendo a día de todas las andanzas que conocía de Durruti, de su participación en las primeras huelgas, de sus distintos pasos por la cárcel. De las acciones armadas en las que había participado y que la autoridad solía exagerar hasta el extremo, asunto en el que Sátor se mostraba bastante sarcástico.

Acabando agosto, Julio anunció que iba a casarse. No hacía mucho que el matrimonio civil había sido aprobado y, en pocos días, Pilar alcanzaría la mayoría de edad al cumplir veintiún años. Como hacérselo saber a sus padres solo iba a suponer problemas, decidió Pilar que se enterasen una vez que la situación fuese irreversible. Es así como, tras desposarse en el juzgado de León, lo celebraron en Casa Sátor donde no faltaron Isabel, Juanón, el propio Ramiro, que tanto ejercía de camarero como de invitado, y media docena de amigos de este, que contagiaron de alegría aquella modesta celebración.

El mismo día de la boda, Pilar envió, desde el juzgado, una carta dirigida a sus padres en la que les comunicaba que, ya convertida en la esposa de Julio, se trasladaba con él a Dolor. Que lamentaba haber procedido de tal manera, pero era muy consciente de que ellos habrían hecho todo lo posible por evitar su boda. Que en un principio compartiría casa con sus suegros, pero en no mucho tiempo, Julio y ella dispondrían de una humilde casa en la aldea montañosa de los mineros.

Cuando don Gil se enteró de las vicisitudes del enlace, frunció el ceño. Por un lado fidelizaba un minero más al que, por supuesto, permitiría levantar su casucha en Dolor, pero cuando Julio esgrimió los motivos de la pareja para realizar la boda a espaldas de los padres de ella, supuso que, viéndose agraviado el sargento Matamoros, aquello podría traer problemas. Aunque él censuraba que una mujer tomase tal decisión a espaldas de su familia, la mayoría de edad se lo permitía, por tanto, era un asunto que escapaba de su competencia. Las leyes ahora estaban así, e incluso había sido capaz la joven pareja de no pasar por el altar para casarse. Pero cuando vio alejarse a Julio de la mano de aquella joven, después de que le solicitasen permiso para levantar su casa, solo pensó que con la llegada al mundo de sus futuros hijos seguía adelante la renovación generacional de su mina.

Leer de puño y letra de Pilar que se casaba con Julio, que solicitaba a sus padres respeto a su decisión y que, solo de ser así se pusiesen en contacto con ella, enervó de tal manera al sargento que se emplazó a repudiar a su hija, jurando ante su compungida esposa que a no mucho tardar saldaría cuentas con aquellos mineros por la humillación sufrida. Los ruegos de su esposa para perdonar a la hija y reconducir la situación fueron inútiles. Hubieron de pasar dos meses para que madre e hija pudiesen verse a espaldas del padre citándose en Villanueva de la Cueva. Allí, las dos, tras abrazarse, lloraron y rieron, mintiéndose acerca de las expectativas que presagiaban para sus destinos. Pilar supo entonces que su padre había solicitado la reincorporación de Fernando al cuartelillo de La Vecilla, pero el joven, que no estaba por la labor de seguir los enredos del sargento, ya había solicitado previamente ser destinado a León.

Ramiro bajaba caminando por la plaza de San Martín con los cuellos del abrigo subidos. A pesar de que ya era primavera, el invierno tenía aún permiso para enseñorearse cuanto quisiera en León. Fernando, que llevaría ya un año destinado en la capital, lo reconoció de lejos y le propuso a su compañero de patrulla adelantarle por una calle paralela. Poco antes de que Ramiro llegase a Casa Sátor, la pareja de guardias le sorprendió por la espalda.

—Alto.

Al volverse, reconoció de reojo la siniestra imagen de la Benemérita con sus fusiles al hombro. Como en una carpeta llevaba suficientes panfletos de propaganda libertaria como para buscarse serios problemas, miró hacia los lados valorando sus posibilidades de huida, gesto que adivinó Fernando.

—No te asustes hombre, ¿acaso ya no te acuerdas de mí?

Ramiro volvió la mirada al guardia. La voz le resultaba tremendamente familiar.

—Que soy yo.

—¡Fernando!

Fernando se acercó a él dándole un par de cariñosas palmadas en el hombro. Ahora lo reconocía. Lejos de sentir alegría por el reencuentro, una sensación de incertidumbre se apoderó de él.

—No te había reconocido... ¡el bigote! Eso es. El bigote es lo que me ha despistado.

—Claro que sí, además, han pasado tres años, ¡nada menos!, desde que nos vimos por última vez.

—Sí, en la romería del Corpus, en La Vecilla.

—¡Claro! El mismo día que os presenté a Pilar a tu hermano y a ti.

Ramiro asentía, mientras sus dedos sudorosos clavaban sus uñas a la carpeta que llevaba.

—Te hacía destinado en Cistierna.

—Tenía ganas de cambiar de aires. Aquí no hay tiempo de aburrirse. Un día si no es un tiroteo, es una huelga o, si no, perseguir a los agitadores marxistas, libertarios...

—Ya.

Fernando se quedó mirándole con semblante serio pero pasados unos segundos rompió a reír.

—¡Anda, quita esa cara! Que estoy de broma. Este y yo —le dijo a su compañero de patrulla— somos amigos y del mismo pueblo.

—Pues parece que hubiese visto un fantasma —añadió el otro guardia.

—Puede. Será por los años que llevamos separados, que nos han ido moldeado de distinta manera, ¿a que sí, Ramiro?

—Si tú lo dices...

—Claro que sí, y, bueno, ¿qué tal los estudios?

—Bien, ahora estoy cursando para veterinario al tiempo que trabajo en una taberna para pagarlos.

—¡Ah, sí! Aquí al lado, ¿verdad? En Casa Sátor, una taberna con solera en León.

Ramiro reconoció que Fernando estaba jugando para intimidarle.

—Con solera y más cosas también. Veremos qué tal se comporta su clientela a partir de ahora, que por fin tendremos en España un Gobierno con cojones —apuntó el otro guardia haciendo referencia al triunfo de las coaliciones de derechas en las elecciones al Gobierno de la República, hacía pocas semanas.

—Mira, ya que estás tan cerca del trabajo, te acompañamos y, así, me cuentas qué tal la familia. ¿Como están tus padres?

Ramiro y Fernando echaron a caminar juntos, mientras que el segundo guardia lo hacía unos pasos por detrás.

—Pues, como siempre, están bien. El tuyo allí sigue, de capataz en la mina.

—Tiene buena salud, igual que el tuyo. Juanón está hecho de una pasta especial y, por cierto, la parejita... ¿espera ya su primer hijo? Has de mandarles recuerdos de mi parte.

—No, que yo sepa.

—Se casaron el año pasado.

—Mira, Fernando, yo sé que a ti...

—Tranquilo, no intentes disculparles, porque ya no tiene sentido, además, no estoy enfadado.

—¿En serio?

Ramiro estaba seguro de que mentía.

—Hombre, Ramiro, no diré que no me jodiese, eso seguro que lo entiendes.

—Claro.

—Y si ya es duro que una mujer te cambie por otro, que lo haga con un amigo no tiene igual. Bueno, quizá sí, quizá si te la zumba un hermano fuese peor, ¿no te parece? Puedes ponerte en situación...

Ramiro caminaba a su par sin prisa, porque no quería plantarse delante de la taberna con aquellos dos, pero la pareja de guardias sabían muy bien dónde dirigirse. Mientras, Fernando seguía con su disertación.

—Te confieso que valoré seriamente meterle un par de tiros a tu hermano en las pelotas, lo digo en serio. Imagínate qué situación: la pobre Pilar, ya casada, teniendo que buscar otra verga para sustituir a la del pobre Julio. ¡Coño! Podría arreglarse con la tuya, a fin de cuentas, todo quedaría en casa.

Ramiro se detuvo en seco. Si aquello iba a ser una provocación constante, mejor ponerle fin de inmediato. .

—No tienes derecho a hablar así.

—¿Y por qué no?

—Porque son cosas que pasan, joder. Entiendo cómo te sentirías. Varias veces hablé de ello con Julio y a él, aunque no me creas, también le dolía.

—No creo que ninguno tuvieseis ni puta idea de cómo me sentía. ¡Y manda cojones que encima iba a verla con la bicicleta que le regalé!

—Mejor si te quitas a Pilar de la cabeza.

—¡Si ya te he dicho que no estaba enfadado! Pero lo que no me quitado aún totalmente de la cabeza, es verdad, es la idea de sacudirle unas hostias a tu hermano. Pero no por Pilar, ¡cuidado! simplemente por traidor. Y sobre esa, seguro he tenido hasta suerte, que lo mismo que me engañó a mí, se lo hará a tu hermano. El tiempo pone a cada uno en su lugar.

—¿Y cuál es tu lugar en todo esto, Fernando?

—¡Pero qué cojones has tenido siempre Ramiro! Desde críos buscando la boca ¿y de qué te valía? De nada, porque siempre te llevabas las hostias, mías o de tu hermano. No sabías cuál era tu lugar, ni entonces con los chicos mayores que tú, ni ahora, ante un guardia.

—Creía que hablaba con un amigo...

Fernando forzó una sonrisa dirigiendo su mirada a la carpeta que sujetaba Ramiro, una irónica manera de amedrentarle desvelando su pensamiento «sé qué llevas ahí y quizá, le eche un vistazo».

—Sí, hombre, amigos, por eso te quería comentar que tengo novia. ¿Ves que razón tiene el dicho de la mancha de una mora madura con otra verde se quita?

—Pues me alegro mucho, de verdad.

—Gracias. Ah, mira, ya hemos llegado.

Quedaron detenidos a escasos metros de la entrada al local. Desde dentro, al ver los parroquianos a la pareja de guardiaciviles, corrieron la voz entre ellos, desapareciendo uno dentro de la trastienda a alertar a Sátor y poner a salvo los pasquines que estaba dividiendo en pequeños montones para ser distribuidos entre los trabajadores del ferrocarril.

—En serio que me alegro, Fernando.

—Cuídate, Ramiro. Ya pasaremos otro día de visita... y estudia bien esos apuntes.

—¿Cómo?

—Esa carpeta que llevas, serán apuntes de tus estudios, ¿no?

—Sí, claro, sí.

Fernando volvió a sonreír irónico, esta vez al tiempo que se afilaba el perfilado bigote con sus dedos índice y pulgar. Después, hizo un gesto con la cabeza a su par y la pareja siguió caminado tranquila calle abajo. Perdiéndose bajo una finísima nieve, que más que caer, flotaba en la atmósfera de la ciudad. Tal cual se había materializado, de improviso, como si siempre estuviese ahí, invisible, igual que algunas amenazas.

Al año siguiente, Ramiro abandonó sus estudios para hacerse cargo del local. Sátor enfermó de neumonía y aquel mal se lo llevaría en una semana. No teniendo familiares directos, un par de días antes de fallecer encargó a Ramiro que acudiese ante su lecho con un notario.

—Estos sí que son confesores de verdad y no los de sotana —le dijo al muchacho, intentando arrancarle una sonrisa una vez que dejó sus asuntos en regla

Para sorpresa de Ramiro, Sátor había procedido con él, de la misma manera que ocurriese tiempo atrás cuando se hizo con la taberna. Casa Sátor era ahora suya, cuestión que, si bien le permitiría ganarse la vida, le impediría seguir cursando estudios. Eligió ser práctico y continuar con el negocio, esperanzado, quizá, de que en un futuro las cosas mejorasen y poder terminar de formarse como veterinario, así que contrató una cocinera, dedicándose él a atender el local. El sacrificio de su familia, el suyo propio para tener una formación que nunca habrían imaginado en conseguir, no podía caer en saco roto. Por ello, continuaba formándose con un par de compañeros de estudios que, durante un tiempo, se fueron dejando caer por Casa Sátor. Después, con la presión de los guardias y un par de registros con detenidos, que tuvieron cierto eco por la ciudad, dejaron de hacerlo.

La llegada de un Gobierno de derechas a la república había aumentado la represión contra los movimientos obreros y a lo largo de 1934 se fueron produciendo numerosas huelgas. Es así como Casa Sátor, a cuenta de esas redadas en las que Ramiro logró, milagrosamente, eludir la cárcel, dejó de ser el referente visible de los libertarios leoneses que, aunque de vez en cuando asomaban por el local, este dejó de albergar reuniones, almacenaje de pasquines y otras actividades proscritas.

Si Fernando realizaba alguna ronda por el barrio Húmedo, se detenía a su frente a fumar un cigarrillo, intimidando con la mirada a los parroquianos que hubiese en su interior.

Otras veces, estando fuera de servicio, Fernando visitaba ocasionalmente Casa Sátor con Teresa, la joven leonesa que se había convertido en su prometida. Una manera retorcida de seguir acosando a Ramiro. Por el contrario, Teresa era una mujer que irradiaba optimismo y alegría. La hermosura de su cara y la armonía de sus formas, siempre discretamente disimuladas por una vestimenta excesivamente conservadora, eran el reflejo de un carácter jovial, que contrastaba con una devoción religiosa que a Ramiro le resultaba extraña. No era una joven beata al uso, enfocaba su vida bajo el manto de la religión, haciéndolo desde la convicción de la alegría, ajena a la implicación política y parcial de la iglesia en la vida pública. Y aunque Ramiro no casaba con aquellas ideas, comenzó a disfrutar de las esporádicas visitas de la pareja, tan solo por verla.

—Mira, Ramiro, que estoy pensando en invitarte a nuestra boda, ¿qué te parece?

—No sería buena idea.

—¡Pues claro que no! No te habrás creído que iba a invitar a un anarquista a mi boda —se burló Fernando—, que ya te podrías dar por satisfecho porque no te hayan cerrado la taberna.

—¿Y por qué no habría de ser así? No tengo ninguna cuenta con la justicia.

—Pues a alguien se lo tendrás que agradecer...

—¿A ti? No lo creo.

Fernando reía, mostrándose simpático e irónico delante de Teresa.

—Si es que es mejor que siga abierta, de esa manera se pueden tener controlados a los clientes. Aunque diría que, últimamente, esto está un poco soso.

—Será que al cambiar de dueño el local tiene otro aire, o también que os dejáis caer por aquí las parejas con más frecuencia.

—¿Crees que mi novia te espanta la clientela?

Fernando continuaba con su particular broma.

—No, qué va. Ella es muy simpática, bastante más que las parejas que conformáis los guardias.

—¡Ay, qué bobos sois! Parece mentira que fueseis amigos de niños. A ver si maduráis —intervino la chica.

—Lo que pasa es que nos gusta el cachondeo, cariño.

—Si tú lo dices... —intervino con desgana Ramiro.

—Bueno, ¿y qué tal la familia por el pueblo?

—Se agradece que preguntes, Fernando, siempre tan interesado.

—Ya me conoces.

—Le he pedido a Fernando que nos acerquemos alguna vez a conocer ese pueblo —apuntó Teresa.

—Ya te he dicho que no te va a gustar. Está perdido en las montañas y solo se puede acceder a pie tras una hora de caminata cuesta arriba.

—No es para tanto —corrigió Ramiro a Fernando.

—Todo gira alrededor de la mina. Los pozos, las vagonetas, montañas de pedruscos...

—Se dice mineral y no pedruscos, Fernando, que parece mentira que te hayas criado allí.

Fernando proseguía sin atender a Ramiro.

—Lavaderos, el castillete del pozo, torretas que extienden cables por los que se descuelgan vagonetas que bajan los pedruscos a Villanueva, un puñado de casuchas miserables donde viven los mineros. No te gustaría.

—¿Es así, Ramiro?

—Es así si no levantas la vista del suelo. Si lo haces, verás como el pico Bodón atrapa las nubes, o como el campo cambia de color varias veces al año. Cómo sube la niebla desde el valle en jirones y cómo, en las noches de verano, Dolor tiene el cielo más negro y salpicado de miles de estrellas que existe. Si no te gustase, no tendrías corazón.

—Por Dios, Fernando, tu amigo es casi poeta.

—Casi, pero solo le preguntaba por la familia... —resopló Fernando.

Ramiro puso en la barra un platillo con algo de cecina, y rellenó con un bermellón tinto del Bierzo, los vasos de los tres antes de contestar.

—Los padres bien.

—Aún les queda cuerda para seguir engordando la bolsa de cuartos de don Gil. Mira, cuarenta y seis años acaba de cumplir mi padre.

—Pero tu padre es capataz —señaló Teresa. Un comentario que molestó a Fernando y que no pudo disimular.

—¿Y eso qué importa?

—Pues que, seguramente, será más duro el trabajo de un minero que el de un capataz.

Ramiro disimuló una leve sonrisa metiendo otra loncha de cecina en la boca, antes de intervenir.

—Mis padres son un poco más jóvenes.

—Y vosotros, ¿tenéis la misma edad?

—No —cortó seco Fernando a su novia.

—Tengo veinte, dos menos que tu prometido, y mi hermano Julio cuatro más que yo. ¿Y tú?

—¡Vaya una educación! Aunque seas un tabernero, vas a tener que aprender a cómo tratar a la clientela femenina —apuntó Fernando en su constante tono burlón.

—No hagas caso, Ramiro, tengo los mismos que Fernando. Así que, si tienes un hermano mayor, imagino que de niños los tres jugaríais juntos.

Ramiro miró de reojo a Fernando, sabedor de en qué estaría pensando, porque no eran tres, eran cuatro. El recuerdo de Gabrielín asomó así, de improviso, igual que un fantasma. Era evidente que Teresa no sabía nada de aquello.

—Aquello ya queda muy lejos. Fíjate, ahora es mi hermano el que está a punto de tener un crío.

La noticia irritó a Fernando, a la par que Ramiro le miraba con desdén, como si le estuviese diciendo: «¿No preguntabas por la familia?».

—Ayer recibí carta de Dolor. Me cuentan que ahora, a finales de septiembre, mi cuñada sale de cuentas.

Fernando apuró el vaso de vino de un trago y tomó a Teresa por el talle.

—¿Nos vamos ya, cariño?

—Claro, pero espera que me como otra loncha. Está muy rica esta cecina.

—Pues nada, parejita, aquí está vuestra casa. Volved cuando queráis.

Ramiro se despidió de ellos con la satisfacción de saber que aquella noticia acababa de envenenar a Fernando, quien antes de llegar a la puerta, concluyó su despedida sin volverse.

—Un nacimiento en Dolor siempre es una buena noticia, especialmente para el patrón, al ver cómo la plantilla se le reproduce, igual que el ganado. Cuando respondas a la carta, felicita a tu hermano.

—De tu parte, y a Pilar también.

Con aquel embarazo que ya tocaba a su fin, Pilar y Julio superaban la decepción de un aborto sufrido un año atrás y los posteriores meses de duda y esperanza cuestionándose si podrían, finalmente, tener un hijo. Su pequeña casa en Dolor iba cogiendo forma, levantada a ratos, con gran esfuerzo con la ayuda de Juanón. Por su parte, Pilar mantenía un contacto muy discreto con su madre al margen de su padre quien, conocedor de aquellos furtivos encuentros, se opuso a ellos en un principio. Pero fue tal la manera de rebelarse su esposa, advirtiendo segura de que solo los evitaría si le pegaba un tiro, que terminó por ceder. Ya le llegaría el momento de saldar cuentas con aquel minero anarquista y con el hijo que le había robado a Pilar.

10. Los hijos del paisaje

Juanón tomó un lapicero y en el almanaque que colgaba detrás de la puerta de la cocina escribió, con cuidada caligrafía, alrededor del cuatro de octubre el nombre de su nieto, que acabada de llegar al mundo. Padre y abuelo retrasaron esa mañana su incorporación al turno de trabajo, pues, justo cuando despuntaba el alba, Ramirín vino al mundo. Un crío que se mostraba vigoroso y enérgico, haciendo gala de un llanto que llenó de alegría a toda la familia. Cuando ya se iba la partera, a quien habían bajado a buscar a Villanueva, Pilar la hizo prometer la noche anterior que haría llegar la buena noticia a su madre. La joven primeriza se debatía entre una maraña de sentimientos enfrentados: extremadamente feliz por alumbrar un hijo, a la vez que angustiada por el trato con sus padres. Por su parte, Julio estaba en una nube por convertirse en padre, una sensación que Juanón experimentó por vez primera 24 años atrás.

—¡Abuelo! ¿No suena raro?

—Madre mía, abuelo, es verdad —respondió Julio propinando un cariñoso puñetazo en el hombro del padre mientras descendían en la jaula al fondo de la mina. Era ya media mañana.

—Y menuda cara que se le ha quedado al Mastín cuando nos ha visto llegar a estas horas y le has tapado la boca antes de que dijese nada.

Antes de tomar el elevador, el capataz de la mina había salido al paso de padre e hijo con objeto de reprobar su retraso. Juanón, que era de todos los mineros quien más le tenía tomada la medida al capataz, fue tajante.

—Ahórrate el discurso, Gabriel. Ya puedes avisar al contable para que nos descuente las horas faltadas del jornal, que el premio que hemos recibido en casa no tiene precio.

Gabriel no dijo nada y se echó un lado dejándolos pasar. Advertirles de que les descontaría el jornal era lo que pensaba hacer, pero el aplomo de aquellas palabras habría convertido su amenaza en un chiste.

—Y a ver si, con suerte, las cuatro perras que hoy os ahorráis, las gastáis en medicinas —añadió Juanón sarcástico mientras la jaula descendía a lo profundo.

—¡Serás hijo de puta! —replicó Gabriel entre dientes, al tiempo que Julio disimulaba la risa.

De vez en cuando, mantenían tensos enfrentamientos, asuntos que nunca pasaban a mayores, pues, a pesar de la evidente animadversión, veían conveniente refrenarse en sus réplicas. Pero ese día, Juanón estaba exultante. Tras recibir las felicitaciones de los compañeros, se reincorporaron al trabajo, que transcurrió con el ritmo monótono y extenuante habitual, hasta a que a falta de un par de horas para concluir con la jornada uno de los trabajadores del lavadero de mineral, bajó hasta la primera galería para advertir a los mineros. Por lo visto, las campanas de la pequeña iglesia de Villanueva de la Cueva estaban tocando «a rebato», y no era el cura quien las tañía.

Todo era confusión, pero en varios puntos de España, especialmente en Asturias y en la zona minera del norte de León, había estallado la revolución obrera. Ante la alarma desatada, todos dejaron de trabajar y subieron a ver qué estaba ocurriendo.

El Mastín envió a uno de sus mineros de confianza a Villanueva para que se informase y regresase después a la carrera. Al hacerlo, advirtió, entre jadeos, que unos hombres armados estaban alertando a los vecinos para que hiciesen acopio de armas y partir esa misma noche hacia las cabezas de partido de todos los municipios: La Vecilla, Matallana, La Robla, Boñar... La intención era asaltar cuarteles y ayuntamientos. La revolución obrera era ya una consigna que se extendía por todo el país. El Mastín, nervioso, se puso a gritar a los mineros y sus familias, que se habían acercado curiosos por la gerencia de la mina, a que volviesen a sus labores e hiciesen oídos sordos a tales noticias, pero todos le ignoraban. Entre los congregados se desataban diálogos y disputas, unos alarmados, otros esperanzados, pero todos convencidos de que aquello podría ser el comienzo de una nueva era. El capataz estaba asustado, algunos mineros se exaltaban abogando por rendir cuentas con quienes consideraban que les oprimían. Juanón se le acercó disimuladamente.

—Gabriel, atiéndeme.

El Mastín se olvidó de los congregados pues a fin de cuentas nadie le escuchaba y discreto, prestó atención a Juanón.

—¿Has hablado por teléfono con alguien? ¿Con el patrón? Esto se va a liar

—En eso estaba pensando ahora.

—Vamos a la oficina y a ver qué te cuenta.

Unos segundos después de establecer la comunicación, la voz de una operadora le advirtió la dificultad de conectar con La Robla, pues llegaban noticias de que algunos de los tendidos estaban siendo cortados por los huelguistas, pero, finalmente, una voz respondió a la llamada, se trataba del secretario que don Gil tenía en su despacho, quien le confirmó que a las primeras noticias de revuelta, el empresario había huido hacia León, alejándose de la montaña, por cuyos pueblos arraigaba la revuelta.

—Y aquí estoy recogiendo todo lo que puedo llevarme en el coche, porque también me marcho hacia León y le recomiendo a usted Gabriel, que haga lo mismo. Esto es una revolución en toda regla a nivel nacional y los mineros están...

En ese momento la conversación se cortó. Juanón asomó la cabeza por la ventana de la caseta del despacho descubriendo a un compañero, encaramado a los hombros de otro arrancando el cable telefónico.

—Juanón, ¿qué haces ahí dentro?

—Ya nada, intentaba enterarme qué demonios sucede en otros lugares hasta que se te ha ocurrido arrancar esos cables.

—Lo hecho, bien hecho está. Vamos a bajar a unirnos a la revuelta, ¿tú que harás?

—¿Acaso lo dudas? Dame un minuto.

Juanón cerró la ventana y al girarse se encontró a Gabriel sentado ante el escritorio, aún más asustado, dando golpecitos con un lapicero sobre el teléfono.

—¿Qué te han dicho?

—Que esto es una revolución muy seria. Don Gil ha huido hacia León.

—Vete con él.

—¿Cómo dices?

—Que te vayas. Tienes un caballo, tómalo y baja hacia Villanueva. Antes de entrar en el pueblo, toma la vereda del río, sal hacia la carretera y evita que te vean.

—Mi sitio está aquí con...

—No me jodas, Gabriel, que eres el puto Mastín de don Gil. ¿Quieres ser el blanco de la ira de los compañeros? Ganado lo tienes, pero tendremos que apuntar más alto. Intentemos que las cosas aquí no se alteren demasiado. La batalla que librar debe ser más lejos.

—Don Gil no es como otros patrones, sus asalariados no deberían...

—No es como otros, dices, ¡claro! Me parece que andas muy despistado. Este es su corral y nosotros sus gallinitas ponedoras. No te lo repetiré más veces, lárgate y pon a salvo el pellejo.

—Estáis locos.

Mientras Gabriel salía por una puerta trasera, Juanón se asomó por la principal llamando la atención de los congregados, para darle tiempo a escabullirse.

—Venid, porque ahora tenemos que trazar un plan de acción. Según parece por lo que ha contado el teléfono hasta que habéis arrancado los cables, la revuelta es general en Asturias, norte de León y por otros puntos del país.

En ese instante, apareció Gabriel tras la caseta, montado a caballo espoleándolo, partiendo a galope.

—¡El Mastín! ¡Paradlo!

—¡Mejor pegadle un tiro!

Sonaron varios exabruptos contra el capataz al tiempo que Juanón intentaba calmar los ánimos.

—Olvidaos de él. Yo le he dicho que se largue, ¿de acuerdo? Así que, si hay reproches, me los soltáis a mí. No sabemos aún a qué nos vamos a enfrentar y ese cabrón solo es un pelele, alguno podía perder la cabeza. Dejadlo ir, joder, hay que apuntar más alto. —Hubo un murmullo de desaprobación, entonces Isabel se acercó al lado de su esposo dirigiéndose a sus vecinos.

—Esta mina es nuestro medio de vida, lo primero es asegurar que no le ocurra nada malo a las instalaciones, después de todo esto, que ya veremos qué es y cómo evoluciona, habrá que volver al trabajo. Aquí nadie va a tomar represalias ni contra la mina, ni contra nadie piense como piense.

Todos callaron hasta que una voz anónima hizo un apunte al que todos se sumaron:

—Que sea como dices... de momento.

Más difícil para el matrimonio era encarar la negativa de Julio a quedarse en casa.

—Pero ¿lo decís en serio? No pienso quedarme en casa mientras los compañeros se van.

—¿Qué compañeros? —interrumpió Juanón a su hijo— si, a lo sumo, iremos una docena, el resto o tiene miedo o duda qué hacer.

—Sí, padre, pero no es momento de esperar, sino de dar un paso adelante y luchar. Así que, no me diga que no debería ir.

—No, no debes. Acabas de ser padre y Pilar te necesita.

—Madre, usted puede atenderla, además, se dará más maña que yo.

Pilar, al escucharlos discutir a la puerta de casa, llamó a Julio a su lado.

—No puedes irte, ¡no ahora, Julio!

—Debo ir, Pilar.

—Julio, seré muy claro: no puedes venir y no lo harás —insistió Juanón.

—Puedo y lo haré.

—Serías presa fácil para los guardias. ¿Acaso quieres dejar huérfano a tu hijo nada más venir al mundo?

—¿A qué viene eso de que seré presa fácil? No más que cualquier otro.

A Juanón le dolía decir lo que estaba pensando, pero no veía otra alternativa. Por eso se quedó mirando la mano izquierda de su hijo, casi inservible desde que en aquel accidente, se la reventase una maza.

—En la mina te defiendes bien para algunos trabajos, otros no puedes realizarlos. Te ganas con mucho más esfuerzo que cualquiera de nosotros el pan por culpa de tu lesión. Eso todos lo saben, pero llegado el caso tú no podrías manejarte correctamente con un arma. Porque es que estamos hablando de eso Julio, de combatir. Si vienes, solo serás una carga.

Dicho lo cual, Juanón se acercó a besar a Ramirín, que estaba en brazos de su madre, postrada en el lecho y cuando fue a darle otro beso a la nuera, esta se apartó.

—¿Qué estáis hablando de armas, Juanón? ¿Irás a matar a mi padre? —El veterano minero dio un paso atrás y evitó responder.

Julio, colérico, miraba al suelo incapaz de enfrentar la mirada al padre, quien, al pasar a su lado, casi con un susurro, le mostró sus disculpas.

—Hijo, perdóname.

Isabel, a la entrada de casa, se fundió en un abrazo y en un largo beso con Juanón. Estaba aterrada por su partida, pero no podía pedirle que se quedara. Sabía con qué clase de hombre estaba casada y a la par que miedo, sentía orgullo. Se dieron un par de besos, se abrazaron y Juanón salió de la casa del hijo uniéndose al puñado de compañeros que le aguardaban para marchar y sumarse a la revuelta. Desde el collado, a punto de iniciar el descenso, Juanón volvió la vista a Dolor, pensando que, quizá, fuese la última vez que contemplase su aldea y constató, por primera vez, que amaba aquel lugar aislado en un océano de colosales montañas. Unas horas antes, por entre unos arbustos había dejado escondido un petate con abundantes cartuchos de explosivos. Aunque el control con ese material era muy riguroso, Juanón había sabido hacerse con él, y que el propio Mastín lo obviase, manipulando sus notas de registros, al sospechar el capataz que todo se debía a un error propio. No dijo a sus compañeros nada de la carga que llevaba y, nada más llegar a Villanueva, se disculpó un momento para ocultarla en un curioso escondrijo del que nunca nadie más que su padre y él tuvieron conocimiento. Se

estaban repartiendo armas y no vio ni prudente ni necesario partir con la dinamita. En la plaza del pueblo aguardaba un camión a punto de arrancar cargado con hombres que se habían ido sumando desde otras aldeas. Desde otra camioneta les preguntaron cuántos llegaban sin arma.

—Ocho —contestó alguno.

—Acercaos. Quedan pocos fusiles, pero sí escopetas que hemos requisado. Quizá más adelante, todos podamos proveernos del armamento que los socialistas han repartido por otros pueblos de la comarca.

A excepción de cuatro hombres de Dolor que portaban sus escopetas, Juanón y otro recibieron sendos fusiles y el resto se armaron con escopetas y un pequeño costal con munición para repartir. La revolución se venía gestando desde hacía unos meses. Desde que las derechas ganasen las elecciones y las esperanzas de mejoras en las condiciones de la clase trabajadora y avances sociales se desvaneciesen. Es así como los enfrentamientos y huelgas se convirtieron en el adecuado caldo de cultivo para que tras en la entrada en el Gobierno de España, de tres ministros de la CEDA¹⁵ ese mismo día se convocase una huelga general en todo el país llamando a la insurrección armada.

Los vehículos se pusieron en marcha desplazándose lentos. La camioneta precedía en un centenar de metros al camión, transportando una docena de hombres, algunos de los cuales viajaban de pie en los pescantes laterales, agarrados donde podían. En la caja del camión, asidos a los barrotes se amontonaba una treintena de hombres. Mineros en su mayoría, algún que otro mecánico, dos maestros también, pero ningún campesino. El anochecer se acentuó al internarse en el angosto desfiladero del río Curueño. El haz de luz de los faros, cruzaba por encima del río, iluminando las paredes de la garganta a capricho del trazo de las curvas. Así, a veces, Juanón reconocía tallada en la roca tramos de la antigua calzada romana, rememorando las historias que escuchaba a su padre al respecto.

—Que no padre, que no. Aunque los romanos viniesen a robarnos la tierra no lo consiguieron, padre, porque aquí seguimos y ellos no —le rebatía a su padre orgulloso. A lo que a este, le encantaba darle la vuelta a la cuestión planteada por el hijo.

—¿Ellos no? ¿Estás seguro, Juanón? Los romanos triunfaron. Explotaron los recursos que les interesó y allí donde les parecía adecuado, realizaron grandes obras, como el camino de las hoces, que lo venimos usando desde hace casi dos mil años. Aquí se quedaron, junto con algunos astures que sobrevivieron y a los que sometieron. Entonces, ¿cómo puedes saber si tus antepasados fueron astures o romanos? Quizá seamos descendientes de los invasores.

Entonces, Juanón fruncía el ceño. Le incomodaba lo que el padre planteaba, porque no le faltaba razón. En tales lances, se tomaba tiempo para responder.

—Igual, padre, no es lo más importante saber de quiénes venimos, si no a dónde queremos ir o qué queremos ser, y yo elijo ser de los astures.

Y Juan sonreía, encantado de despertar la crítica y la reflexión en la cabeza de su hijo. Pero tales recuerdos se disipan cuando uno de los que viajaba con él presume de conocer la estrategia que seguir y la comparte con el resto.

—Lo primero será asegurar que la insurrección triunfa en la montaña central y oriental del norte de León. Los asturianos, por su parte, también están haciendo lo mismo. Tendremos que tomar los ayuntamientos y los cuartelillos de la Guardia Civil para conformar una zona bajo control

¹⁵ CEDA. siglas de Confederación Española de Derechas Autónomas, fue una coalición de partidos y núcleos derechistas surgida en el marco de la segunda república.

revolucionario desde La Robla hasta Sabero, unos cincuenta kilómetros, protegidos a retaguardia por la cordillera y por el control que los asturianos hayan logrado establecer en su tierra. Conseguido eso, avanzaremos en distintas columnas para tomar León. De lo que esté ocurriendo por el resto de España, aún no tenemos datos concretos.

A su paso por algún pueblo, solo las familias de quienes habían partido antes que ellos, salían a vitorearles a los caminos. El resto se guardaba en sus casas. A punto de llegar a La Vecilla, la noche ya se había echado encima y un control improvisado por compañeros a pie de carretera, les detuvo para solicitarles que prosiguiesen hasta Matallana, donde la situación era inestable y necesitaban refuerzos, puesto que allí, en La Vecilla, aunque los guardias civiles permanecían atrincherados en el cuartel y no daban muestras de debilidad, estaban cercados por más de un centenar de obreros. Así que prosiguieron hacia la localidad minera, mientras Juanón revivía el desafortunado encuentro que allí mantuvo años atrás con su consuegro, el sargento Matamoros.

En Matallana, los revolucionarios habían tomado el ayuntamiento pero no así el cuartel. Los guardias civiles atrincherados estaban mejor pertrechados de armas y munición que ellos. Visto que la situación parecía estancada, algunos revolucionarios recurrían a minar la moral de los guardias sitiados mediante insultos y recordándoles sus orígenes humildes, para haber terminado convertidos en la fuerza represora de su propia gente.

Entre los acantonados en el cuartel, estaba el sargento Matamoros, quien tuvo que acudir con otros, a reforzar a la dotación de guardias en Matallana, pues los primeros desmanes fueron más virulentos allí que en La Vecilla, pero ahora la situación era alarmante en casi todos los pueblos. El sargento ignoraba las arengas de los mineros y obreros, hasta que las bravatas de uno de ellos llamaron su atención. Por lo menos esgrimía argumentos y cierta gracia, no como los demás o incluso sus propios compañeros, que parece que no sabían hacer otra cosa en sus réplicas que recurrir a lo putas que son sus madres o esposas.

La voz grave y que le resultaba familiar, proclamaba que no son más que unos vagos. Incapaces de doblar el espinazo para ganarse el jornal como el resto, motivo por el que prefirieron convertirse en los perros guardianes de los opresores del pueblo.

—Y por mucho que el amo quiera a sus perros, los chuchos quedan fuera de su casa. Por eso estáis ahí, para proteger sus carteras.

Casi todos los guardias responden enervados a ese tipo que ha sabido herir su orgullo, pero la voz grave del obrero se vuelve a alzar sobre las de todos, con más proclamas que son jaleadas por sus compañeros. Entonces una inesperada perorata libertaria, recurriendo a la presencia años atrás de Buenaventura Durruti en aquella localidad, revela a Matamoros quien pretende minarles la moral.

—¡Pero si es Juanón!

—¿Cómo dice, sargento? —le cuestiona un cabo que permanece a su lado, parapetado tras la ventana, aferrado a su fusil.

—Ese cabrón, el del vozarrón...

—¿Lo conoce?

—Ya lo creo. A ese tenédmelo localizado por qué zona está. No será difícil si no se queda ronco. A ver si con las luces del alba, aunque sea por un momento, me echo a la cara su jeta con la nariz torcida y se la arreglo de un balazo.

En un último intento por reconducir la situación, esperaron los guardias al amanecer, sorprendiendo a los asaltantes al salir todos en tromba disparando, ganando así unos metros. Los obreros se replegaron, pero sin abandonar el acoso al acuartelamiento. Durante la refriega, Matamoros se enmendó a resarcirse al descubrir por fin a su indeseado consuegro. Juanón vestía una chaqueta azul, un atuendo que le hacía reconocible, puesto que desentonaba del resto, que en su mayoría vestían ropas de trabajo en las que el negro o el gris era el color predominante. Le descargó tres tiros con el máuser, pero los movimientos erráticos de Juanón que corría agachado y zigzagueando, le permitieron esquivarlos, no así al compañero que corría a su lado, que cayó abatido.

Dada la situación, el objetivo para los guardias ya no podía ser otro que evacuar el cuartel. Los uniformados, con un aluvión de descargas de fusil mantenían alejados a raya a los asaltantes, por lo que aprovecharon para alcanzar un camión estacionado tras el cuartelillo. Aquello fue un acuerdo no pactado, ni siquiera negociado. Los obreros al ver que los guardias se iban, les dejaron hacer. La toma del cuartel era inminente, pero Matamoros estaba encendido en ira y los gritos de sus subordinados desde el camión, no le hacían variar de actitud.

—¡Sargento, que nos vamos!

—¡Suba ya, por Dios!

Había visto parapetarse a Juanón tras un pequeño muro de piedra que cercaba una huerta y desde donde se asomaba cada poco y sin afinar el tiro, disparaba contra el cuartel.

—¡Sargento, suba al camión!

Ya no era un ruego de sus subordinados, era la orden de un capitán, pero el sargento tenía aún algo por hacer.

—Venga, valiente, asoma tu hocico torcido.

Juanón avanzó reptando hasta el final del muro, lugar por el que cruzaba una pequeña acequia en la que se introdujo. Desde el agua, medio sumergido, pudo alzar la cabeza y reconocer al padre de su nuera que arrogante, permanecía en pie a escasos metros del camión, con su fusil listo para disparar, mientras seguía provocando a Juanón para que se asomase.

Al alzarse un compañero que también permanecía detrás de la tapia recibió este en la cabeza la última bala que el sargento tenía en la recámara. Descargado su fusil, retrocedió de espaldas hacia el camión seguro de haber acabado con Juanón. Saltó ágil a la plataforma del camión y este se puso en marcha. Matamoros miraba sonriente hacia allí donde habría conseguido abatir su codiciada presa. Al tiempo, una silueta aferrada a otro máuser, emergió desde una acequia. La sonrisa del sargento mutó a una mueca de sorpresa cuando reconoció a Juanón, quien ponía la cabeza de Matamoros tras el punto de mira de su fusil. «¿Irás a matar a mi padre?», la pregunta con la que le despidió Pilar en Dolor regresó a la memoria de Juanón cuando apretó el gatillo. El sargento se derrumbó sobre sus compañeros, que al percatarse de que estaba herido, respondieron con disparos desde el camión en todas direcciones. Los que iban en la parte delantera de la caja del vehículo aporreaban el techo de la cabina, solicitando al conductor más velocidad.

—¡Acelera, acelera, que el sargento se nos muere!

El capitán, que minutos antes ordenó al sargento que se dejase de intrigas y subiese al camión, negaba con la cabeza lamentando la apatía de Matamoros para cumplir sus órdenes. Apoyado en el techo de la cabina, peleaba contra el viento por lograr fumarse un cigarro, protegiéndolo con sus manos.

—No corras tanto, que no hace falta. Este no llega ni al siguiente pueblo —ordenó ladeando la cabeza, para que el conductor pudiese escucharlo a través de la ventanilla.

El disparo atravesó el cuello de Matamoros, quien sangraba profusamente por los orificios de entrada y salida que sus subordinados se esmeraban en taponar con sus guerreras. Permanecía consciente, con los ojos nerviosos, saltando de una mirada a otra de los guardias que le rodeaban, y no era capaz de moverse. La bala le había atravesado una de sus vértebras cervicales. Y tampoco podía hablar, la laringe estaba destrozada y la sangre comenzaba a manar por la boca. Tal y como advirtió el capitán, para cuando cruzaron por el siguiente pueblo en su repliegue hacia León, Isidro Matamoros estaba muerto.

Dos días después de la marcha de Juanón, Pilar, ante la evidencia de que Julio acabaría uniéndose a la revuelta y harta de suplicarle que no lo hiciera, terminó amenazándole a puro grito que, si él se iba, ella haría lo mismo y volvería con su familia. Isabel intentaba tranquilizarla.

—Julio no se va a ir, y procura serenarte, mi niña, que luego se te agriará la leche o peor aún, e igual se te corta.

—¿Y qué quiere usted que haga, suegra? ¿Y cómo puede usted quedarse ahí tan tranquila viendo como los hombres van al matadero?

—¡Pues no! Han ido a luchar, a defender la dignidad. A eso es a lo que ha ido mi marido con otros. Entiende donde vives ahora Pilar, nosotros somos gente minera.

—¡Quien no entiende nada es usted! Claro que comprendo que los mineros peleen por una vida mejor, pero esto no saldrá bien. ¿No lo entiende? El ejército vendrá, vendrá y matarán a nuestros hombres. ¿O es que eso no lo ha pensado? Julio está decidido a irse y necesito que me ayude a impedirselo.

Pilar tenía los ojos poblados de lágrimas. Isabel se sentó a su lado, en la cama que convalecía del parto y se los secó.

—Tengo tu mismo miedo, Pilar, y haremos que Julio se quede. Tengo también a Ramiro en León, del que no sabemos nada y casi estoy más preocupada por él que por el padre. Pero hay momentos en la vida en que el pueblo se harta y dice basta. Tenemos que apoyarles. Ellos también van con miedo.

—Es que yo...

—¿Tu qué? Mi niña.

—Yo sé cómo los tratarán si los apresan.

—Yo también me lo imagino.

—A mí no me hace falta imaginarlo, ¡yo lo he visto!

Al día siguiente, Julio avisó de que bajaba a Villanueva a enterarse las noticias que estuviesen llegando. Isabel, apoyada en el marco de la puerta de casa, viéndole alejarse, intuyó que su hijo iba a girarse para decir algo.

—Madre... hoy no me esperen para cenar. Voy con padre.

En Boñar, la disputa para tomar el ayuntamiento y el cuartel de la Guardia Civil fue encarnizada, puesto que guardias de otros destacamentos vecinos acudieron a defender la plaza. Por tal motivo, La Vecilla, pasó a estar bajo control revolucionario. Julio participó en la toma

del pueblo requisando armas y liberando a los detenidos encerrados en el torreón medieval, cuando los guardias se retiraron. La insurrección estaba teniendo un seguimiento muy desigual por el resto del país, con mala coordinación al no existir un mando común y combatir contra fuerzas bien disciplinadas y mejor armadas. Salvo en pueblos aislados, la revuelta solo arraigó con fuerza en norte minero de León, en el Bierzo y en Asturias. Al tiempo, tres columnas del ejército avanzaban por la provincia hacia el norte, recuperando el control a sangre y fuego. La represión que se desataba a su paso era brutal. Cuatro días después de la toma de Matallana, Juanón regresaba asido al pescante de un automóvil. Se retiraban. A un gesto suyo, el conductor frenó al pasar ante la plaza de la iglesia de La Vecilla para que se apease. Había reconocido a su hijo departiendo con dos hombres a la puerta del torreón, todos con escopetas colgadas de sus hombros. Se abrazaron emocionados y en un par de minutos se pusieron al día de cómo les habían ido las cosas. Gracias a que unos compañeros de Juanón, habían estado haciendo de correos con otros de León, pudo recibir noticias de Ramiro.

—Tu hermano está bien. Al estar tan vigilado él y los que van por su bar, no se había involucrado de manera directa en la revolución, aguardando a que llegase el momento adecuado. En cualquier caso, eso ya no sucederá, el ejército de África se ha hecho cargo de la toma de León y Asturias.

—Nos acabamos de enterar, padre. El Gobierno ha puesto al general Franco al frente de la operación.

—Solo hay dos posibilidades, o cruzamos por los puertos hacia Asturias para resistir el envite del ejército con más compañeros o nos hacemos invisibles, porque mañana mismo tendremos aquí al ejército —apuntó Juanón.

—También les podíamos hacer frente aquí si nos organizásemos bien, padre.

—¿No te creerás eso que dices? Si no hemos sido capaces de organizarnos para actuar al dictado de un mando, ni de operar con lógica. Todo se ha reducido a escaramuzas por los pueblos.

—Quizá si hubiésemos tenido más apoyo...

—Quizá, pero hay mucha gente sin concienciar.

—Los campesinos y los pastores nos ven como unos locos. Tienen tanto miedo a perder lo poco que tienen, que prefieren apoyar a quien les oprime.

—Cuando empezaron a llegar noticias de que si se había dado fuego a alguna iglesia, de que si se habían matado a curas en Asturias, a más de uno le entró la flojera de piernas. Parecía que olvidasen de repente que el clero también es culpable de su situación, pero claro, la religión ha impregnado de miedo los corazones de todos desde que somos niños y despojarse de él es muy difícil, hijo.

—¿Y qué hacemos?

—Tenemos que volver con la familia. Veremos cómo evolucionan los acontecimientos, aunque, quizá, no estaremos más que retrasando lo inevitable.

Emprendieron el regreso a pie esa tarde, con la idea de hacer noche a mitad de camino, puesto que la distancia a recorrer no la completarían esa jornada. Cuando transitaban por lo más estrecho de la garganta del río Curueño, comenzó a llover torrencialmente, así que ascendieron unos metros por la ladera agreste del desfiladero para refugiarse en la oquedad del acceso a una de las tantas cuevas que horadan aquellos montes.

Protegidos del repentino frío y humedad por las manta que cada uno llevaba junto con la escopeta a la espalda, sus miradas atravesaban la difusa cortina de lluvia y se perdían en la angosta y maltrecha carretera que a una veintena de metros más abajo serpenteaba paralela al río. Nadie pasaba, nada rompía la calma. Aquella visión podía ser la misma de hacía muchos siglos, la de sus propias infancias o la misma de aquel paisaje en un lejano futuro. Haciendo propio el credo de que por allí, las cosas no podían cambiar mucho y que si lo hacen, sucede al ritmo que marcan el río o la montaña, cuando esta se derrama en desprendimientos o cuando, en las crecidas, el río enfurecido arranca alguno de los insolentes árboles, que se aventuran a crecer entre rocas, hincando sus raíces en un puñado de tierra sedimentada por las escasas vegas de sus orillas.

—Somos hijos del paisaje.

Así sonaron las palabras de Juanón, después de llevar mucho tiempo en silencio. Julio correspondió con más silencio a la sentencia de su padre. Sumergido en el significado y sentido de tal aseveración.

—Como aquellos chopos que ahora dobla el viento. Estamos aquí como ellos, o como el río, o como los corzos. Da igual lo que hagamos, nada cambia.

—A veces sí cambian las cosas, padre, a veces sí.

—¿Qué cambia? Ahora que llueve y sopla fuerte el viento los chopos se agitan y sus hojas emiten un murmullo intenso, como si amenazasen, ¿los oyes?

—Claro.

—Pues eso, solo murmullan. A eso llegamos, nada más. Un día, llegará el dueño de la finca, cortará los árboles que le molesten o necesite y luego plantará otros. Y todo igual. Y con todo igual.

La penumbra del anochecer comenzaba a enseñorearse a lo largo de todo el desfiladero cuando Juanón mirando al cielo, constataba que aún resta mucha lluvia por derramarse desde las nubes.

—Y mañana llegarán en camiones o blindados los esbirros de los amos de todas las fincas de España. De un país que es suyo y solo suyo, en el que solo somos ganado o, si acaso, figurantes. Vendrán para hacernos pagar caro nuestro sueño por cambiar el paisaje.

Más silencio de nuevo, poco había que decirse. Poco hasta que Juanón reunió el valor necesario.

—Tu suegro está muerto.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi caer mal herido en el camión en el que se retiraban del cuartel de Matallana.

—Puede que siga herido. Lo llevarían a un hospital.

—Lo veo difícil, recibió un tiro que tiene que ser mortal.

Julio respetó la pausa que hacía su padre, con la sospecha de cuál iba a ser el desenlace.

—Yo le descerrajé ese tiro. Apunté a su cara, cuando él, creyendo haberme matado, acabó con la vida de un compañero.

Julio soltó un bufido, para de nuevo otorgarse un prolongado lapso de silencio.

—Pilar debería saberlo.

—¿El qué? ¿Que su padre está muerto? No sé... quizá mejor esperar a que pasen unos días y ver en qué queda todo. Pero sí, claro, en algún momento deberá enterarse. Y también decirle que yo la he dejado huérfana.

Julio encaró la mirada con la de su padre.

—Ni por asomo se le pase por la cabeza que voy a censurar lo que ha hecho. Mejor ese miserable muerto que usted.

—Solo lo siento por ella. Durante estos meses que lleva viviendo con nosotros, la he visto a veces llorar a escondidas. Pilar sufre muchísimo la separación de su familia, además de culparse del desprecio de tu suegro.

—Ella tiene muy claro dónde debe estar. Es su padre, pero también sabe qué clase de hombre es por renegar de que su hija elija su destino.

—Julio, que he matado a su padre.

—¡Pero para defender la vida!

—Los sentimientos no siempre pueden atender a la razón.

—Usted no diga nada. ¿Arreglará algo las cosas que sepa ella qué bala mató a su padre? Es absurdo contárselo.

—Julio, no te vas a convertir en mi defensor y no permitiré que esto levante un muro entre Pilar y tú, porque créeme, al final lo haría. No me quito de la cabeza la pregunta que me hizo cuando marché de casa: «¿Irás a matar a mi padre?» y, finalmente, es lo que he hecho. Un abuelo de tu hijo ha matado al otro. Esto no puede tener buen final.

La lluvia continuaba derramándose aburrida, conformando una particular neblina que se extendía por todo el desfiladero. Los dos revolucionarios, callados, perdiendo la mirada en la lluvia para escuchar mejor sus propias inquietudes se convencían de que igual que los árboles que crecen en espacios imposibles por las orillas y retan a las avenidas del río en el deshielo permanecerían ellos, los hijos del paisaje, aferrados al terruño para defenderlo.

11. Reprasalias

La boda de Teresa y Fernando se celebró en León aprovechando la festividad de la Inmaculada Concepción. Por parte de la novia, acudieron un puñado de familiares y amigas, que veían con muy buenos ojos su enlace con un prometedor guardia, que en base a su arrojo en los aciagos días de octubre, acababa de ser ascendido a sargento y se le otorgaba el mando de un cuartelillo en algún pueblo de la provincia. Por parte del novio, acudieron menos invitados. Su padre, algunos compañeros de armas y don Gil. Tras un sencillo ágape en el comedor del cuartel, el empresario que había ocupado un lugar destacado durante la comida se acercó a Fernando.

—Dice tu padre que este lunes te incorporas a tu nuevo destino.

—Así es. Se va a incrementar el número de destacamentos por la provincia.

—Y todos estamos encantados de que Villanueva de la Cueva vaya a ser uno de esos nuevos puestos. Pero más aún cuando a su cargo estará un hijo del pueblo, cosa por cierto extraña, pues la Guardia Civil, habitualmente, destina a sus miembros a lugares con los que no mantengan un arraigo personal.

—Cierto, pero yo mismo solicité ese destino. Vivimos tiempos convulsos y a la hora de crear un nuevo destacamento, ayuda más hacerlo con personal conocedor del entorno.

—Espero que poner bajo tu custodia a tus antiguos vecinos no resulte contraproducente.

—No está entre mis prioridades andar con miramientos para tener mejor o peor trato con la gente del pueblo. Simplemente me limitaré a cumplir con mi deber.

—Celebro oír eso, sargento, y, si me permites, ahora que tu esposa está hablando con unas amigas, me sentaré a tu lado. Venga, enciende uno de estos.

El patrón de la mina extrajo de su tabaquera un excelente habano, idéntico al que se estaba fumando y que con afabilidad puso en la boca del novio, mientras este aspiraba bocanadas cortas y profundas, arrimando el puro a la lumbre que don Gil le ofrecía. Después, deslizó un pequeño sobre en la mesa, justo delante de Fernando.

—Si me lo permites, me honraría que aceptases este pequeño obsequio, para ayudar a echar a andar ese hogar que ahora fundas.

Fernando se sintió profundamente agradecido. Tomó el sobre en sus manos, constatando al palpar el grosor de este, que dentro habría un buen fajo de billetes.

—Es usted muy amable, pero creo que se ha excedido, aquí dentro...

Don Gil no le dejó terminar la frase. Tomó el sobre de las manos de Fernando y se lo metió en uno de los bolsillos de la chaqueta del uniforme de gala, que lucía con orgullo en su boda.

—Déjate de bobadas, hombre, que aquí estamos para ayudarnos. Además, me da pena que esa chica tan bonita tenga que ir a pasar frío a un poblacho tan alejado. Imagino que ya la habrás prevenido de a dónde la llevas.

—Sí, claro, está al corriente.

—Bueno, pues al margen de ese sobre, que sepas que tenéis un par de noches a mi cargo en el Hotel Oliden.

Fernando arqueó las cejas sorprendido.

—Pero... eso es excesivo, señor.

—No voy a permitir que esa preciosidad se quede sin luna de miel, aunque sea así de corta y aquí en León. Disfruta a cuerpo de rey estos dos días y sin miramientos a la hora de comer o como si te bebas el mejor coñac que tengan. La semana que viene, nos volveremos a ver. Después de dos meses parada, vuelvo a poner la mina de Dolor en marcha y tendremos que tratar algunas cuestiones.

Fernando agradeció el giro en la conversación.

—Como sabe, mi padre logró milagrosamente escapar de allí, cuando comenzaron a amotinarse, aunque, según su relato, no fueron más que una docena los que en Dolor se unirían a los rebeldes. Todos no habrán huido.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Los que más se implicaron si no están muertos o presos, han escapado. Pero otros han vuelto a sus casas como si nada hubiese pasado. Por suerte, tenemos medidas para llegar a la verdad, empezando por sus vecinos. En cuanto se les aprieta un poco, cantan como jilgueros.

—Creo que te juzgué mal aquel día que tu padre te trajo a mi despacho.

—Entonces solo era un crío confuso.

—No se me olvida la cara que pusiste cuando te planteé la solución a aquel supuesto problema que tenía en la mina con un agitador.

—Lo recuerdo, «un barreno de dinamita, siempre vale lo que cuesta». Era algo así, ¿verdad?

—Algo así.

—Hoy tendría muy claro qué hacer con el barreno y el agitador.

El empresario minero sonrió, sin duda, el sargento y él iban a mantener buena sintonía.

La sobremesa se alargó hasta media tarde, momento en que los invitados comenzaron a despedirse.

Don Gil puso su coche a disposición de la pareja para que esta pasase por el domicilio de la muchacha, donde tenían previsto haber pasado la noche de boda. De tal manera que tomasen un pequeño equipaje para dirigirse al hotel después. El inesperado obsequio fue enormemente valorado por todos los invitados. Aspecto que a don Gil parecía hacerle mucha gracia, pues se pasó el final de la celebración riendo cada vez que escuchaba alguna alusión a lo romántico de su regalo, alternando miradas lascivas a Teresa con descaro.

En Villanueva de la Cueva, el cuartelillo quedó establecido a la entrada del pueblo. Se aprovechó un molino, ya en desuso, junto al riachuelo que cruza por el pueblo. La construcción,

por su lado inverso, limitaba con la carretera, lo que convertía a aquel puesto en un adecuado punto de control, tanto del trasiego de vehículos como de quienes entrasen o saliesen del pequeño pueblo.

Fernando, como sargento, tenía a su cargo a media docena de subordinados, entre los que se encontraba un cabo. Solo él estaba casado, motivo por el cual, una parte del nuevo cuartelillo se habilitó como vivienda para el joven matrimonio, independiente al resto de las dependencias, entre las que se incluía un barracón con cocina y comedor, donde se alojaba el resto de guardias.

En cualquier caso, la sorpresa que se llevó Fernando al llegar, fue encontrarse a Elisa, la tía de sus amigos de infancia, a cargo de la limpieza y cocina del cuartelillo.

No la veía desde niño. Aunque pasara por el pueblo, ver a Elisa y Andrés era raro, siempre estaban en su casa, aislados. Con el paso de los años y ante la vejez de su marido, dejaron de verlo pastoreando su rebaño. Elisa aún no había cumplido los cincuenta y cinco, pero parecía mayor. Si hasta bien pasados los cuarenta, su aspecto era radiante y juvenil, la última década se había cobrado su precio envejeciéndola. Convencido de que su bigote y uniforme la despistarían, se presentó como un extraño.

—Buenos días, señora, soy el sargento de este destacamento.

Elisa, que estaba preparando la comida de los guardias en una cocina de leña, dejó de remover la olla para examinarle con detenimiento.

—El hijo del guarda de la mina. Sabíamos que volvías al pueblo, imagino que a hacer limpieza.

No le gustó a Fernando el tono de la mujer, pero no cabía esperar otro. Siempre había sido así.

—¿Algún problema?

—Si no me dan mucha guerra tus guardias y toleran mis guisos, ninguno. Que tampoco voy a salir de pobre por las cuatro perras que voy a ganar aquí. Además, no me han dado otra opción. Hace unos días me dijeron que tenía que hacer esto y aquí estoy.

—Tu marido, ¿sigue vivo?

—Digo yo. Ahí estará en el corral, dando conversación a las gallinas.

—¿Qué edad tiene?

—En nada cumple los setenta. Como hace unos años quedó cojo tras quebrarse una pierna, ya no sale a pastorear. Yo trabajo la huerta, así que de la media docena de cabras que nos quedan, de las gallinas y conejos, se encarga él.

—¿Y sigues haciendo curas?

—¡Y quién si no! Yo no veo médicos por aquí.

—¡Hola!

Teresa acababa de bajar de examinar la parte de la casa que les correspondía como vivienda cuando atraída por el olor del guiso, se acercó hasta la cocina, donde encontró a Fernando con Elisa, quien se sorprendió al encontrar ante sí una cara tan risueña.

—Hola —respondió intrigada.

—Soy Teresa, la esposa del sargento —se presentó agarrándose cariñosa al brazo de su marido.

—Esta es la cocinera —añadió Fernando.

—Hombre, eso ya lo veo, cariño.

—Me llamo Elisa.

—Encantada.

—Igualmente.

Después, Teresa se llevó a Fernando para que le ayudase a organizar la que sería su casa. A la chica se le veía realmente ilusionada, un aspecto que a Elisa le sorprendió. Aunque solo había cruzado dos palabras con aquella, le pareció la persona más alegre que había visto en aquel pueblo, en los casi cuarenta años que llevaba en él. Posteriormente, el sargento reunió a sus hombres para impartir sus primeras órdenes.

—Solo nos tenemos que encargar de mantener el orden. Aquello que podamos solucionar, lo llevamos a cabo sin miramientos. Cuando las cosas se compliquen, llamada de teléfono a los cuarteles de La Vecilla o Valdelugueros y a esperar refuerzos. Mañana subiremos a la mina, a ver cómo están las cosas por allí.

En Dolor, la noticia de que ya se había establecido el cuartelillo a la entrada de Villanueva llegó sembrando inquietud en las casas. Tenía que ser una burla del destino, aquello de lo que alertaban los mineros que vivían abajo: que el sargento del pequeño destacamento era el hijo del Mastín.

—Estas semanas, con la mina aún cerrada, mantenía esperanzas de que se olvidarían de vosotros, pero no lo harán. Tenéis que iros.

Juanón asentía a las palabras de Isabel, que acunaba a su pequeño nieto. Pilar, cuando acabó de dar de mamar a Ramirín, puso al crío en brazos de su suegra para hacer algo de cena a su marido, mientras, Julio y Juanón apuraban sendos vasos de vino sentados junto al fuego del hogar.

Julio había terminado su casa. Una pequeña vivienda cuya mitad era ocupada por una cocina con una habitación contigua, en la que dormían aún los tres, y otra más reducida que acaba de estar encalando y en la que, previsiblemente, con la llegada del próximo verano, sería ocupada por su hijo.

—Me iré solo, Julio no tendrá problemas por quedarse.

—¿Por qué dice eso? —cuestionó Pilar—. Ojala no lo hubiese hecho, pero mi marido se fue tras usted a salvar el mundo. Si a usted vienen a buscarlo, seguro que a él también.

—Julio no pasó más allá de La Vecilla y solo participó en la liberación de los presos del torreón.

—¡Pero qué insensatez! Y, aunque así fuera, los mismos con los que hicisteis grupo, por salvar el pellejo pueden hacer o decir lo que sea. Si tu padre huye, con todo el dolor de mi corazón, tú debes irte también. Julio, prefiero tenerte lejos, perdido, que preso en León, en san Marcos y luego ejecutado, porque ese será el destino de tantísimos detenidos que allí han llevado. No me escuchaste cuando te pedí que no te fueses, ¿y tampoco lo harás ahora? —replicó Pilar.

Julio no decía nada. Lo cierto es que no tenía intención alguna de huir. Su padre y él sabían que si los dos se marchaban, las mujeres serían expulsadas de Dolor. Don Gil no se andaría con medias tintas en sus represalias. El paso de las semanas fue posponiendo tal posibilidad, incluso con la llegada del ejército para aplacar la insurrección, Dolor, el pueblo que no existía en ningún mapa, fue ignorado. Pero cada vez que Juanón descubría a Pilar, solitaria y llorosa, se mordía el labio para no faltar a la promesa que su hijo finalmente logró arrancarle, para asegurarse de que no le explicaría cómo había muerto su padre. La noticia de aquella muerte en acto de servicio llegó en una carta de su madre, quien, a su vez, notificaba a su hija su decisión de repudiarla definitivamente. La muerte de su marido convirtió en propio el resentimiento del fallecido para con su hija, quedando en nada aquel débil contacto que madre e hija habían mantenido al margen de los deseos de Isidro Matamoros.

—Pilar ya solo nos tiene a nosotros. Si le dices que mataste a su padre, su mente estallará sintiéndose aún más culpable de lo que la han hecho sentirse.

Y así Juanón consentía a regañadientes en seguir las directrices de Julio, aunque no estaba seguro de por cuanto tiempo sería capaz.

Un día, apareció el Mastín por Dolor al caer la tarde. No se había atrevido a regresar hasta sentirse protegido. Con él no iba ningún guardia, pero el influjo de tenerlos abajo, en Villanueva de la Cueva, bastaría para apaciguar el ánimo de cualquier exaltado. Tocó el silbato, pues este era su proceder para improvisar una reunión o llamar la atención de cualquiera. En poco más de cinco minutos, la cuarentena de vecinos que permanecían en Dolor, criaturas incluidas, formó un corro alrededor del capataz.

—Mañana, a primera hora, la mina vuelve a la actividad. Los empleados de Villanueva ya están alertados. La puesta en marcha se hará de manera paulatina. Vendrá con don Gil una partida de técnicos electricistas, mecánicos y algunos peones para ayudar a echar a andar... esto —afirmó mirando con desdén a los congregados y después a la entrada del pozo—. Por ello, mientras que todos los servicios no estén operativos, no se podrá bajar a galerías. En cualquier caso, estad los hombres congregados ante la oficina a primera hora. Allí iremos repartiendo las tareas. Estáis de suerte que don Gil siga apostando por esta explotación y pase por alto lo que aquí sucedió cuando comenzaron las revueltas. Si por mí fuera...

Gabriel esperó unos segundos, escrutando uno a uno los rostros de los presentes, por si veía en ellos algo punible, bien fuese rabia, miedo..., pero aquellas caras recias se mostraban totalmente inexpressivas.

—Por mi parte y porque cumpliré con las directrices de don Gil, haré borrón y cuenta nueva. Dice el patrón, y no le falta razón que, a la postre, aquí nos necesitamos unos de otros, que Dolor, en el fondo, lo siente como parte de su familia, de su legado y que está dispuesto a mirar solo adelante. Vosotros sabéis, como yo, que trabajamos para un hombre excepcionalmente bueno, pero eso sí, al primero que se salga del tiesto, al primero que discuta las más mínima indicación... ¡a ese lo mando preso a san Marcos como hay Dios!, y su familia se larga de aquí con lo puesto, que aquí no tenéis nada propio, ¿está claro? Pues venga, todos a tomar por culo y mañana, a primera hora, puntuales a trabajar.

El grupo se dispersó, Gabriel se encerró en el barracón donde estaban las oficinas y, más tarde, ya de noche cerrada, volvió a ocupar su casa, una construcción a medio camino entre los barracones y los lavaderos de mineral, a unos doscientos metros de la aldea. Desde la casa de Julio, donde se habían reunido un pequeño grupo, se veía el refulgir de una luz en la ventana de la cocina del capataz, y a ratos la figura del Mastín que cruzaba ante ella.

—De los que marchamos a unirnos a la revolución, solo quedamos tres aquí. Debemos irnos, —apuntó Juanón a dos compañeros que conformaban aquel grupo, junto con Julio, Pilar e Isabel.

Los dos mineros se mostraban taciturnos, uno meneaba la cabeza cabizbaja, el otro parecía que masticase algo invisible y no paraba de tragar saliva.

—Juanón, ya has oído al Mastín, dice que...

—¡No me jodáis! ¿Como podéis creerle? Si os quedáis aquí, os van a detener. Mañana don Gil vendrá también con los guardias a por nosotros. Con el resto de vecinos será como dice, a fin de cuentas, los necesita para echar a andar la mina, aunque los tiempos que vendrán serán terribles.

—¿Y qué será de mi mujer y mi hijo si me voy contigo, Juanón? Tú no tienes una familia que dependa de ti si Julio se queda y no van a por él. Yo no puedo marchar, quizá las cosas sean como dice el Mastín.

Juanón se dirigió entonces al otro que, nervioso, no paraba de tragar saliva.

—Y tú, ¿qué?

—También me quedo. No tengo familia aún, pero mi mujer está preñada y no puedo abandonarla. Y, sí, creo que el capataz decía la verdad. Vete tú Juanón, vete y déjanos. Sabes que no podemos acompañarte.

Los dos mineros se recogieron en sus casuchas. Siendo noche cerrada, en los hogares se calentaba algún caldo, una cena frugal para después buscar el sueño y la anestesia del olvido que por unas confiere. Ramirín estalló en llanto, reclamando la asistencia de sus padres, que entraron en casa. Isabel, se sentó al lado de su esposo sobre el poyo que estaba junto a la entrada.

—Vete dentro, mujer, que te vas a quedar helada. Yo fumo este cigarro y entro a cenar.

Quedaban pocos días para llegada del invierno, pero si no fuese por algunos rastros de nieve que asomaban por las cumbres más altas, parecía que aún estuviese lejano, con los días soleados que estaban teniendo esa semana. Así todo, la noche que se avecinaba presagiaba una fuerte helada. El cielo estaba totalmente raso, ni una sola nube en él. Sobre sus cabezas, el firmamento estrellado atrapaba su atención.

—Nunca me canso de mirarlo.

—Yo tampoco.

—Muchas veces me pregunto: ¿por qué, para qué?

—Para hacernos soñar, Isabel.

—Eso es importante.

—Sin sueños, no seríamos personas.

—Hace mucho frío. Apúrate con el cigarro y entremos en casa.

Juanón dio una profunda calada al cigarrillo, tiró la colilla, la pisó y se puso en pie. Isabel se levantó extendiendo la mano para tirar de su marido a casa. Al sentirla en el vacío y no percibir su tacto se volvió buscándolo.

—¿A dónde vas ahora?

Juanón giró por detrás de la casa, hacia la pequeña huerta. Después, se escuchó el murmullo de las gallinas. Luego el cierre de la portilla que delimitaba su pequeño gallinero y huerta, regresando con ella. La débil luz del pequeño candil a la entrada de la casa de Julio, iluminaba a su esposo que acaba de ponerse una gruesa pelliza y portaba colgado del hombro un hatillo. Isabel quedó desolada, comprendiendo que había llegado el momento.

—Pero... ¿ya?

—Sí, cariño, ya. He de irme. No me pidas que me despida ahí dentro, me vendría abajo.

Isabel corrió hacia él fundiéndose ambos en un intenso abrazo, dándose besos, montones de besos, todos los besos que tenía guardados en su corazón para él, para el futuro, todos los besos que tendría que darle a lo largo de su vida.

Juanón comenzó a retroceder de espaldas.

—No digas en casa aún que me he ido, dame tiempo a que me aleje.

Isabel asintió. Juanón seguía caminando hacia atrás, su imagen se iba alejando del débil cerco de luz de la entrada a la casa.

—Volveremos a estar juntos, Isabel, te lo juro. Me pondré en contacto con Ramiro y él sabrá haceros llegar noticias mías.

Isabel asentía secándose los ojos. Su silueta oscura, a contraluz del refulgir del candil, se le aparecía a Juanón como una ensoñación. Finalmente, desapareció en la oscuridad siendo invisible para ella. Él, en cambio, envuelto por las sombras, grababa en su mente aquella imagen.

A punto de volverse a casa, la ronca voz de Juanón desde la oscuridad, sujetó a Isabel unos segundos más.

—¿Te acuerdas cuántas veces te hablé de la promesa que me hizo mi padre y nunca pudo cumplir?

Isabel, asintiendo, dirigió la mirada de nuevo hacia aquella absoluta oscuridad desde la cual llegaba la voz de su hombre.

—Pues voy a cumplir aquel sueño, Isabel. Me voy a ver el mar.

La noche, aliada, envolvía con su aire negro al fugitivo que emprendía el viaje en pos de salvar la vida. Abandonaba Dolor en dirección hacia la collada, por el camino opuesto al que le habría llevado a Villanueva. Tras cruzar ante los lavaderos de mineral iría perdiéndose monte arriba para una vez sobrepasado el alto, descender hacia el valle del río Torío y tomar rumbo al norte, hacia Asturias, evitando los caminos, el cruzar por los pueblos atravesando los bosques. Pero la última casa ante la que debía pasar era la del Mastín. En el instante en que cruzaba ante la puerta de la vivienda, apareció en mitad de la oscuridad el refulgir rojo de un cigarrillo. Gabriel estaba sentado sobre los tres escalones de la puerta de casa, fumando y bebiendo aguardiente.

Juanón rebuscó en los amplios bolsillos de su pelliza, hasta que su mano percibió el frío acero del revolver que tenía oculto de todos desde que regresase de Matallana. Sujetándolo firme por la empuñadura, amartillando el arma.

—Buenas noches, Juanón.

El interpelado se detuvo a una media docena de pasos de donde debería estar el capataz, sin responder. Entre ambos, el espacio de total penumbra les impedía verse.

—¿Ya te vas?

La brillante brasa del cigarrillo delataba con bastante exactitud la posición de Gabriel. El arma aún aguardaba dentro del bolsillo.

—Nos conocemos desde hace tantos años, Juanón y nunca hemos sabido uno del otro. Me refiero a quiénes somos realmente.

Juanón, silencioso, extrajo el revólver apuntando aún hacia el suelo.

—Estaba seguro de que si no te habían apresado, estarías en Dolor. Por supuesto que en ningún momento te di por muerto. Eres un hijo puta escurridizo y hay que reconocer que tienes un par de cojones. Sigue callado si quieres. A partir de ahora, muchos van a tener que estar muy callados y formales, aunque los dos sabemos que tú nunca serás de esos.

Gabriel apuró una última calada, exhalando el humo con tal fuerza, que llegó hasta Juanón, mientras la colilla desapareció al ser pisada.

—Respeto que reniegues del rol que te tocó en suerte en la vida, que te quieras rebelar, aunque sabes que serás finalmente sometido. Pero reconozco que la última vez que nos vimos me dejaste desconcertado.

La voz de Gabriel le indicaba a Juanón, sin apenas margen de error, dónde se encontraba, por eso extendió el brazo que sujeta el revólver. A pesar de la oscuridad, estaba seguro de apuntar a su cabeza, adivinando su posición al escucharlo, corrigiendo la inclinación de su brazo al calcular en qué punto preciso estaría el capataz sentado. Solo con apretar el gatillo, cerraría para siempre su maldita boca.

—Esa es la palabra, «desconcertado». Si no es por ti, que aquel día me ayudaste a escapar, quizá no lo cuento. Esos que ahora están tan acojonados, me habrían desollado.

Juanón escuchó un rumor. Gabriel se había movido, pero aún se refrenaba en disparar. El Mastín extrajo otro cigarrillo de su chaqueta. Tras los chasquidos del mechero, soplar el cordón para avivar la mecha y aspirar con intensidad, encendió el pitillo, exhaló el humo y retomó su monólogo.

—Creo que lo hiciste porque veías conveniente llevar la lucha lejos de Dolor, guardándote así una última baza de cartas por si había que volver con el rabo entre las piernas. Un tipo previsor, ya lo creo. La cosa es que, aunque enfrentados por la posición de cada uno, podemos ser hombres de honor. —Gabriel tomó el vasito de aguardiente que reposa entre sus pies dando un pequeño sorbo—. Así que lárgate, que yo no te he visto y hasta lo que yo sé, tu hijo no tiene asuntos pendientes. Vamos a ver con qué intenciones viene don Gil. No espero que te creyeses la verborrea que os he soltado antes, pero claro, ¡algo había que deciros!

Juanón bajó el arma despacio, regresando esta al bolsillo de su pelliza, liberado el percutor.

—Favor por favor. Ahora lárgate.

Los pasos de Juanón sobre la gravilla del camino se hacían cada vez más lejanos hasta que, sobrepasado el lavadero de mineral, enmudecieron al terminar el sendero y proseguían ascendiendo la ladera del collado. Gabriel dirigía la mirada hacia el vacío negro de la lejanía, descubriendo una luz parpadeante. Juanón acababa de encender una pequeña linterna y su débil refulgir ascendía zigzagueando para que en cuanto alcanzó la línea que delimita la silueta de la montaña con el cielo estrellado, mimetizarse entre los astros nocturnos.

A la mañana siguiente, don Gil ofreció un discurso apocalíptico a sus trabajadores, no pretendiendo otra cosa que humillarles para, finalmente, ofrecer la posibilidad de la redención a través del sometimiento, pues no eran otra cosa en su opinión, que unos «pollinos mal influenciados por ideas subversivas». Cuando los trabajos se detuvieron al mediodía para comer, asomó a lo lejos la siniestra imagen: media docena de gruesos capotes que oscilaban lacios al viento. Media docena de fusiles y de tricornios, en cuyo charol el sol destellaba como chispas en yesca y pedernal, mientras Gabriel salía al encuentro de los uniformados.

—Buenos días, padre.

El Mastín asiente satisfecho, orgulloso recibir de tal manera a su hijo, convertido en una autoridad.

—Bienvenido a casa.

Fernando mira por encima del hombro de su padre para descubrir unos metros más atrás a don Gil acercándose, al que saluda militarmente y echa un vistazo a los congregados, que permanecen a las puertas de sus casas o en corrillos, prudentemente alejados.

—Vamos a hacerlo rápido. Solo veo a Julio y otros dos. ¿Dónde está el resto?

—No hay nadie más. Juanón ha huido y de los que se sumaron a la revuelta con él, solo quedan esos dos que has visto.

—Bueno, ya cantarán.

—Por cierto, Julio se queda. No tiene causas pendientes.

—¡Pero qué dice, padre! Eso es imposible.

—Te llevas a esos dos. Julio se queda.

—Sea más discreto, que aunque hable a su hijo, lo hace también con un sargento de la Guardia Civil.

—Lo que te estoy diciendo es lo que hay que hacer y lo que se va a hacer. Te llevas a esos dos y punto.

Fernando está a punto de estallar en ira, su rostro lo refleja sin equívoco. De nuevo, busca con la mirada la imagen de don Gil, que acaba de llegar a su lado y permanece impertérrito. El empresario, que unos minutos antes ha tratado el tema con su capataz, adivina por el gesto contrariado de Fernando, que muestra ciertas reticencias a cumplir con las indicaciones de su padre. Es por ello por lo que asiente, en un claro mensaje hacia Fernando de que debe hacer lo que se indica.

—De acuerdo.

—Don Gil necesita poner en marcha el pozo y proceder como te indico es lo más conveniente. Ya habrá tiempo en el futuro de saldar deudas, no te preocupes.

En menos de cinco minutos, ante la inacción de los presentes, los dos mineros que rehusaron acompañar la noche antes a Juanón, son detenidos y conducidos entre empujones hacia el cuartel. Atrás quedan los lamentos de sus esposas. Julio, que está a punto de intervenir en su favor, es sujetado discretamente por sus brazos por Pilar e Isabel. Fernando, que ha visto cómo se refrena, le sonrío deseando que se libere de la sujeción de las mujeres, pero no puede evitar quedar atrapado unos segundos por los ojos de Pilar. Unos ojos que esa misma noche, haciendo el amor con Teresa, se materializaron en su imaginación en el instante del clímax, mientras en el

piso de abajo del cuartel, los dos mineros encerrados en sendos calabozos intentaban recuperar el resuello tras los golpes recibidos en un interrogatorio, que más que buscar información de sus andanzas revolucionarias, resultó ser un desahogo para la frustración del sargento.

Y esa misma noche también, amenazadas por el Mastín, las esposas y el hijo de los detenidos, solo tuvieron cinco minutos para hacer sendos hatillos, abandonar sus casas y descender acompañadas de un par matones que acompañaron esa mañana al dueño de la mina hacia Villanueva de la Cueva.

Una vez abajo, se detienen frente al cuartel, donde permanecen aparcados un par de coches propiedad del empresario. Fernando es alertado por un guardia, y tras departir con uno de los hombres de don Gil, asiente y contempla cómo introducen a las mujeres y al crío en un coche, y arranca este con los dos hombres hacia León. A la mañana siguiente, lo harían sus maridos. Los dos matrimonios serán encausados por subversión.

En Dolor han quedado dos casitas vacías. Una con la puerta sin cerrar, con los platos de la cena aún humeante sobre la mesa. Otra con unas prendas lavadas a medio tender cercanas a la lumbre del hogar. Queda el miedo y la rabia en los hogares de los trabajadores. Y queda también la satisfacción en las caras del Mastín y su amo, quien tras la exitosa puesta en marcha de su explotación, abandona Dolor al día siguiente.

12. La promesa del padre

Tras dos jornadas evitando los caminos, cruzando por bosques, oculto de la vista de cualquiera Juanón llegó a Mieres, cuando en la localidad minera caía la tarde. No tardó mucho en encontrar la taberna que buscaba, «Vinos Pin», leyó por fin en un cartel, sobre la entrada de un bar. El interior del local se mostraba oscuro y un olor agrio, mezcla de sidra y vino inundaba el ambiente entre mezclado con la nube de tabaco que flotaba sobre un par de mesas atestadas de parroquianos jugando a cartas.

Apoyándose en el mostrador, bajo la severa mirada de un fornido cincuentón que secaba vasos con un paño tras él, sopesaba si aquel tipo sería Pin, el hermano del camarada asturiano que en Matallana al venirse abajo la revuelta de octubre, le ofreció una alternativa para escabullirse de la autoridad si las cosas se ponían feas.

—Buenas tardes.

—Buenas.

—Ponga un vino y otro para Gelo, si es que está por aquí.

Pin sirve un vino, disimulando al escuchar la contraseña pactada con su hermano. No hay nadie que se llame Gelo, pero Pin ahora sabe que quien tiene delante es un camarada fugitivo.

—Estuvo, pero marchó. Quédate esperando que no sería de extrañar que vuelva.

Juanón suspiró tranquilo, pues la respuesta a la contraseña, ha sonado más o menos como esperaba. En caso de haber escuchado que el tal Gelo no volvería, debería salir de allí lo antes posible, pues el peligro rondaría muy cerca.

Pin le dejó sobre la raída madera del mostrador una docena de castañas asadas y, más tarde, volvió a rellenar su vaso, haciendo tiempo hasta que la clientela, al terminar sus partidas, se fuese del local. Cuando Pin lo estimó conveniente, le hizo pasar a la trastienda, reencontrándose allí con Mon, una derivación de Ramón, el compañero de Matallana. Tras pasar dos días ocultos en la trastienda del bar, los camaradas comunistas de Pin y Mon les han facilitado una nueva documentación.

—Mañana saldremos para Avilés. Pasaré unos días en casa de mi hermana, hasta que me puedan embarcar oculto en la bodega de un barco hacia Coruña. Desde allí, me embarcaré en un buque como un emigrante más hacia Argentina. Con la nueva identidad no deberíamos tener problemas. Podrías venir conmigo.

—Gracias, pero ahora, bajo un nombre distinto, intentaré no alejarme demasiado de mi familia. Esta pesadilla no puede durar demasiado, pero sí que iré contigo a Avilés. En un sitio así me podría buscar la vida y pasar desapercibido.

—Deja eso de mi cuenta.

Un par de horas antes del alba, Pin echó un par de lonas en la caja de su camioneta y, bajo ellas, se ocultaron los dos fugitivos. Viajaron por una senda tortuosa, a ratos por carreteras serpenteantes, estrechas y mal asfaltadas, otros por caminos, realizando un notable rodeo para evitar acercarse a Oviedo. Cuando ya se había hecho de día, la camioneta se detuvo en un cruce, bajaron los dos viajeros, y tras un breve y emotiva despedida de Pin de su hermano, emprendieron el resto del camino a pie. Caminando entre praderas, cruzando por un laberinto de caminos y carreteritas que saltaban de una colina a otra, contemplaron una hora después desde un altozano, la silueta aún lejana de la villa de Avilés.

—Mi hermana tiene una casa de huéspedes en el barrio de pescadores, junto a la ría. Ofrece pensión a bastantes trabajadores que llegan del sur. Ya ves que en tu documentación, además de que pone que te llamas Domingo, dice que eres de Zamora, así que pasarás por un emigrante más.

Cuando Carmen recibió a Juanón, le excusó de que le diese demasiadas explicaciones.

—Aquí, en la pensión, casi todos son pescadores o trabajan de peones en distintas obras. Mi hermano me ha explicado tu situación y para ti pensaremos algo distinto.

Carmen les alojó en el cuarto más recóndito de la casa, que estaba en la planta baja, al final de un pasillo, y que tenía una puerta que daba a un pequeño huerto, invadido por la hierba y la maleza. Como solo había un estrecho camastro, hubo de añadir una colchoneta.

—Este cuchitril es el que más te conviene, Juanón. En caso de una emergencia, tienes dos salidas, y no te hará falta entremezclarte mucho con el resto de huéspedes.

—Una pena que el huerto esté tan abandonado.

—Antes lucía espléndido, pero era mi cuñado el que se encargaba de él. Desde que mi hermana enviudó, lo tiene olvidado.

—Muchas gracias por todo, bueno, a ti y a tus hermanos.

—Nada de gracias. Si estás en deuda conmigo, hazte comunista y deja lo de anarquía para los despistados.

Juanón sonrió a la broma de Mon.

—No tengo conciencia ni de anarquista, socialista, comunista... realmente confundo los términos. Solo soy un hombre que lucha contra la injusticia.

Mon asintió, desistiendo de entrar en debates políticos, entonces Carmen, que hacía unos minutos había salido de casa, regresaba con noticias.

—Mañana pasa por la estación de tren, está muy cerca de aquí. Busca en los talleres al encargado y dile que te mando yo. Todo está hablado con él. Trabajarás reparando vías.

—Estupendo, Carmen, pero ¿cómo así de rápido? —cuestionó Mon.

—Ese hombre es camarada y en más de una ocasión le he ocultado aquí a quien me ha pedido sin preguntas.

—Pues muchas gracias, pero hasta que no cobre jornal, no podré pagar por la habitación.

—¿Sabes cultivar la tierra?

—Soy minero, pero también tengo una *huertina*.

—¿Y podrías recuperar ese huerto?

—Por supuesto.

—¿Plantar cebollas, puerros, berzas...?

—Claro que sí.

—Pues ya tienes manera de empezar a pagar la habitación.

Carmen y Juanón, se estrecharon la mano.

—Cenamos a las ocho.

Dos días después de irse Mon al exilio era domingo y, por tanto, Juanón no trabajaba en la vía. Tras el desayuno, Carmen y él, se quedaron hablando.

—Decías que en tu pueblo quedó tu familia, ¿ya saben algo de ti?

—Pues no y es algo que me tiene inquieto. Aunque es difícil ponerme en contacto con ellos, les aseguré que lo haría.

—No lo hagas por carta, que si te buscan, podrían interceptarla y localizarte.

—Por eso tengo que contactar con un hijo que vive en León. Él sabrá hacer llegar las noticias a casa sin peligro.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Dos. Julio es el mayor y trabaja conmigo en la mina. Hace poco él y Pilar, su mujer, me hicieron abuelo.

—¡Caramba! Enhorabuena.

—Gracias. El otro hijo, el pequeño, es Ramiro, que fue a estudiar a León, pero ahora se gana la vida regentando una casa de comidas.

—Bueno, pues escríbele una carta, pero no pongas ni dirección ni nombres en el sobre. Solo dime cómo se llama esa casa y ya me encargo yo de que alguien se la haga llegar a tu hijo.

—¿Así de fácil?

—Cuanto menos sepas al respecto, mejor para todos. Digamos que sé de alguien que, a su vez, sabe de alguien que, por su trabajo, pasa regularmente por León.

—Entiendo. Muchas gracias.

Carmen asiente sonriendo y cambia el sentido de charla.

—He visto que has limpiado de maleza el huerto. Habrás acabado rendido al ponerte con ello al venir de trabajar.

—Un trato, es un trato. Hoy araré la tierra. Si ha estado bastante tiempo en barbecho, ese trocito de huerta ha de ser muy fértil.

—Tampoco corre mucha prisa, que lleva tres años así.

—Me contó tu hermano que tu esposo era el que lo cuidaba.

—Prefiero no hablar de eso. Me pone triste..

—Por supuesto.

Mantuvieron un breve silencio, hasta que Juanón le dio un giro inesperado a la conversación.

—Ayer, al acabar el trabajo, estuve paseado por la ría, viendo a los pescadores descargar las capturas. La desembocadura parece cercana y me preguntaba si habría cerca alguna playa.

—Sí, claro, al lado de la desembocadura hay una enorme.

—¿Enorme?

—Pues sí, tendrá unos tres kilómetros de un extremo a otro.

—Caramba.

—¿Y a qué tanto interés por la playa? Que aunque nos ha salido el domingo soleado, falta una semana para Navidad y no veo que sea una excursión muy apropiada.

Juanón se encogió de hombros y comenzó a contarle una historia.

—De niño, la víspera de morir mi padre en la mina, me hizo una promesa...

Los domingos no solía aparecer a comer ninguno de los alojados en la pensión. Aprovechaban el día para pasarlo en compañía de otros compañeros bebiendo sidras, comiendo algo por los chigres, o subirse al tren para acercarse a Gijón o a cualquier otra localidad cercana. Mientras Carmen cocía unas berzas con patatas, no paraba de pensar en la historia de aquel minero que murió sin conocer el mar, del hijo pequeño y de los posteriores hijos de este, que tampoco habían contemplado la inmensidad del océano. Cuando la comida estuvo lista, avisó a Juanón para que dejase la labor del huerto y la acompañase a la mesa. Al terminar, viendo que Juanón hacía intención de volver a la tarea, le invitó a que desistiera.

—Deja eso ahora, que tengo otra labor para ti. En el sótano hay un par de bicicletas. La que uso de vez en cuando no estará muy mal, pero la que era de mi marido seguro que necesita una revisión. Podrías echarles un vistazo.

Media hora después, Juanón apareció por la cocina con la tarea realizada.

—Perfecto, pues ahora a abrigarse, que tenemos que hacer un pequeño viaje.

Carmen con un gorro de lana y un abrigo, Juanón con su pelliza y un pañuelo para protegerse el cuello, montaron sobre las bicicletas.

—¿Y a dónde vamos?

—A la playa.

La sonrisa en la cara de Juanón parecía la de un crío. Un gesto que se le contagiaba a Carmen, que pedaleaba tras él. Al final de la ría asomó el faro sobre un acantilado. Un aviso de que la tierra firme allí terminaba, pero los ciclistas aún no atisbaban a ver el mar, porque una duna que se extiende a lo largo de la playa se lo impide. Continuaron por un sendero hasta que, cercanos a la duna, finalizaron el trayecto a pie, puesto que había tanta arena por el camino que las ruedas se clavaban en ella. De detrás de la elevación arenosa, llegaba un rumor incesante. «Eso deben de ser las olas», pensó Juanón. Su padre compartía a veces con él lo que le habían contado del sonido del mar: «El mar se agita, se bate, ¡está vivo!». Eso decía y eso es lo que ha debido escuchar.

Las bicicletas se quedaron a los pies de la duna y ellos comienzan a subirla. Cuando solo restaban unos pasos para contemplar el mar, Carmen se detuvo mirando expectante a Juanón, que llegaba tras ella.

—Bueno, qué, ¿estás listo?

Juanón asintió sobrepasándola sin detenerse, hundiendo con energía sus pies en el último tramo de la colina de arena. Cuando Carmen llegó a su lado, la mirada de Juanón estaba clavada en la colosal mole de agua. En las olas que rompen y mueren en la orilla. Ella, respetando su silencio, le imita. Realmente la playa mostraba un aspecto magnífico aquella tarde. El cielo despejado intensificaba su azul sobre el mar, la espuma del oleaje se desparramaba a lo largo de toda la extensión de la playa. La marea baja, ofrecía un aspecto inmenso del arenal y la brisa, levantaba muy a lo lejos una neblina compuesta de minúsculas gotas de agua desprendidas de las olas, conformando un aspecto difuso de toda de la playa, que de esta manera parece no tener fin.

—Padre...

Parecía que iba a decir algo, pero se queda en la primera palabra sin conformar ninguna frase.

—¿Te lo imaginabas así?

Tarda en contestar.

—No, desde luego que no. Quizá sí por el tamaño, pero hay más. Tiene olor, hace ruido, ¡está vivo!

—Quizá quienes vivimos cerca no lo apreciamos como quien nunca lo ha visto. Se te ve impresionado.

Juanón sonrió dejándose caer para quedar sentado. Carmen hizo lo mismo, pero un poco más alejada de él.

—Lo estoy. Qué pena no haber experimentado esto de niño, de la mano de mi padre. Pero aún falta algo. Tengo que meterme ahí.

—¡Tú no sabes lo que dices! Si el agua ya está bastante fresca en verano, imagínate ahora que es diciembre.

—Puede ser.

—¿Puede? ¡Tiene que estar helada!

—¿Y qué le voy a hacer si ha coincidido así? Además, no he venido a ver el mar, sino a conocerlo.

—Vaya un loco —sentencia Carmen sin apartar la mirada de las olas.

Juanón se puso en pie, se quitó la pелliza, un jersey que llevaba debajo, liberó sus pies de las botas y echó a correr duna abajo hacia el mar

—Madre mía, Juanón, ¡lo vas a hacer!

Desde su posición hasta la orilla habría más de doscientos metros. No había nadie más que ellos en toda la playa. Juanón corría y se desvestía, dejando tras de sí un rastro de prendas. Carmen contemplaba divertida como su silueta desnuda comenzaba a trotar sobre la delgada lámina de agua de la orilla y Juanón, notando ya el agua bajo sus pies gritaba para vencer al frío. En unos segundos, pasaron por su memoria el recuerdo de su padre, de sus hijos, de Isabel, añorándolos como nunca habría imaginado, gritando sus nombres al mar.

—¡Madre, padre...!

El agua le empezaba a cubrir las rodillas y estaba tan fría que parece que se le clavasen alfileres en los pies. De acuerdo, entiende que eso es una locura, pero no quiere parar a la vez que jadea y se ríe. Cuando el agua alcanza su cintura, se detiene. Una ola rompe un par de metros por delante y él se deja arrollar por un torrente de espuma. Una buena manera de paladear lo salado del océano. Cuando ha logrado rehacerse, descubre inquieto una serie de olas más grandes que empezaban a tomar una altura inquietante y se le venían encima. Se levantó y echó a correr delante de ellas con el corazón en un puño. El frío estaba a punto de hacerle perder el control sobre sus extremidades y la espuma de la ola que ha roto detrás le derriba de nuevo. Otra vez que se levanta y otra vez que repite el gesto. Nunca se ha sentido mejor. Cuando ya no pudo más, regresó a la orilla tiritando y empieza a recoger la ropa que dejó desperdigada por el camino.

Carmen tomó la pelliza y el jersey que dejase a su lado y baja, reencontrándose en mitad de la playa. Juanón traía sus ropas hechas un ovillo, cubriéndose con ellas el vientre y el pecho. Carmen le pone la pelliza sobre los hombros y le seca el pelo y la cara con el jersey.

—Sí que sabe a rayos esa agua!

—¡Menudo un chiflado que me ha metido mi hermano en casa! Anda, sécate rápido, no vayas a enfermar.

Juanón asiente y deja caer su ropa sobre la arena para ir vistiéndose con cierto orden. Primero los calzones, luego una camisa... Carmen se giró discreta para evitar verle en cueros y que él la vea reírse. Como le oye jurar a la vez que tiritaba, se vuelve para ver qué le pasa. Las piernas mojadas se pegan a la tela de mahón del pantalón con el que porfía, lo que le hace perder el equilibrio y caer poniéndose perdido de arena, mostrando una cara de desagrado y asco que recuerda la de un niño.

—Míralo, si parece un guaje.

Una vez que termina, caminan de nuevo hasta la duna, para recuperar las botas que han quedado arriba. Cada poco Juanón se volvía hacia las olas, caminaba unos metros de espaldas y volvía a girarse. Unas veces gritaba, otras metía un dedo de cada mano en los extremos de su boca y silbaba con tal fuerza, que incomodaba a Carmen.

—¡No, si encima me dejarás sorda!

En lo alto de la duna, Juanón ya se va encontrando mejor, su cuerpo se templaba, se pone las botas y de nuevo se deja caer sentado. El sol de diciembre, ya está bastante bajo, pero estos últimos rayos antes del ocaso les templan, son un regalo.

—Bueno, ya lo has conocido.

—Cierto, ya conozco el mar y no podría describirlo con justicia.

—Ya.

—Puedo decir que es inmenso, salvaje, bello. Pero aun así...

—Te quedarías corto.

Juanón vuelve la vista hacia Carmen que también se ha sentado, esta vez sí, a su lado, permaneciendo callados, mirando hacia la rompiente de las olas. Justo en el momento en que el sol se escondía tras los montes que están a sus espaldas, la brisa se transforma en un viento molesto, que les arroja arena y mueve frenéticos los tallos de las hierbas dispersas, que han conseguido arraigar en la arena de la duna.

—Habrá que irse, que se pone frío —propone Carmen.

Y mientras regresan a por las bicicletas, Juanón reparaba en que, gracias a una desconocida, ha saldado una cuenta con el pasado.